

¡Proletarios de todos los países, uníos!

La Forja



Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario

Año X - II Época - N° 27 / Agosto 2003

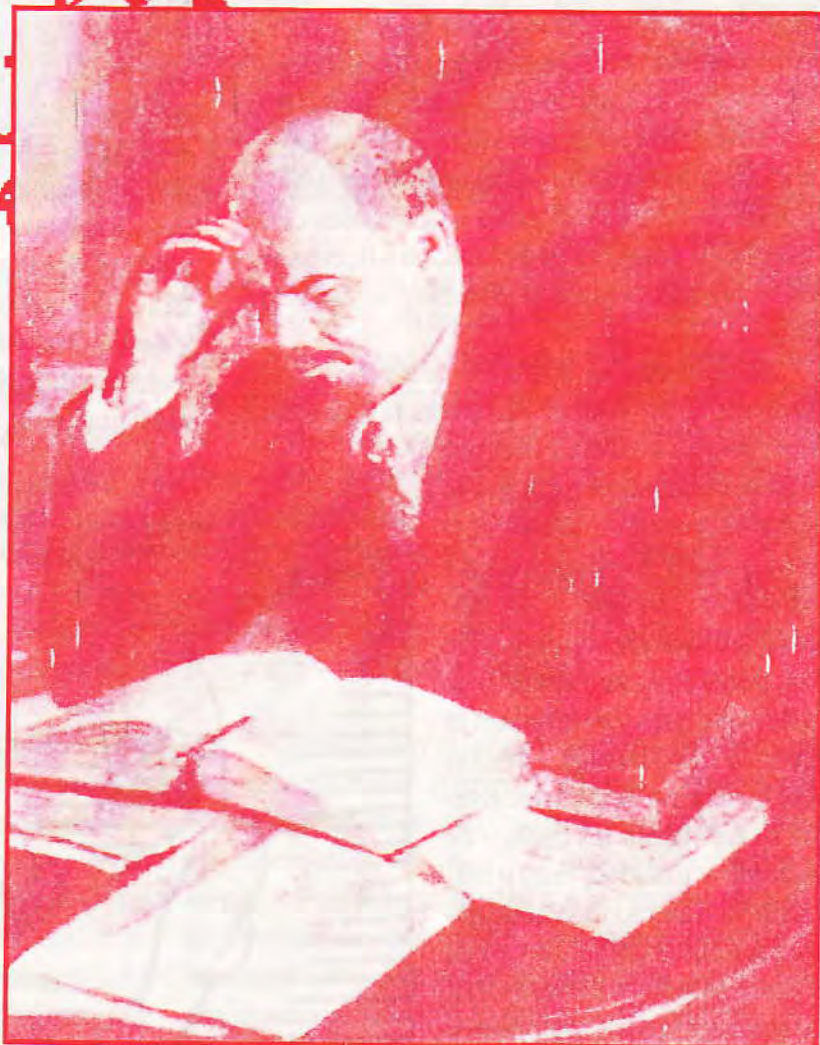
2 €



Cambiamos la línea de masas

SUMARIO:

Editorial: Otra práctica es necesaria	2
La desviación de derecha en el seno del movimiento comunista internacional	17
El partido revolucionario del proletariado y las tareas actuales de los comunistas	26
Acerca de la línea de masas: dos respuestas a la O. C. Octubre	41
Elecciones 2003	50
Un aniversario para la inspiración revolucionaria	52



¡Trabajador: estudia y difunde La Forja!

Otra práctica es necesaria

Nos asquea la sociedad actual y odiamos su orden injusto. Nos hemos dado esperanza lanzando a los poderosos la advertencia de que "Otro mundo es posible". Pero, ¿cómo conseguirlo?

La sociedad constituye un sistema de contradicciones, las cuales determinan su dinamismo y se condicionan mutuamente. Este complejo tiene su clave de bóveda, por así llamarla, en la contradicción fundamental, de cuyo desarrollo depende, en última instancia, la suerte de las demás. El marxismo descubre que tal contradicción fundamental se halla en la base económica de la sociedad y es la que opone la forma privada de apropiación de la producción a la naturaleza ya directamente social, colectiva, de ésta. Sin embargo, en este estadio superior del desarrollo de la materia que es la humanidad social —aunque todavía pendiente de completar su socialización—, las leyes objetivas no pueden abrirse paso más que a través de la actividad de las personas, a su vez dictada por la conciencia de las mismas (reflejo de la realidad, aproximado y mediatizado por la posición que cada uno ocupe en ella). Por eso, la contradicción fundamental se resuelve a través de la lucha entre las dos clases básicas en que ella misma organiza y divide a la sociedad —o, mejor dicho, a través de la lucha entre las dos clases cuya expresión abstracta es dicha contradicción económica—: es decir, la lucha entre la burguesía y el proletariado.

Sin embargo, en el mundo de los fenómenos, de lo aparente, de lo "visible", dicha contradicción esencial no se presenta tal cual sino por medio de contradicciones particulares que suelen revestir un aspecto muy diferente, a veces, hasta opuesto. La participación en cada uno de los movimientos sociales que son expresión de ellas, por sí sola, no permitirá la visión del conjunto y menos aún la comprensión de su esencia, que es el requisito indispensable para resolverlas. Así lo atestiguan los hechos de más reciente actualidad, muy particularmente las Elecciones Municipales y Autonómicas del pasado 25 de mayo. Sus resultados vinieron influidos por acontecimientos importantes que vamos a repasar someramente.

El movimiento contra la Guerra de Irak

La invasión de Irak por parte de la coalición anglo-norteamericana suscitó con razón el rechazo y la protesta de millones de personas por todo el mundo. ¿Por qué no pudimos impedir que se consumara? Para los agresores, se trataba de un objetivo suficientemente importante como para sacrificar momentáneamente la confianza de considerables sectores de la opinión pública. En efecto, tras la implosión del bloque oriental que puso término a la Guerra Fría, se imponía la distribución del botín que eso suponía entre los imperialistas occidentales. Durante el decenio siguiente, la lucha por ese reparto se desarrolló soterradamente, prevaleciendo la apariencia de unas relaciones internacionales civilizadas, desde el punto de vista de los vencedores tomados en su conjunto. Pero las crisis económicas y el desarrollo desigual entre ellos acabaron rompiendo el idilio y el "11 de Septiembre" fue el pistoletazo de salida para la concurrencia abierta en pos del dominio mundial. Los Estados Unidos pasaron a la contraofensiva, oponiendo su poderío militar a la fortaleza económica de Europa, simbolizada por su nueva moneda. Si hubo consenso para la primera guerra contra Irak y para despedazar Yugoslavia (con la excepción de Rusia, y al tiempo que la competencia entre Francia y EE.UU. por el control de la región africana del Congo y de los Grandes Lagos causaba una de las mayores matanzas de la historia), la invasión de Afganistán y, ya explícitamente, la de Irak sacaron a relucir la confron-

EL ROTO



tación de intereses entre los imperialistas anglosajones y los imperialistas franco-alemanes. Los europeos continentales poseen la divisa más cotizada y que seduce más y más a los países exportadores de petróleo, mientras dependen absolutamente de las reservas de esta materia prima que se encuentran en el Golfo Pérsico. De ahí que el mantenimiento de la hegemonía estadounidense le exigiera hacerse con el control de Irak, el segundo productor de crudo, tras Arabia Saudí. Hasta cierto punto, EE.UU. se jugaba su supervivencia como potencia imperialista. Frente a esto, sólo una amenaza aún mayor podría haber contenido el militarismo yanqui. ¿Acaso tal amenaza podía provenir del campo de la resistencia?

En Irak había un régimen de capitalismo burocrático, disfrazado de nacionalismo panarabista, tan impopular como las tan cacareadas “democracias” de aquí; es decir, incapaz de movilizar las fuerzas del pueblo para una resistencia efectiva contra los invasores. Y la oposición interna era débil, con la mayoría de sus dirigentes vendidos a la potencia ocupante.

En cuanto al movimiento internacional anti-bélico, la confusión era la nota dominante y eso facilitó su paralización, desactivación y recuperación por parte del sistema. Había ciertamente en él un sector más consecuente, de vanguardia, pero las masas mayoritarias no rebasaban los prejuicios del pacifismo burgués: que la agresión yanqui era ilegal porque no contaba con el aval de esa “democracia” mundial de los explotadores que es la ONU; que debíamos alinearnos con el “pacífico” imperialismo europeo frente al belicoso anglonorteamericano; que Irak no poseía armas de destrucción masiva ni colaboraba con lo que los reaccionarios llaman terrorismo (respuesta que equivale a legitimar las inspecciones e invasiones de quien posee la gran mayoría de dichas armas y asienta su dominio cada vez más sobre el terror que inspira su fuerza militar); que se debía agotar la diplomacia; que la guerra es siempre lo peor; ... y demás monsergas. No obstante, el atraso de esas masas no era lo más grave puesto que, en condiciones de una propaganda, una acción y un cauce organizativo realmente revolucionarios, es un mal del que se habrían vacunado con su propia experiencia. Pero tales condiciones estaban ausentes y el movimiento resultó globalmente derrotado.

¿Cuál era en aquel momento (y sigue siendo) el estado de la vanguardia? Había conciencia de que se trataba de una guerra de agresión imperialista, pero ahí cesaba la unidad de criterios. La mayoría cedió al pacifismo y rebajó escandalosamente su discurso para dirigirse a las masas: siguió enarbolando la insulsa consigna de “¡No a la Guerra!”, cuando el ataque ya se

había perpetrado¹; no se atrevió a sostener abiertamente y por todos los medios a la resistencia iraquí; y, sobre todo, no planteó siquiera la necesidad de oponer a los horrores del capitalismo y sus guerras injustas, la guerra revolucionaria, la revolución proletaria.



Por supuesto que el estado de nuestras fuerzas no permite abordar de modo práctico e inmediato este objetivo, pero **sí es necesario que toda la legítima protesta contra el régimen burgués se enfile hacia su derrocamiento revolucionario**, armando a las masas con el ardiente deseo de armarse (por emplear la expresión de Lenin) y organizando las fuerzas con las miras puestas en este fin. Éste es el imperativo que dictan las condiciones objetivas a todos los que quieran honradamente poner término a las lacras sociales contemporáneas. No conseguiremos más sin la acción resolutiva del factor subjetivo, es decir, del proletariado revolucionario. La espera de condiciones objetivas más favorables sólo empeorará la situación y la actividad de las masas, como ocurriría si dejamos que los imperialistas acaben enzarzándose en una tercera guerra mundial. Sabedores de esta verdad, al mismo tiempo que compiten entre sí, los capitalistas se unen bajo la bandera de la lucha contra el terrorismo, categoría en la que incluyen sin falta todo movimiento revolucio-

¹ Aderezarla con la ya clásica: “OTAN no, bases fuera” y las obvias “No a la implicación del Estado español” o “Gobierno, dimisión”, es jugar a un radicalismo vacuo, superficial y, sobre todo, servil al poder burgués, cuando se “olvida” reivindicar la necesidad de la revolución proletaria para desplazar a la clase social culpable de la masacre.

nario y excluyen su propia violencia (así, por ejemplo, los mismos grandes medios de comunicación que nos relatan hasta el detalle las consecuencias de la violencia de ETA, ocultando al máximo los fines políticos que ésta persigue hasta provocar en la población una hostilidad visceral contra lo vasco, evitan mostrar las masivas matanzas de iraquíes por parte de la “banda armada” USA-UK —con la colaboración del gobierno español²—, las imputan a errores, las califican de daños colaterales de una guerra justa y necesaria contra un mal mayor y terminan ensalzando el glorioso balance de la acción aliada).

En lo sucesivo, el desarrollo de las fuerzas de la revolución se tendrá que realizar en las condiciones desventajosas de una contrarrevolución preventiva atizada y “justificada” —a los ojos de amplias masas atrasadas— por el peligro terrorista de grupos reaccionarios del tipo *Al Qaeda*. Atentados como los recientes en Arabia Saudí y Marruecos van a producirse más y más porque la creciente opresión imperialista provocará la legítima respuesta combativa de millones de personas, algunas de las cuales recurrirán al terrorismo, y porque los estrategas burgueses siempre estarán interesados en explotar la incultura política de grandes masas populares, permitiendo o urdiendo directamente acciones así, que achacarán sin falta a ese nuevo enemigo invisible contra el que vale todo.

La superficie del campo de batalla

La principal carencia del movimiento proletario —a saber, el atraso de su vanguardia y, a conse-

cuencia de ello, su vinculación con las masas “a la baja”, en lugar de elevarlas, de capacitarlas para el cumplimiento de su misión histórica— se ha hecho sentir en todos los episodios recientes de la lucha de clases.

* El primero de ellos y el que más se ha mantenido en el tiempo es la lucha de estudiantes y profesores contra la reforma educativa del Partido Popular. Como ya explicamos en el anterior número, ésta pretende esencialmente adecuar la enseñanza a las necesidades del capital, frente a las demandas democráticas de una educación multidisciplinar, científica, participativa, etc., a la que pueda acceder la clase obrera. En este sentido, es continuadora de las anteriores reformas reaccionarias implementadas por UCD y el PSOE. Le distingue su respaldo a los centros docentes privados, mayoritariamente católicos, así como un criterio pragmático individualista que premia al alumno aventajado y abandona a su suerte al rezagado —adulando así los más bajos instintos de los padres de los primeros y de la masa de profesorado—, frente al criterio igualitarista superficial de los “socialistas”, que explotaban la mala conciencia de la “mayoría opulenta”. La crisis económica y la dura competencia imperialista entablada han terminado por hacer saltar en pedazos la hipocresía socialdemócrata y por hacer que prevalezca la *ley de la selva*, a falta de un proyecto igualitarista real y consecuente: el socialismo como proceso de abolición de las diferencias de clase. Lo cierto es que ninguna reforma del sistema docente puede contrarrestar en solitario la influencia que, en la conformación de la conciencia de los jóvenes, ejerce el modo de producción capitalista y la superestructura cultural que le corresponde, con sus valores morales de egoísmo, explotación, competencia desbocada, hedonismo, etc. Para vencer todo eso hace falta una revolución que subvierta todo el edificio social y, para ello, la conducción de este proceso por parte de la vanguardia proletaria, esto es, del sector más capaz de emanciparse de las taras ideológicas burguesas (apoyándose en la vertiente progresiva de todo el desarrollo histórico, sintetizada en la concepción del mundo marxista-leninista).

* La pasada huelga general contra el recorte de la protección a los desempleados fue férreamente controlada por la aristocracia obrera de CC.OO. y UGT, que consiguió sus propósitos, coincidentes en parte con los del resto de la clase, a cambio —como ya dijimos— de asegurar estabilidad y tranquilidad al Estado imperialista español en la retaguardia, mientras se lanza a una represión sistemática y creciente del Movimiento Vasco de Liberación Nacional. La debilidad de la vanguardia proletaria permitió a esa recua de

² Las víctimas militares del accidente aéreo que regresaban de Afganistán son otro tributo más a pagar al imperialismo, que nos exige destruir y esclavizar países enteros para acrecentar los superbeneficios de nuestros capitalistas y alimentar a la enorme maquinaria burocrática que precisan. Eso es lo que debe denunciar toda izquierda que se precie de serlo, y no la falta de calidad y de seguridad de los aviones de transporte de tropas. El Gobierno ha reconocido que envía otros 1.300 soldados a Irak en misión, no ya eufemísticamente humanitaria, sino de seguridad, como potencia ocupante: seguridad para que los oligarcas de Repsol y Cepsa puedan robar impunemente el 20% del petróleo iraquí que les ha tocado en el reparto imperialista del botín. El pueblo de este país tiene perfecto derecho a impedirlo con los medios que tenga a su alcance. Y esto es sólo un anticipo de la advertencia que la Revolución lanzará a aquellos desclasados que se alistan al servicio de los poseedores, sacrificando de ese modo su dignidad por su estómago: ¡ustedes se han equivocado de bando, así que pásense al nuestro o serán aplastados por la rueda de la Historia nuevamente puesta en marcha!

oportunistas seguir ostentando la representación del conjunto de la masa obrera para envilecerla de este modo³. Los máximos dirigentes de CC.OO. han llegado incluso a considerar que el trato merecía negarse a secundar una huelga general contra la guerra de Irak. Los de UGT, en cambio, prefirieron devolver el favor a la otra fracción de la burguesía representada por el PSOE y convocaron dos horas de paro: medida simbólica, testimonial y electoralista con la que, según

zar de independencia si no transforma su actual conciencia burguesa, y la ruptura suficiente con ésta no es posible sin la labor educativa y dirigente de su vanguardia marxista-leninista.

* Por el mismo motivo, la marea negra provocada por el hundimiento del barco petrolero *Prestige* no despertó ninguna **Marea Roja** contra el capitalismo, pese a la evidencia del caso, el cual fue reconducido por todas las fuerzas políticas —burguesas y pequeño-burguesas— como un simple fallo de gestión del Gobierno, en lugar de enfocarse como un desastre consustancial al régimen económico actual.

El sufragio universal como barómetro

Y así llegamos a las Elecciones del pasado 25 de mayo. Los oportunistas, honrados o no, pensaban que les había llegado el momento de cobrar a las masas las poses pseudoizquierdistas que habían adoptado en los últimos meses. “Se tiene que notar a la hora de votar”, repetían con satisfacción. Y efectivamente, los resulta-

dos reflejaron el curso real de los acontecimientos políticos, pero éste difería sustancialmente de los deseos de aquéllos.

Unos políticos burgueses, con esperanza, y otros, con temor, todos auguraban un aumento de la participación que beneficiara a la oposición de “izquierdas” (PSOE e IU). Sin embargo, el índice de abstención no se redujo sustancialmente⁴, resultó de nuevo más alto en zonas de predominio obrero y aproximadamente uno de cada tres electores se mantuvo al margen de esta falsa democracia que sólo lo es para la



Fidalgo, el 1º de Mayo

confesó su Secretario General, Cándido Méndez, pretendían manifestar su intención de no perjudicar la producción. ¡Dios les libre de atentar contra los sacrosantos beneficios de los pobres capitalistas! ¡Como si no fuera esta clase social la culpable de esta guerra!

* También se resintió la masiva movilización popular contra el Plan Hidrológico Nacional, que degeneró en un conflicto entre nacionalidades y regiones —los egoístas de Aragón y Cataluña contra los expoliadores del Levante—, sólo ligeramente dignificado por argumentos ecologistas. La masa del proletariado fue a remolque de las dos clases protagonistas del conflicto: el campesinado medio del valle del Ebro y los capitalistas agroindustriales de la costa mediterránea. La presencia de un proletariado independiente habría invertido la correlación de fuerzas, puesto que vigorizaría el movimiento popular proporcionándole una perspectiva más ambiciosa y resolutive (el socialismo) y, gracias a ella, sumaría al mismo a amplias masas de las regiones supuestamente beneficiadas por el trasvase. Pero la clase obrera no podrá go-

³ No obstante, ocurre a veces que esos modernos capataces de esclavos reciben, si no su merecido, sí al menos un anticipo del mismo, como el golpe que un obrero de Sintel propinó al Secretario General de CC.OO., José M^a Fidalgo, durante la manifestación del pasado 1º de Mayo en Madrid.

⁴ La abstención es la opción mayoritaria, en el sentido de que involucra a un porcentaje del censo superior al que consigue cualquier partido político. A ésta hay que sumar el “voto del miedo”, es decir, el de esos ancianos a los que se insinúa que perderán su pensión o los cuidados de las monjitas de su asilo, si no votan a tal o cual partido sostenedor del sistema; o el de la población rural sometida al caciquismo de terratenientes y burócratas locales; etc. Si ahora añadimos el voto de los “estómagos agradecidos” (cientos de miles de funcionarios, beneficiarios de fondos públicos, liberados de sindicatos, de ONG’s, curas y demás parásitos), ¿qué queda en pie de la democracia? Frente a toda esa basura, el estancamiento o, incluso, retroceso del PCE-IU indica que más y más explotados dan la espalda a quienes les traicionan y los obreros más conscientes optan por la abstención electoral.

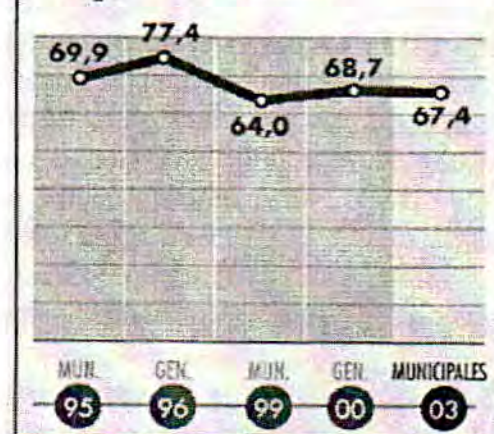
clase dominante, como el mecanismo que más afianza su régimen explotador. Esto es lo que acreditan los hechos, por encima de las promesas y los discursos, para los que se abstienen, aunque también para muchos votantes que, apostando por lo que creen mal menor —el respaldo a la falsa izquierda—, confían en que ésta terminará por hacer algo para siquiera aliviar el infierno capitalista⁵. Pero las ilusiones son implacablemente aplastadas por la realidad,

puesta al desnudo con incidentes como el de la Comunidad Autónoma de Madrid, donde dos diputados elegidos por las listas del PSOE han traicionado la disciplina de su grupo en un claro caso de corrupción inmobiliaria, haciendo perder la mayoría al bloque PSOE-IU y colocando al gobierno de la región a su merced y a la del Partido Popular. De cuando en cuando, no puede por menos que trascender la auténtica naturaleza del régimen parlamentario y de los partidos que lo sostienen, aún en sus escalones inferiores, “más cercanos a los ciudadanos” como gustan de decir sus apologistas. Con su actuación, estos dos cargos electos han elevado a escándalo la consabida corrupción que anida en las instituciones locales del capital, ligada a la especulación del suelo que ejercen terratenientes y constructores. También han mostrado al PSOE, no ya solamente como consentidor y gestor del sistema de explotación, sino asimismo como un partido encabezado por grupos de capitalistas, como un partido directamente burgués. Por su parte, el PP —beneficiario

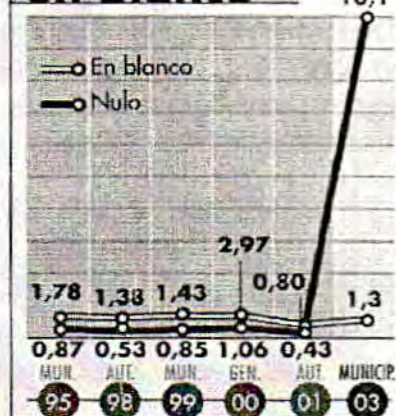
del caso y probable corruptor de esos dos tipejos— está confirmando su mezquina catadura, que ya exhibió durante el conflicto de Irak, al anteponer sus privativos intereses inmediatos a la credibilidad de las instituciones y, por tanto, a su estabilidad, las cuales son un imperativo estratégico de la burguesía, como clase; es otro caso más que ilustra cómo la revolución siempre podrá contar con la ayuda de los errores y torpezas de sus enemigos. Por último, Izquierda Unida se revela una vez más como un partido pequeñoburgués conservador, puesto que su reclamo de reformas es para conservar el orden vigente: en efecto, califica toda la podredumbre del caso como un atentado contra el sistema democrático, en lugar de achacarla al propio sistema, en lugar de reconocer la necesidad de su derrocamiento para que se realice la democracia, en lugar de reivindicar la solución de tanta infamia por medio de la Revolución Socialista Proletaria. De rebote, si — pese a esta evidencia— IU es percibida por aquellos dos diputados estafadores como “extrema izquierda” (se autojustifican como detractores del pacto PSOE-IU), es que ellos militan de lleno en el campo ultra-reaccionario, en el de los partidarios de suprimir cualquier atisbo de democracia para salvar al sistema.

Las últimas movilizaciones de masas modificaron escasamente el mapa electoral. La “izquierda” —sobre todo los “socialistas”— incrementó ligeramente sus votos, en parte atrayendo a las urnas a un sector de la abstención (ésta se redujo sobre un 10%) y en otra parte logrando el respaldo de nuevos electores, muchos de ellos probablemente influidos por las luchas estudiantil y pacifista. Pero también el PP aumentó sus apoyos, demostrando que no ha sufrido ninguna quiebra y que la opresión de las conciencias por el

participación españa



evolución del voto nulo y en blanco



⁵ El PSOE ganó las elecciones de 1982 al aprovechar demagógicamente el deseo de cambio de la mayoría de los trabajadores, que no se conformaba con la pantomima de la “Transición”. Después de la traición de estas ilusiones durante los 14 largos años de gobierno “socialista” antiobrero, represor y corrupto, los nuevos dirigentes de este partido ya no han podido sacar réditos del recuerdo de aquella amarga victoria. El escaso aumento de votos que han obtenido tiene un significado muy distinto: es un voto **contra** la derecha, a la defensiva, desesperanzado, escéptico, sin entusiasmo, pragmático, etc.

pensamiento reaccionario sigue fuerte y sólida. Así pues, los últimos capítulos de la lucha de clases apenas han cambiado las adhesiones ideológico-políticas del electorado, al menos en el sentido pronosticado; ni tampoco estimularon de manera importante el activismo de la vanguardia proletaria⁶.

En Aragón, el Plan Hidrológico Nacional daña tan directamente y sin compensación los intereses inmediatos de muchos y el sentimiento regional de la generalidad que sí hubo corrimiento de votos del PP hacia el PSOE. En cambio, en Galicia, las indemnizaciones aprobadas para los afectados por el vertido de fuel bastaron para que la derecha revalidase su hegemonía (repitiendo mayoría absoluta en las partes más contaminadas del litoral, para indignación de los voluntarios que acudieron a limpiar el chapapote y que son un exponente de la vanguardia). El movimiento pacifista, por su parte, pese a arrogarse la representación de ese 90% de la población contrario a la guerra —según las encuestas— fue incapaz de conseguir un vuelco electoral contra el PP. La “victoria” militar yanqui (más bien, el hundimiento del régimen de S. Husein, porque la resis-

tencia a la ocupación en forma de guerra de guerrillas arrecia en Irak, como en Afganistán) convenció a una parte considerable de esa masa “pacífica”, la más filisteia, de que no era tan mala la agresión imperialista y que Aznar había resultado un gobernante firme y astuto al arrimarse, contra viento y marea, al sol que más calienta. Además, hay que tener en cuenta que las dimensiones de este movimiento social, muy superiores a las que cobró en otros países, eran todo menos el fruto de una evolución ideológica de la gente: respondían más bien al impulso que recibió por parte de la oligarquía financiera europeísta que deseaba precipitar el regreso del PSOE al gobierno para conjurar la resurrección aznarista del “una, grande y libre”, del imperialismo español más estrecho, más nostálgico y menos práctico estratégicamente. El abucheo al candidato de los Verdes en Madrid, por parte del grupo de intelectuales y artistas contrarios a la guerra, no fue una expresión genuinamente popular sino el indicador de la manipulación electoral del movimiento a favor del PSOE (y su escudero IU) y, por lo tanto, en contra de una orientación consecuentemente anti-imperialista.

⁶ Después de que el 11-S truncara la trayectoria ascendente del movimiento antiglobalización, la resistencia había vuelto a levantar el vuelo desde el año pasado. El desenlace de las últimas batallas populares —particularmente la rápida ocupación de Irak por los imperialistas— parece haber sumido de nuevo a la vanguardia en una especie de melancolía que, de paso, ha repercutido negativamente en los resultados electorales de la “izquierda” oportunista. No obstante, la vanguardia ha demostrado en todos los casos que su papel político es mucho más importante que su peso numérico. No sólo ha sido capaz de movilizar a cientos de miles de personas, sino lo que es más importante: influye poderosamente sobre los procesos políticos, como así lo reconoce la propia burguesía cuando intenta utilizarla y también cuando demuestra lo mucho que la teme (lanzando contra ella todo su aparato propagandístico, prohibiendo la libre expresión, deteniendo activistas, acusándola de nexos imaginarios con la izquierda nacionalista vasca, etc.). Los resultados electorales expresaron el desánimo de la vanguardia y, a su vez, lo han alimentado, debido principalmente a sus propias deficiencias ideológicas. En efecto, la gran mayoría de sus componentes carece de perspectiva revolucionaria y acaba depositando sus esperanzas en los procesos electorales del régimen parlamentario, sin comprender que eso lleva a equiparar a las masas políticamente avanzadas y activas con las más atrasadas y pasivas, que arrastran su penosa existencia bajo el yugo de la ideología dominante. Esto otorga a la burguesía un peso muy superior a sus fuerzas reales y deja en sus manos la solución de problemas consustanciales a su naturaleza y cuyo remedio exige consiguientemente su destrucción como clase. La norma formal del sufragio universal —“1 hombre = 1 voto”— no puede resolver las contradicciones más profundas de un régimen social, siendo

(como lo es la democracia en general) solamente la forma que oculta lo que hay realmente por debajo: una relación entre las clases. La modificación de ésta sólo puede resultar de la lucha entre esas clases y del desplazamiento de una por otra mediante una revolución. El sufragio universal fue y sigue siendo una medida progresista frente a la negación de derechos políticos para los desposeídos que solía regir antiguamente. Pero el proletariado no puede restringir su papel histórico ni su acción política al máximo de beneficios que le pueda reportar el mecanismo electoral, porque tal actitud conservadora lo condenaría a permanecer como clase subordinada y oprimida a la espera de circunstancias excepcionalmente favorables. Al contrario, su deber como clase es desarrollar todo lo posible su lucha por resolver cuanto antes las contradicciones sociales maduras, lo que supone urgir la conquista del Poder político por el único medio generalmente factible: la insurrección armada o la guerra popular prolongada. En ambos casos, no es preciso esperar a tener la simpatía de la mayoría; basta con gozar de una correlación de fuerzas ventajosa o, al menos, de unas condiciones reales que permitan alcanzar dicha correlación en el transcurso de la confrontación. No importa que la clase dominante consiga manipular la conciencia de amplias masas para conseguir una mayoría formal, si esas masas no van a ser capaces de convertirse en una verdadera fuerza de oposición al proletariado revolucionario, antes o inmediatamente después de que éste tome el Poder (más tarde, el ejercicio de su dictadura permitirá cambiar los puntos de vista de aquellas masas). Lo que sí hay que asegurarse es esa neutralidad más o menos benévola de las capas políticamente atrasadas de la población trabajadora. En resumen, la capacidad política de la vanguardia es siempre muy superior a su influencia electoral bajo la dictadura burguesa.

Lo que se mueve bajo la superficie

Lo que está más que claro —y que refuta el seguidismo de las masas erigido en dogma por la “izquierda” actual, incluidos los “marxistas”—, es que las últimas manifestaciones de la lucha de clases han sido insuficientes para que las masas progresaran ideológica y políticamente. Como mucho, han contrarrestado un poquito y, sobre todo, han creado la ilusión de que lograban contrarrestar la arrolladora tendencia opuesta: el avance de las posiciones reaccionarias. Desgraciadamente, es esto último lo que corroboran los resultados electorales, si no nos conformamos con una lectura superficial de los mismos. Un examen más atento, desde una perspectiva histórica, nos revela que la

apariencia de una ligera progresión de la izquierda oculta un movimiento constante, paulatino, podríamos decir, telúrico de la conciencia social, en sentido contrario.

Además de la ya mencionada consolidación del PP, el mayor respaldo a la “izquierda” parlamentaria lo es, como casi todos saben, a unos partidos que han ido escorando sus posiciones más y más hacia la derecha, con el paso del tiempo. El clásico PSOE, representante fáctico de la

aristocracia obrera y de la intelectualidad reformista, cuyo prestigio entre amplias masas obreras obedecía a su adhesión formal al socialismo marxista, se desmarcó expresamente de la ideología proletaria hace unos treinta años, acató la reforma monárquica capitaneada por el franquismo y aceptó luego gobernarlo para servir a los intereses de la burguesía a cambio de integrarse en esta clase: entre sus “hazañas” figuran la adhesión del Estado español a las estructuras imperialistas internacionales de la OTAN y la Comunidad Europea, el derribo de lo que conquistó el movimiento obrero durante la “transición”, la continuación de la opresión nacional hasta la instigación clandestina de grupos mercenarios contra los etarras y, ya lo último, el contubernio con la

derecha más reaccionaria para prohibir y perseguir a la izquierda *abertzale*. En cuanto a su socio de fatigas, el viejo PCE, aspirante a partido auténticamente revolucionario y principal combatiente contra la dictadura fascista (si bien inconsecuente desde el punto de vista marxista-leninista), se convirtió primero a esa nueva versión de la socialdemocracia que era el eurocomunismo, se prosternó también ante la reforma juancharlista del régimen burgués y ha acabado ocultando con vergüenza sus orígenes bajo el rótulo de Izquierda Unida, con el que ya sólo aspira a ser el mediador parlamentario de los movimientos reivindicativos, así como a conseguir parcelas de poder, o, mejor dicho, de gestión del poder burgués, a la sombra del PSOE. Tal es el verdadero contenido del voto de “iz-



quierda” en la actualidad, como todos saben o acaban descubriendo tras amargas experiencias.

En esta deriva reaccionaria de la opinión pública y, particularmente, de los electores han influido poderosamente dos factores relacionados entre sí: el vendaval anticomunista desatado tras el derrumbe del bloque soviético —del que hablaremos después— y la posterior campaña de demonización de toda lucha armada contra el imperialismo, estigmatizada sin distinción con el epíteto de “terrorista”. El repudio visceral de ETA, hasta el punto de desentenderse de la causa que origina su misma existencia, es un logro de los reaccionarios franquistas que se han valido del clima internacional propiciado por el terrorista Bush, del

socialimperialismo tradicional en el PSOE, de la ambigüedad cobarde del PCE-IU, del raquitismo político de la vanguardia proletaria y, por supuesto, de la línea burguesa dominante en el Movimiento de Liberación Nacional Vasco, que apuesta por una confrontación en términos estrictamente nacionales. El resultado es más represión y tendencia a la fascistización: hostilidad creciente de las masas del resto del Estado hacia la causa de la libertad nacional en Euskadi, rechazo a la negociación con sus representantes, detención de los activistas de la izquierda independentista, supresión de los derechos civiles para esta opción política y acoso contra todo el nacionalismo vasco. ¿Cuál es el próximo paso que preparan? ¿La prohibición del PNV y EA en nombre de la "democracia" y de su defensa? Si esa es la reacción de la burguesía española contra quienes sólo pretenden arrebatárle una mínima parte de sus posesiones, ¿qué no será capaz de reservarnos a los comunistas que combatimos por la abolición de la propiedad privada, por la liquidación de aquélla como clase? Lo que ya no está tan claro es que esa política de "mano dura" vaya a procurarles los frutos apetecidos. Si bien parece registrarse una merma de las acciones de ETA, se suceden masivas movilizaciones por los derechos políticos de la izquierda *abertzale* y sus candidaturas a estas últimas elecciones —anuladas y proscritas por las autoridades españolas— fueron apoyadas disciplinadamente por algo más de un 10% de electores, un porcentaje similar al que respaldó a Batasuna en los anteriores comicios. En conclusión, la resistencia popular en Euskadi es numerosa y cualitativamente fuerte. Y esto, gracias a la existencia de un núcleo dirigente sólido suficientemente consciente en relación con el objetivo perseguido. Con mayor razón, la conciencia del sector de vanguardia del proletariado es también la clave de la consecución del objetivo comunista, muchísimo más ambicioso y complejo que el de la libertad nacional.

Invertir la tendencia

Sufrimos, pues, una progresión de las ideas reaccionarias. Si bien las grandes masas se movilizan de cuando en cuando por motivos democráticos o incluso anticapitalistas, la concepción del mundo sobre la que se basan es íntegramente burguesa (aunque eso se oponga a sus intereses fundamentales) y las soluciones a sus problemas las buscan en el arsenal de la ideología burguesa, con lo que resulta prácticamente imposible que puedan emprender una lucha de clase consecuente y resolutive. Esto tiene poco de extraordinario bajo el régimen explotador y no digamos en países dominan-

tes de la cadena imperialista. Pero el que esta limitación se extienda también, como hoy, a la vanguardia proletaria es algo no tan corriente y, desde luego, perfectamente superable con consciencia, voluntad y esfuerzo, sin tener que esperar condiciones objetivas favorables. Cuando la vanguardia actúa como portadora de la cosmovisión antagónica a la dominante, puede transmitirla a las masas, mediante la propaganda y una dirección práctica de su movimiento más audaz y ambiciosa: **un conocimiento científico de la realidad social y la consiguiente perspectiva más elevada para su transformación es lo que necesitan las masas que les aporte la vanguardia para liberarse de los prejuicios burgueses que encorsetan su actividad, para inscribir su movimiento en otra lógica, en una lógica revolucionaria.** No es que vayamos a ser capaces de transformar la concepción del mundo de las masas antes de conquistar el Poder político, pero sí de iniciar ya, de este modo, un cierto cambio paulatino y a gran escala de las relaciones sociales sobre el que progrese la conciencia de los trabajadores hasta poder alcanzar la dominación política. Es la *praxis revolucionaria*, el núcleo de la teoría marxista, mediante la cual ésta soluciona el problema de la emancipación humana planteado de atrás por la filosofía clásica, por los pensadores humanistas, y anhelado por los oprimidos en su lucha de siglos.

La mayor parte de la vanguardia —la que seleccionan espontáneamente los propios movimientos de masas— todavía no se plantea esta problemática y, por las condiciones de su formación, no puede ser la que empiece a plantearla. Los iniciadores deben buscarse en otra parte: son lo que nosotros denominamos vanguardia teórica, **los que, por el motivo que sea, se interesan por los problemas de la emancipación social, por encima de los de la resistencia al capital.** En ella predominan hoy quienes rechazan el marxismo y los que lo asumen de manera incompleta, inconsecuente. Entre éstos últimos, encontramos (aunque no sólo a ellos) a los restos del Movimiento Comunista Internacional constituido dentro del *Ciclo de Octubre* de la Revolución Proletaria Mundial, y otros nuevos que se ciñen dogmática y nostálgicamente a éste. Han comprendido muchas de las soluciones que ha venido dando el marxismo, pero han perdido de vista sus premisas, las contradicciones que las engendraron. Así, el objetivo (la emancipación humana) ha resultado inalcanzable debido, entre otras razones, a que entendieron aquellas soluciones como negaciones mecánicas, como destrucciones sin conservación; y eso, hoy, les imposibilita llevar a efecto la segunda negación dialéctica, la del *Ciclo de Octubre*. Y, sin negación de la

negación, no se podrá llegar a superar el capitalismo en una nueva y superior unidad de contrarios, que es la sociedad comunista⁷.

Que esto es así lo ilustra a la perfección la comprensión estrecha y amputada del concepto de *praxis revolucionaria* que ha imperado entre los marxistas hasta hoy. Es cierto que nuestra teoría rompe con la impotencia de sus predecesoras utópicas afirmando la insuficiencia de la crítica social radical y la necesidad de una práctica social revolucionaria, pero:

1º) ¿Para qué? ¿Como un fin en sí mismo? No. Se trata de lograr, mediante ella, una revolución de las conciencias, la superación de la alienación a que las somete la sociedad de clases, su emancipación. La práctica de cambiar las relaciones sociales es **sólo** un medio para liberar la creatividad de los espíritus, para completar la humanización del hombre⁸, para alcanzar el estadio de la materia autoconsciente. Por lo tanto, el

⁷ “La filosofía antigua fue un materialismo inmediato y espontáneo y, como tal, era incapaz de sacar en claro las relaciones del pensamiento y la materia; pero la necesidad de darse cuenta de las relaciones dio origen a la doctrina del alma separable del cuerpo, después a la afirmación de la inmortalidad de esa alma y, por último, al movimiento. El antiguo materialismo fue negado, pues, por el idealismo. Mas en el curso del desarrollo ulterior de la filosofía, el idealismo también se hizo insostenible y fue negado por el materialismo moderno. Este último, que es la negación de la negación, no es la simple restauración del antiguo materialismo, sino que a los fundamentos durables de aquél aúna todo el pensamiento de la filosofía y de las ciencias de la naturaleza, en el curso de la evolución de dos mil años y el producto de esa misma larga historia. Además, ya no es tampoco una filosofía como tal, sino una simple intuición del mundo, que debe probarse y realizarse, no en una ciencia de las ciencias que tiene una existencia aislada, sino en las diversas ciencias positivas. Aquí, pues, la filosofía es *aufgehoben*, es decir, ‘conservada y superada a la vez’, superada en cuanto a la forma, conservada en cuanto al contenido. (...)”

Negar, en dialéctica, no es simplemente decir que no, o declarar que una cosa no existe, o destruirla de un modo cualquiera. (...) Yo debo, no sólo negar, sino también superar (*Aufheben*) de nuevo la negación. Yo debo constituir la primera negación de tal suerte que la segunda sea o llegue a ser posible. ¿Y cómo? Según la naturaleza específica de cada caso particular. Si aplasto un grano de cebada, si pisoteo un insecto, efectúo la primera negación, pero hago imposible la segunda. (...)” (*El Anti-Dühring*, Friedrich Engels, págs. 150, 153 y 154 - Edicions Avant)

⁸ “En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.” (*El Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels, pág. 54, Editorial Progreso 1981).

proceso histórico-lógico se realiza en este orden: conciencia-materia-conciencia; o, desde el punto de vista de la actividad: teoría-práctica-teoría⁹. Sin embargo, la mayoría de los marxistas considera que plantear así la cuestión es idealismo, intelectualismo; han perdido de vista el objetivo y entienden aquel proceso como “práctica-teoría-práctica”, subordinando todo lo teórico, lo consciente, lo intelectual, a los fines prácticos. Ésta es la base última de todo el economicismo, el pragmatismo y el instrumentalismo que acabaron por echar a perder el movimiento revolucionario anterior, cuyos hitos se alcanzaron precisamente luchando contra ese materialismo burdo, mecanicista, que es incapaz de apreciar la diferencia cualitativa entre las formas de la materia y que aplica a la sociedad la lógica propia de las ciencias naturales (por ejemplo, la *Teoría de las fuerzas productivas* que viene a reducir la adquisición de conciencia por parte de la humanidad social poco menos que a un reflejo condicionado característico de las demás especies animales)¹⁰.

2º) La práctica necesaria no es cualquiera, sino la que tiene carácter revolucionario. Por supuesto que sus resultados serán los que sentencien definitivamente sobre esa pretendida naturaleza, pero *a priori* no se trata de “dar palos de ciego” y de probar cualesquiera opciones. Es contrastando con la teoría —como práctica acumulada y racionalizada de la humanidad—, y mediante la confrontación de ideas, como se puede

⁹ Ciertamente, la conciencia es producto de la materia en cuanto que es una de las funciones de un órgano material —el cerebro— y que es, en última instancia, un reflejo de la realidad material percibida a través de los sentidos. Pero en absoluto consiste en un reflejo inmediato de la misma, sino que viene mediatizado, en cada lugar, tiempo, individuo, clase, etc., por la cultura precedente. La afirmación contraria es una reducción empirista del materialismo. La conciencia es premisa de cualquier práctica, de cualquier transformación del ser social (si bien los límites de la misma vienen determinados por la naturaleza de éste) y el propio ser social es inconcebible sin conciencia social por ser la conciencia el atributo específico de la etapa social de la materia. Además, el resultado lógico de esta forma —de esta nueva contradicción de la materia—, mientras no sucumba, es devenir materia autoconsciente, conciencia desarrollada hasta tal punto que es capaz de modelar las condiciones naturales y sociales de su existencia en aras de su sucesivo desenvolvimiento libre de trabas.

¹⁰ En un contexto de praxis deslumbrante y totalizadora, que estaba proporcionando significativos éxitos al movimiento socialista internacional, Lenin no se dejaba arrastrar por la corriente y mostraba una comprensión mucho más correcta del marxismo, al basar toda la lucha contra el economicismo en la famosa máxima: “Sin teoría revolucionaria, no puede haber tampoco un movimiento revolucionario”.

EL ROTO



analizar certeramente la realidad y dilucidar de antemano cuál es la política más revolucionaria. El marxismo, pues, no desprecia el papel de la teoría y de la crítica; sólo advierte que éstas no bastan. Pero, demasiados comunistas se dejan cegar por esta advertencia y ya no prestan atención a los requerimientos concretos que plantea la construcción de una teoría que **posibilite** una práctica verdaderamente revolucionaria; creen que es suficiente proclamarse marxista-leninista y aplicar algunos conocimientos sueltos contenidos en este *corpus* ideológico, o cierto esquema basado en él, para que esta aplicación pueda calificarse como praxis revolucionaria. Pero la praxis revolucionaria no es la negación mecánica de la crítica social radical que le precedió, sino su negación dialéctica, su superación como fruto del máximo desarrollo de dicha crítica. Hoy, agotada la eficacia de la antigua, la nueva praxis necesaria (Reconstitución del Partido Comunista y reanudación de la Revolución Proletaria Mundial hasta su culminación) exige previamente **volver a la crítica** — particularmente, la de la vieja práctica —, para elevarla hasta un nivel cualitativamente más alto de todo lo conocido hasta el presente (Reconstitución de la ideología comunista).

Enseguida desarrollaremos este asunto, pero, antes, recapitemos a la inversa el estado actual de la cadena de mediaciones que debemos ir resolviendo por pasos para Reconstituir el Partido Comunista y así abordar directa y prácticamente la lucha por el Poder político.

La actitud hacia las masas

Para ello, es preciso cierto grado de fusión de las masas del proletariado con su vanguardia revolu-

cionaria. Esta fue la preocupación principal de Lenin cuando escribía al movimiento su famosa obra *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en un momento de crisis política generalizada en Europa, de aguda debilidad del enemigo de clase, y, por lo mismo, de condiciones inmejorables para que las masas llevasen a los revolucionarios al poder. Luego y hasta hoy, cuando la situación objetiva y subjetiva cambió, los comunistas continuaron centrando su interés en el progreso político de las grandes masas, dando por asegurados los requi-

sitos que habían de permitirlo y que, sin embargo, se habían ido perdiendo poco a poco. La vanguardia se alejó del marxismo-leninismo y convirtió a la revolución en una perspectiva meramente formal, lo que ha dejado a las masas huérfanas de una educación política correcta desde hace mucho tiempo. En nuestros días, la vinculación de los grupos marxistas-leninistas con las masas se realiza a costa de rebajar la actividad revolucionaria de aquéllos. Ya hemos consignado que únicamente mediante la dictadura del proletariado será posible elevar a las masas hasta el nivel político de su vanguardia, pero no se trata de esto: lo que ocurre actualmente es que la política que puede vincular a las masas con su vanguardia (el programa) —y que lo consigue en proporciones ínfimas— pierde, no ya su carácter comunista, sino incluso su carácter revolucionario, es decir que niega *de facto* la lucha revolucionaria por el poder y, dada la extrema debilidad de la vanguardia en todos los órdenes, fuerza a ésta (incluidos los marxistas-leninistas que se empeñan en establecer ya dicho vínculo) a volcarse en la problemática de las reformas, sacrificando su actividad específica como destacamento avanzado.

El Partido del Trabajo de Bélgica es un exponente típico de esta desgracia (que contrasta con sus importantes e innegables logros políticos, sobre todo en el terreno organizativo). Se trata de uno de los pocos partidos que ha sobrevivido a aquel movimiento marxista-leninista nacido al calor de la Revolución Cultural de China. Fue éste un momento cumbre dentro del Ciclo de Octubre de la Revolución Mundial y, precisamente por inscribirse dentro de dicho Ciclo, todavía no permitía una comprensión de éste en su conjunto ni, por lo mismo, llevar la lucha contra el revisionismo hasta el punto necesario para reavivar la revolución in-

ternacional. El PTB surge, pues, lastrado por las deficiencias acumuladas, particularmente aquéllas de las que no se desprendió Mao y que incluían ese afán por conquistar a las grandes masas saltándose las premisas ideológicas que convirtieran dicha conquista en un movimiento de elevación política (fetichismo de las masas o de los obreros). Sus cuadros intelectuales se dirigieron inmediatamente a los obreros tomándolos por modelo revolucionario.

Esta creencia confunde y acaba poniendo del revés dos hechos muy distintos. Uno es que el marxismo-leninismo es la teoría que continúa, sintetiza y supera el pensamiento producido por la humanidad hasta consolidar la última formación social clasista y, por lo mismo, la guía insustituible para seguir progresando a partir de ahí. Dos, que de todas las clases existentes en el capitalismo sólo el proletariado es realmente revolucionario en el sentido de que, por su posición objetiva, es el único que no tiene intereses materiales sustanciales a su naturaleza de clase que se opongan a la revolución superadora de la civilización burguesa. Dicho esto, hay varios "peros" que explican la imposibilidad de una identidad automática, inmediata, metafísica, entre ambos hechos: los intereses materiales no se traducen directamente en conciencia (menos aún tratándose de los más esenciales y, por tanto, recónditos), imponiéndose espontáneamente en los obreros la ideología burguesa dominante que sólo se puede hacer retroceder sosteniendo la lucha contra ella; el imperialismo, además, desgaja de la masa obrera una capa superior (aristocracia obrera) con intereses materiales vinculados a la oligarquía financiera; y, para remate, los obreros constituyen una clase oprimida también en el aspecto cultural, condenándolos su existencia bajo el capitalismo a la ignorancia con respecto al saber acumulado por la humanidad a lo largo de su historia y sin el cual no podrán cumplir su misión revolucionaria. La unidad dialéctica entre las condiciones materiales y espirituales de la revolución se concreta así: el proletariado es la clase revolucionaria porque **puede** asumir consecuentemente la concepción del mundo marxista-leninista mejor que ninguna otra; pero sólo deviene clase revolucionaria en la medida en que lo hace y, al no poder "producir" dicha cosmovisión como resultado de su propia acción social inmanente, los comunistas no deben ir a buscar las respuestas fundamentales que precisa la revolución en dicho movimiento, sino encontrarlas en la lucha de la ideología proletaria contra la burguesa a escala de toda la sociedad para poder aportarlas al movimiento obrero.

Posiblemente influidos por la forma en que la China de Mao trató de poner remedio a la división

social entre trabajadores manuales y trabajadores intelectuales, los fundadores del PTB —que procedían del medio universitario— se han acomplejado de su condición y han sacrificado la labor teórica imprescindible a cambio de conectar enseguida con el estado de conciencia del obrero sindicalista, por temor a reproducir las características propias del intelectual burgués de hoy: el conservadurismo de sus privilegios y el pensamiento sesgado de quien sabe mucho pero únicamente de su especialidad. Es éste un peligro cierto, pero la absoluta necesidad de acometer la función intelectual en la lucha por entronizar el marxismo-leninismo como teoría de vanguardia nos obliga a aceptar el reto de resolver correctamente esta contradicción, en lugar de evitarla.

En el encuentro que mantuvo una delegación del PCR con otra del PTB, con ocasión del último Seminario Comunista Internacional celebrado en Bruselas el pasado mes de mayo y que explicamos más profusamente en otras páginas del presente número, nuestros argumentos no merecieron a los camaradas belgas otra reflexión que la de confirmar su impresión de que incurrimos en una desviación intelectualista (¡así entendían nuestra *Tesis de Reconstitución!*), como la que combatieron y derrotaron durante los años 70. Tenemos el compromiso de analizar ese momento de su historia en que se las vieron con la Unión de Comunistas Marxistas-Leninistas de Bélgica, aunque será con la puesta en práctica integral de nuestra *Nueva Orientación* cuando demostremos con hechos que es el camino para sacar al movimiento comunista internacional de su actual *impasse*.

Entretanto, amén de lo dicho, tenemos ante nuestros ojos los resultados de la aplicación de la línea política del PTB. Si no nos dejamos cegar por su adhesión general al marxismo-leninismo y a la revolución socialista, por su apoyo a la trayectoria histórica del movimiento revolucionario proletario hasta sus mejores expresiones actuales desplegadas en Nepal, Filipinas y Perú (¡lo que ya es mucho, comparado con el revisionismo desbocado que impera!), se debe reconocer que, en la práctica, este partido apuesta por organizar la resistencia y no la revolución: no centra su actividad en la cuestión del poder, de la dictadura proletaria, de la violencia para conquistarla, del armamento de las masas, de la insurrección, de la guerra popular, etc.; considera que, antes de plantearse todo esto, queda un largo camino de luchas de resistencia. Esta aplicación esotérica del principio dialéctico que explica el cambio cualitativo como consecuencia de una acumulación de cambios cuantitativos goza de mucho predicamento entre la vanguardia proletaria de nues-

mente relacionado con el nexo entre resistencia y revolución), la Secretaria General del PTB, Nadine Rosa-Rosso, reproduce una de las características negativas del legado de Stalin: "... no puede haber ruptura o contradicción entre ambas"¹³. Si no hay contradicción entre ellas, es que son absoluta, tautológicamente, idénticas, lo cual es una obvia y manifiesta falsedad que conduce, en la práctica política, a la liquidación del Partido en beneficio del Frente, a la degeneración del Partido en un Frente interclasista (valgan como ejemplos el FMLN en El Salvador o la URNG en Guatemala). Lo que no escapa siquiera a la intuición de sus simpatizantes y votantes es que existe una contradicción entre ambas tareas. Negarla porque las dos son necesarias en general es propio de una mentalidad metafísica, con la que es imposible entender y, por consiguiente, impulsar un tipo de relación entre ellas que imprima un movimiento progresivo a la sociedad. Parece que nuestro movimiento hubiera retrocedido no ya con respecto a Marx, sino incluso con respecto a Hegel, quien hace unos 200 años, en su *Ciencia de la Lógica*, describía así el modo de pensar antidialéctico, dogmático:

"Habitualmente ante todo se intenta alejar la contradicción, apartándola de las cosas, de lo existente, y de lo verdadero en general; se afirma que *no hay nada que sea contradictorio*. Al contrario, luego, se imputa la contradicción a la reflexión subjetiva, que, por medio de sus referencias y comparaciones, la había establecido en primer lugar. Pero tampoco en esta reflexión se presentaría verdaderamente [la contradicción] pues lo *contradictorio* no podría ser *representado ni pensado*. En general la contradicción, sea en lo real o en la reflexión conceptual, vale como una accidentalidad, y al mismo tiempo como una anomalía y un paroxismo morbosos transitorios."

Este pequeño ejemplo, por sí solo, ilustra que hemos heredado del *Ciclo de Octubre* un "marxismo-leninismo" no sólo incompleto y atrasado, sino también con algunas bases filosóficas **opuestas** a la concepción proletaria del mundo trazada en sus líneas maestras por Marx, Engels y Lenin.

El estado de las masas

En cuanto a las masas, es importante reseñar un hecho que dificulta nuestra vinculación correcta: la progresión **espontánea** de nuestra causa entre ellas es cada vez más difícil (cosa nada paradójica, en el

fondo, ya que, su final lógico consiste en que triunfe lo contrario de lo espontáneo: lo consciente). En tiempos de Marx y Engels, durante el siglo XIX, el capitalismo y el proletariado aún estaban conformándose y el desarrollo de nuestra clase era más o menos homogéneo. Además, el fracaso de la Revolución Francesa como obra emancipadora general fue rápidamente atribuido a la clase que la dirigió —la burguesía— y, en lugar del abatimiento de los explotados, hizo florecer el ideal socialista o comunista. "La clase obrera va de modo espontáneo hacia el socialismo ...", como Lenin reconocía (no sin importantes matices); por eso, los marxistas de entonces apostaban por impulsar el movimiento obrero y su libre iniciativa, al tiempo que sembraban propaganda, al tiempo que criticaban las concepciones erróneas y ajenas a su naturaleza. Pero, con la madurez del régimen burgués y su transformación en imperialismo, tales concepciones disgregadoras dejaron de ser tan ajenas a la clase obrera (en un sentido económico, que no histórico), puesto que ésta se escindió en dos, destacándose una capa superior, más acomodada y más culta, cuyos intereses convergieron con la nueva forma monopolista y expansionista del sistema, y que arrastraría tras de sí a sectores políticamente atrasados de los trabajadores.

A partir de entonces, el desarrollo espontáneo del movimiento proletario siempre acabaría por otorgar la dirección a esa aristocracia obrera, la cual liquidaría su independencia al subordinarlo al capital. Eso ya lo vislumbró Engels respecto de Inglaterra y, después, con la persistencia del reformismo en la socialdemocracia alemana y su impulso cualitativo por Bernstein, Lenin se vio obligado a combatir el espontaneísmo con su *¿Qué hacer?* y otros textos, para conjurar la destrucción de todo el movimiento revolucionario en Rusia. Pero fue con la Primera Guerra Mundial y el paso de la mayoría de la II Internacional al campo imperialista cuando el dirigente bolchevique descubrió la base económica del pujante oportunismo y proclamó la imperiosa necesidad de romper con ese ala del movimiento obrero y de acometer su destrucción como parte integrante del combate revolucionario contra la burguesía. Dicho movimiento sufriría pues una división profunda y estable. Sin embargo, para la parte genuinamente proletaria del mismo, el socialismo siguió siendo espontáneamente el ideal a alcanzar.

Vanguardia e ideología

Antes de la derrota del *Ciclo de Octubre*, hubo otra de dimensiones generales e internacionales: la caí-

¹³ *Solidaire*, n° 21, 21/05/2003, pág. 8.

da de la Comuna de París. Pero el movimiento obrero pronto intuyó que tal acontecimiento suponía el hundimiento nada más que de las viejas doctrinas (proudhonismo, blanquismo, ...), tras el que salía como brillante triunfador el marxismo. En cambio, el fracaso de la experiencia socialista del siglo XX —la cual fue hegemonizada por nuestra ideología— ha sido interpretada como una refutación de ésta y, con ella, de toda perspectiva revolucionaria más o menos clara. **El ideal emancipador gestado con la Ilustración y la Revolución Francesa sufre hoy su mayor crisis.** Por eso, el socialismo ya no puede contar con el impulso espontáneo e instintivo de las masas; ni siquiera con el de su vanguardia práctica. Ésta se ha resignado a la mera resistencia contra los efectos del capitalismo y bebe de toda clase de fuentes teóricas posmodernas que justifican su postración y su desconfianza hacia el marxismo. Ésta es la razón por la que es imposible conquistarla para el Comunismo desde la política y el programa. Hay que remover sus actuales cimientos ideológicos, empezando por las falsas concepciones revolucionarias de la mayoría de la vanguardia teórica (“marxismo-leninismo” dogmático, trotskismo, anarquismo, nacionalismo democrático, tercermundismo, etc.) y que son considerados por los militantes prácti-

cos como lo más avanzado del pensamiento, como la guía intelectual más acertada¹⁴. Por eso, en la cadena de mediaciones que llevan a la Reconstitución del Partido Comunista, la principal contradicción, sin cuya solución será imposible avanzar hacia este objetivo¹⁵, es la que conforma a la vanguardia teórica, la que enfrenta en su seno a la concepción del mundo marxista-leninista con los demás enfoques pretendidamente revolucionarios que siguen encadenados a la vieja concepción del mundo, la de la burguesía (enfoques presentes no sólo en otros, sino también en cada uno de nosotros). Desde el punto de vista del contenido de la tarea, esto equivale a la **Reconstitución del Comunismo como ideología**, a recuperar las características que lo convierten en la teoría de vanguardia, capaz de conquistar la hegemonía en la consciencia del conjunto de la vanguardia proletaria. El marxismo-leninismo es la única teoría que reúne tales características, en sus rasgos más generales. Nació como continuación de todo el pensamiento materialista y racionalista, en un estadio del desarrollo de éstos que hacía posible formular una concepción científica de la realidad en su conjunto y, por tanto, de su desenvolvimiento.

A su vez, este hito no es más que el reflejo de un hecho material: el capitalismo marca el fin de la tran-

¹⁴ Es el caso de la famosa divulgadora del marxismo de los años 1960-70, Marta Harnecker, que acaba de publicar un ensayo, parece que con la intención de taponar la salida a todo intento de reactivar al movimiento revolucionario del proletariado. Por eso, nos vemos en la obligación de preparar una próxima respuesta a este reciente intento de reconducir la reflexión de la vanguardia hacia el redil del oportunismo político, aunque vista los novísimos ropajes del Foro de Sao Paulo, de Lula, del Subcomandante Marcos, etc., etc.

¹⁵ Mención aparte merecen las guerras revolucionarias que están librándose en Nepal, Filipinas, Perú, etc., bajo la dirección de Partidos Comunistas. El hecho de que, por ejemplo, en la primera de las mencionadas, se haya alcanzado el equilibrio estratégico y que se vea cercana la conquista del Poder pone de manifiesto que se han cubierto buena parte de los requisitos para constituir un verdadero Partido Comunista: tanto en cuanto a la calidad de la vanguardia, como en cuanto a su fusión con las masas. Sin embargo, la cabal Reconstitución partidaria plantea una exigencia de carácter universal —la Reconstitución ideológica del Comunismo—, aún pendiente de realizar en todos los países, y que es imprescindible para reanudar la revolución proletaria a escala mundial: sólo criticando el *Ciclo de Octubre* tomado en su conjunto, podremos alcanzar una posición ideológica suficientemente elevada para abrir un Nuevo Ciclo revolucionario. Las experiencias arriba citadas son rescoldos de la etapa anterior que se mantienen activos y resplandecientes, en contraste con el fondo grisáceo de la apostasía imperante,

porque se apoyan en las enseñanzas de la última y probablemente la más ambiciosa ofensiva revolucionaria del proletariado: la Revolución Cultural en China y el legado de Mao Tse-tung, su inspirador. Podrán —y es lo deseable— convertirse de rescoldos de lo viejo en avanzadillas de lo nuevo, si asumen las exigencias del cambio de ciclo. De hecho, la interpretación del “maoísmo” que hacen el Movimiento Revolucionario Internacionalista y el Presidente Gonzalo en Perú parece querer apuntar en esta dirección. Mientras, hay que apoyar y divulgar sus notables progresos, pero sin perder la cabeza y tomando consciencia de dos limitaciones: 1º) se trata de revoluciones que todavía transcurren dentro de su etapa democrático-burguesa, con las masas campesinas como fuerza principal; su continuación como revoluciones socialistas protagonizadas por la clase proletaria tropezará con los problemas no resueltos del *Ciclo de Octubre*. 2º) El reflejo de estos problemas pendientes en la conciencia de los obreros del mundo incluso compromete la conquista del Poder en esos países (como culminación de la primera etapa de esas revoluciones), ya que trae como consecuencia una solidaridad proletaria internacional incomparablemente más débil que la capacidad de intervención imperialista. Y nos consta que es algo que preocupa mucho a los camaradas nepalíes. Pero, precisamente, su disposición a “asaltar los cielos” (el Poder) a pesar del riesgo sería actualmente la mejor contribución nacional posible al rearme ideológico, político y moral de la vanguardia obrera mundial y constituiría asimismo la prueba decisiva y manifiesta del carácter proletario —y, por lo tanto, internacionalista— de quienes dirigen esas Guerras Populares.

sición de la materia desde su estadio natural, biológico y animal hasta su estadio consciente, humano y social; el agotamiento de las formas elementales y espontáneas de su desarrollo. Por eso, el marxismo-leninismo es la única concepción del mundo de la que puede partirse para avanzar hacia la emancipación. Ahora bien, esto no es más que el principio de la solución, mejor dicho, de su enunciación. Si el marxismo-leninismo es la síntesis racional y coherente del saber universal, es claro que no lo sustituye y que su asunción resulta inseparable de la aprehensión de este último. La vanguardia proletaria sólo podrá ser revolucionaria en la medida en que aprenda incesantemente, en que se vuelva

culta. Tal es el primer requisito de la Reconstitución ideológica del Comunismo. Hay que estudiar las obras de Marx, Engels y Lenin, incluidas aquellas que precedieron la conformación de la nueva cosmovisión, las que explican el tránsito hacia ella. Y, asimismo, hay que estudiar los textos científicos y filosóficos que hicieron posible su surgimiento. Ese saber universal ha continuado ampliándose después, principalmente por medio del progreso científico que ha proporcionado nuevos conocimientos que perfilan, enriquecen y corrigen la fisonomía del marxismo-leninismo, al integrarse coherentemente en él. El estudio de éstos es una exigencia absoluta para actualizar nuestra ideología, para devolverle su carácter de vanguardia, su eficacia, su atractivo. Con mayor razón aun, lo es, para la gran mayoría, la investigación de la experiencia histórica de su aplicación, la del Ciclo de la Revolución Proletaria Mundial iniciado en la Rusia de 1917 y hoy ya agotado.

Pocos son los honestos partidarios del Comunismo que no reconocen la necesidad de las tareas antedichas. Pero la mayoría capitula ante la inmensidad del trabajo que conllevan y responde con objeciones del tipo: “¡esto nos llevará toda nuestra existencia!”; “No podemos esperar a saberlo todo antes de pasar a la práctica”; etc. Al final, esa urgencia de la práctica les lleva a sacrificar los requerimientos ideológicos o, como mucho, a atenderlos de manera muy superficial, a reducirlos a meros instrumentos de su practicismo estrecho, esclavo de las relaciones socia-

les burguesas y de su reflejo mental. Que la formación intelectual de un cuadro comunista no tiene final es algo que debería asumirse con toda naturalidad y realizarse continuamente, sin más demora, en lugar de contraponerlo a la dedicación al movimiento proletario. Cada uno debe ampliar sus conocimientos sin otro estímulo que la curiosidad, el hambre de saber, el odio a las tinieblas de la ignorancia. Esto, en el plano individual, lo que resulta una contribución inestimable e imprescindible al movimiento. Es con éste, como hecho colectivo, con el que se resuelve la contradicción entre la materia infinita y la limitada capacidad del hombre para comprenderla. Es el movimiento el que está en dispo-

sición de transformar el mundo para liberar al ser humano, a su conciencia. Es cierto que eso impone determinados límites o, sería más correcto decir, un método de adquisición del saber infinito, de desarrollo de la conciencia, basado en la propia naturaleza del sujeto, del ser social. Y ese método, que consiste en el despliegue de la lucha omnimoda de clases, exige empezar —como expusimos más arriba— por resolver la contradicción en el seno de la vanguardia teórica, es decir, cultivarse intelectualmente con un límite dictado por un fin práctico (cuya realización permitirá el sucesivo aprendizaje), por el único fin realmente práctico y efectivo: **la derrota en**

lucha de dos líneas de las concepciones erróneas sobre la revolución y la reconstitución victoriosa del marxismo-leninismo como teoría capaz de impulsarla y de conducirla hasta la victoria definitiva.

El dilema no es pues si teoría o práctica, sino **QUÉ PRÁCTICA**: la vieja práctica espontaneísta, seguidista de los movimientos de masas, subordinada a los intereses inmediatos (burgueses) de éstas; o una práctica como la entiende la *Nueva Orientación* del Partido Comunista Revolucionario aquí expuesta. Nada más lejos del escolasticismo en el tratamiento de la cuestión teórica, propugnamos el máximo despliegue de la lucha de clases en el único plano de ésta que puede reanimar a los demás: el ideológico.



La desviación de derecha en el seno del movimiento comunista internacional

APROXIMACIÓN A LA POLÍTICA DEL SEMINARIO COMUNISTA INTERNACIONAL DE BRUSELAS

Entre los días 2 y 4 de este pasado mes de mayo se celebró el XII Seminario Comunista Internacional (SCI), que se reúne anualmente en Bruselas bajo el patrocinio del Partido del Trabajo de Bélgica (PTB), y en el que concurren organizaciones y partidos de decenas de países de los cinco continentes. Este año, los puntos a tratar y en torno a los que se abrieron los debates a lo largo de sus sesiones giraron alrededor del tema central que versaba sobre *El Partido marxista-leninista y el Frente anti-imperialista ante la guerra*. El Seminario se clausuró con la aprobación de un borrador para una Resolución General que sería firmada por las organizaciones asistentes que lo desearan tras su definitiva redacción después de transcurridas algunas semanas (Su versión definitiva ha sido publicada en el nº 22 de *Solidaire*, órgano del PTB, correspondiente al 28/05/2003, así como en la página web del PTB, en varios idiomas: www.ptb.be).

El Partido Comunista Revolucionario del Estado español (PCR), que envió una delegación oficial a este Seminario, no ha suscrito dicha Resolución General, intitulada, finalmente, *¡Trabajadores y pueblos del mundo, unámonos contra los preparativos americanos para una tercera guerra mundial!*, por considerar, en primer lugar, que no sitúa en su plano correspondiente la cuestión principal que hoy debe centrar la atención de los comunistas, a saber, todos los problemas relacionados con la construcción del partido de nuevo tipo proletario -que son subordinados a las cuestiones relacionadas con la construcción de frentes de masas contra la guerra-, y porque, cuando se aborda, se propone una línea totalmente errónea, inspirada en la táctica oportunista de la *unidad de los comunistas*; y, en segundo lugar, porque en la Resolución se realiza una descripción incompleta e inexacta de la lucha de clases en el plano internacional, una valoración incorrecta de las relaciones de fuerza entre las

clases en el mundo de hoy y, por lo tanto, de las tendencias que esas fuerzas abren en perspectiva, así como una propuesta política oportunista, seguidista del movimiento espontáneo de masas y de los movimientos organizados y dirigidos por la burguesía, y liquidadora del comunismo como ideología de vanguardia y como movimiento político independiente, que es tanto decir como movimiento revolucionario.

No pretendemos aquí, sin embargo, realizar la crítica pormenorizada de este documento, sino describir el perfil político del SCI como evento en torno al que se organiza un sector del movimiento comunista internacional, y del cual es fiel expresión aquella Reso-



Participantes en el Seminario Comunista Internacional

lución. Lo que no impide que en él participen, más o menos activamente, organizaciones cuya identidad política difiere de manera importante de la dominante en aquella reunión, como es el caso, en esta ocasión, de nuestro partido. Ni tampoco vamos a dirigir nuestras consideraciones hacia el primero de los elementos sustantivos que titulaban el encuentro de este año: *El Partido marxista-leninista*. Para dar cuenta cabal de este particular, remitimos al lector a la contribución que el PCR aportó al Seminario y que publicamos a continuación, bajo el epígrafe de *El partido revolucionario del proletariado y las tareas actuales de los comunistas*, habida cuenta de que en ella se da cumplida

noticia del contenido de nuestra intervención en aquel encuentro y de que se sitúan los elementos fundamentales de la crítica que debería aplicarse a las ideas que sobre la naturaleza del partido proletario y de su construcción dominan en el SCI de Bruselas.

Empirismo

Nos centraremos, pues, en la segunda cuestión, en la que se refiere, de manera particular, al *Frente antiimperialista contra la guerra* y, más en general, a la línea de masas que sostiene esta táctica; pero no abordándola desde el punto de vista de la relación entre las masas y la vanguardia -que, por cierto, es el punto de vista más adecuado para definir una correcta línea de masas marxista-leninista-, desde el punto de vista del trabajo de masas, sino que nos acercaremos a la línea de masas expuesta y propuesta de manera dominante en el SCI desde la crítica del concepto mismo de *masas*, es decir, desde la crítica de la visión allí imperante del objeto sobre el que debe trabajar la vanguardia, y de las consecuencias políticas que tal visión acarrearán inevitablemente, consecuencias que condicionarán el carácter final de la línea de masas formulada y, a través de ella, de la visión del papel que debe jugar la vanguardia y de su modo de abordar las tareas políticas.

En primer lugar, la inmensa mayoría de los grupos asistentes al SCI, encabezados por el PTB, comparten un enfoque empirista del concepto de *clase obrera*. A esta posición se llega a través de la reducción conceptual de una parte de la terminología marxista, reducción que consiste en identificar a la Vanguardia con el Partido, por un lado, y a las Masas con la Clase, por otro. Desde luego que este ejercicio de simplificación tiene claros antecedentes que se remontan a la III Internacional e, incluso, a Lenin; pero un recurso que en algún momento pudo tener justificado su uso por las necesidades circunstanciales de la propaganda y la agitación políticas, terminó generalizándose y oscureciendo el origen científico de aquellos conceptos y su estrecha relación dialéctica -que, a pesar de todo, se hallan plenamente desarrollados en la obra de Lenin-, para dar cobertura teórica a una visión de la relación del marxismo-leninismo con las masas esquemática y, a la larga, liquidadora del partido revolucionario. De ello hablamos más detenidamente en el documento que presentó nuestra organización ante el Seminario de Bruselas y que publicamos seguidamente, tras el presente artículo. Allí desarrollamos la crítica del modelo de Partido Comunista de la Internacional



Engels

Comunista, modelo esencialmente organicista, que tiene su origen, precisamente, en esa reducción que, como segundo paso, opta por separar al Partido de la Clase a través de la imposición de una muralla china entre la Vanguardia y las Masas. Esta muralla es la concepción organicista del Partido, que consiste en definirlo única y exclusivamente como "la organización" del destacamento de vanguardia del proletariado.

Esta deformación, dominante en el movimiento comunista internacional por lo menos desde los años 20, ha tratado de ser corregida en el plano teórico por la *Tesis de Reconstitución* que ha elaborado el PCR. Pero, ahora, no se trata de esto, sino de señalar el significado que, para el proletariado, tiene aquel enfoque empirista del concepto de clase obrera que practica la mayoría del SCI.

El empirismo es una concepción filosófica del mundo que entiende -para decirlo de forma escabrosamente resumida- que la relación del sujeto con el mundo se realiza a través de los sentidos y que no podemos adquirir conciencia de las cosas sino a través de las sensaciones que experimentamos. Esto supone reconocer que sólo existe lo que puede ser experimentado. Lo que el empirismo niega o cuestiona es la capacidad o la posibilidad de la razón para establecer vínculos y relaciones entre esas experiencias o entre las ideas que esas experiencias generan con el fin

de configurar una representación compleja que se ajuste fielmente a la realidad. El marxismo (materialismo dialéctico), en cambio, defiende la legitimidad de la cadena de procesos intelectuales que, desde las sensaciones o ideas simples hasta las abstracciones más elevadas, nos permiten reflejar el mundo en términos racionales. Engels decía que “todo conocimiento verdadero y exhaustivo consiste simplemente en elevarse, en el pensamiento, de lo singular a lo especial y de lo especial a lo universal”. La capacidad de abstraernos de la experiencia que poseemos gracias a la facultad racional de nuestro entendimiento es, pues, desde el punto de vista marxista, lo que nos permite acercarnos a la verdad, lo que nos permite conocer. De modo que, mientras para el materialismo dialéctico la principal instancia del conocimiento es de naturaleza suprasensible, para el empirismo todo proceso que trascienda la experiencia inmediata tanto más se alejará de la realidad del objeto sensible cuanto más elaborados sean los procesos intelectuales que se apliquen en su conocimiento. El marxismo, por su parte, ha llegado a alcanzar un alto grado de refinamiento en este cometido, con el fin de dar una unidad conceptual del mundo, de hallar una concepción universal sobre el mismo, con el fin de elaborar el concepto de *materia*. Para Engels, precisamente, “la real unidad del mundo estriba en su materialidad”. Una vez alcanzado este punto, desde luego, nos hemos situado, como marxistas, en el extremo opuesto del empirismo.

Aplicando todo esto a la política proletaria, no



Bernstein

nos resultará extraño que la visión empirista considere que la clase obrera es el movimiento obrero en su sentido más estrecho, es decir, el proletariado en su pura fisicidad económica, en su calamitosa ubicuidad dentro del proceso directo de la producción capitalista o en su sempiterna pelea sindicalista; no existe otra instancia, otro plano de la realidad social donde podamos dirigirnos y comprobar “empíricamente” que ahí está también la clase obrera como tal. Es la localización de la clase en su pura materialidad lo que sirve de criterio de identificación y de definición en este caso. Pero, en realidad, no nos hallamos ante un punto de vista verdaderamente materialista; se trata, llana y simplemente, del disfraz “materialista” con que se viste el empirismo. Y el empirismo es una forma de idealismo. Esta es la perspectiva que dominó entre la mayoría de las organizaciones que asistieron al SCI de Bruselas.

En la arena política, el empirismo se manifiesta como economicismo (o, si se quiere, tradeunionismo, sindicalismo, obrerismo...), corriente ideológica que Lenin caracterizó y combatió sistemáticamente desde el mismísimo momento de su nacimiento en Rusia, con la aparición en 1899 del llamado *Credo*, y a la que dedicó una de sus obras de mayor fama (*¿Qué hacer?*). El economicismo penetró en Rusia por la influencia que sobre un sector de la intelectualidad socialista ejercieron la experiencia y la trayectoria de la socialdemocracia alemana (que basaba su política en la combinación de las luchas económicas de la clase obrera con la lucha parlamentaria de los socialistas), en general, y, en particular, el revisionismo de Bernstein, el mejor producto de aquella trayectoria. El economicismo acabó extendiéndose por toda Europa como fundamento último de la política de los partidos “revolucionarios”, a pesar de la guerra que le declaró el leninismo. Pero, a la larga, ganó la batalla y terminó por introducirse en el partido bolchevique y en la Internacional Comunista (IC). A partir de aquí, ha permanecido conformando la base ideológico-política primordial de la inmensa mayoría de partidos y organizaciones que han reivindicado o se han remitido a la tradición de la Revolución de Octubre.

Ciertamente, el empirismo es el economicismo político; pero, aquí, hemos querido remontarnos primeramente a la base filosófica sobre la que realmente se sostiene esta corriente del pensamiento político con el fin de atajar de raíz, ya desde el principio, su origen y verdadera naturaleza, de manera que quede claro que se sitúa fuera de la tradición filosófica marxista y que, por el contrario, se emplaza completamente den-

tro del marco de la concepción del mundo burguesa; en particular, en relación con una tradición que comienza con los empiristas ingleses, desde Hobbes y Locke hasta Hume, pasando por Kant y Mach hasta los modernos neopositivismo y positivismo lógico.

Economicismo

El economicismo defiende que la clase obrera debe comenzar su lucha en la esfera económica en la que se encuentra y permanecer aquí (versión anarquista del economicismo) o transformar las "luchas obreras" posteriormente en "lucha política" (versión tradicional de la socialdemocracia); en último término -y en palabras de uno de los más famosos economicistas de la época de Lenin-, "imprimir a la lucha económica misma un carácter político" (Martinov), frase que sintetiza magistralmente el sentido del economicismo, del empirismo político, y cuyo descrédito persiguió Lenin sin descanso. El argumento central de éste consistió en insistir sobre la necesidad de cambiar de perspectiva en la dirección de lo que, precisamente, hace superior al materialismo frente al empirismo: la abstracción, la capacidad intelectual para configurar una composición de la realidad objetiva por medio de la razón. Se trataba de tomar conciencia de que la clase obrera no es sólo algo apegado al terreno económico, de que su movimiento no consiste sólo en su movimiento sindical. Era preciso hallar el plano social y la esfera de actividad lo suficientemente elevada desde los que la clase obrera pudiera desarrollar tanto su relación económica con el capital, como su relación con todas las clases de la sociedad y con el Estado burgués. Este escenario es la esfera de la política, el único lugar donde se desenvuelve la forma decisiva de la confrontación entre los intereses de las clases sociales, el único lugar donde el proletariado puede desplegar su vocación de clase revolucionaria. Y se trata de un escenario, en cierto sentido, "abstracto", porque se refiere a esferas de la sociedad que son "proyecciones" de su estructura económica, porque se refiere al plano de la superestructura que, según la doctrina marxista, "refleja", en términos jurídicos, culturales, y, sobre todo, políticos el modo de producción sobre el que se ha instalado una determinada sociedad. Es sobre este plano superior sobre el que el proletariado debe implementar su principal lucha de clase. Y a este plano no se accede

"elevando" las reivindicaciones económicas de los obreros en "política obrera", sino directamente actuando un plan de propaganda y educación de las masas en la política revolucionaria. Para expresarlo con la fórmula que Lenin hará famosa años más tarde: "La política es la expresión concentrada de la economía"; es decir, es el ámbito donde se ponen de manifiesto,



Trabajadores de Sabena en lucha, de donde surgió la Lista Maria del PTB para las elecciones

de la manera más directa y clara y del modo más organizado, en su forma más sintética y "abstracta", todos los intereses de clase con sus vinculaciones materiales en todo sistema económico. Por esta razón, la política es el lugar donde el proletariado debe plantear el combate por sus intereses radicales como clase. Sólo de este modo podrá el proletariado actuar como clase independiente. Lenin mostró el camino cuando, frente al economicismo, y en una época de auge huelguístico y de extensión de las luchas espontáneas de la clase obrera rusa por sus reivindicaciones económicas, denunció la vía de la transformación gradual de la lucha económica en lucha política y propuso un plan de acción política no relacionado directamente con ese ambiente general dominante, sino basado en una idea alejada y nada familiar a ese ambiente que invitaba a ir a los movimientos de masas a participar y organizar las huelgas y demás luchas reivindicativas, vía que escogieron los economicistas (llamados *economistas* en Rusia). Ese plan se articulaba en torno a la fundación de un periódico ilegal como instrumento de acción política sobre el proletariado de Rusia. Dicho de otro modo, llevar al proletariado propaganda revolucionaria y no métodos para organizar huelgas, consignas políticas contra el

Estado y no reclamaciones dirigidas al patrón, ideas sobre una sociedad y un futuro nuevos, algo mucho más sutil, elevado y "abstracto" que cualquier ilusión sobre un mejor salario o una jornada laboral menos agotadora.

El SCI y el PTB, en cambio, proponen, a pesar de esta experiencia y a pesar de autodefinirse como "leninistas", *ir a las masas* como tarea inmediata, y no han encontrado en la reciente marea espontánea de masas que ha recorrido Europa y el mundo entero en contra de la agresión imperialista a Irak más que un motivo para ratificarse aún con más insistencia en esta línea economicista de aplicación del trabajo de masas. De hecho, este XII Seminario ha sido el de la formulación definitiva de la táctica general que el SCI propone al movimiento comunista internacional. Un plan elaborado a favor de la corriente, al calor del ambiente dominante del momento. ¡En completa sintonía con el espíritu leninista!

Refiriéndose a un científico empirista de su época, Engels decía: "ve la cosa, pero no penetra en el pensamiento abstracto". Lo mismo le ocurre a la mayoría del SCI, empezando por el PTB, que ve la cosa, pero no es capaz de abstraerse para hallar su conexión con el resto de las cosas, para ubicarla en un conjunto de relaciones. Como buenos empiristas, entienden que el todo no es una abstracción de todas las cosas, precisamente la "conexión" que las une a todas, sino que piensan que es la "suma" de todas las cosas. Por esta razón, como ven a la Clase como "suma de masas" (recuérdese la identificación entre Clase y Masas de la que parten), el objetivo de su trabajo político consiste en dirigirse al mayor número posible de luchas espontáneas o de movimientos de masas reivindicativos. De este modo, *summa summarum*, dirigiendo cada vez más luchas parciales, piensan que llegarán a dirigir algún día la lucha general de la clase obrera.

Pero, ¿cuál es la "conexión" entre todas esas luchas parciales? Como el PTB y sus seguidores, debido a su concepción del desarrollo del movimiento revolucionario como un producto del desarrollo del movimiento obrero (cuando, en realidad, la operación se efectúa a la inversa: un movimiento revolucionario preexistente -el Partido Comunista- transforma e in-

corpora al movimiento obrero a la Revolución), no han realizado el trabajo previo de construcción de un marco político proletario, un espacio de actividad política del proletariado independiente del marco de actividad que ofrece el Estado burgués, entonces, cuando su labor práctica de masas deba ser traducida o "elevada" políticamente, ya porque el movimiento reivindicativo haya desbordado los cauces de la lucha de resistencia de modo que exija un nuevo cauce político, ya porque, como decía Marx, en realidad, "toda lucha económica es una lucha política" y busca espontáneamente su proyección en el plano político, no hallarán otra vía que la de situarse en los términos que les ofrece el sistema imperante, los términos de la participación en las instituciones del aparato del Estado capitalista.

Por cierto, precisamente este pasado mes de mayo se han celebrado elecciones generales en Bélgica, que el PTB ha querido aprovechar para conseguir respaldo y "legitimidad" para su estrategia de rentabilizar en forma de votos las luchas sindicales. En esta ocasión, las expectativas eran muy alentadoras, pues en los últimos tiempos la incidencia de este partido en las luchas obreras a nivel de empresa había aumentado, y, en algún caso, como en el de las movilizaciones de los



Propaganda electoral de la Lista Maria del PTB

trabajadores de *Sabena* por impedir la privatización de esta compañía aérea, estuvo en condiciones incluso de confeccionar una lista electoral con los dirigentes de esa lucha (la *Lista Maria*, en este caso). La influencia del partido en las luchas obreras ha aumentado: debe, en pura lógica -en la pura lógica economicista-, traducirse electoralmente. El fracaso, como se sabe y es natural, ha sido rotundo. Pero la lógica de los diri-

gentes del PTB se encuentra ahora en un atolladero, incapaz de hallar una explicación para tal descalabro político. Y es que en el PTB no se comprende, primero, que no existe un camino directo, y mucho menos un camino que pueda ser recorrido de manera directa y

obrera, no puede evitar depender de la vía burguesa de “traducción” política de todas esas luchas reivindicativas, no puede -ni quiere- rehuir la vía electoral. El carácter de la actividad política que esta línea ofrece al proletariado no puede ser, entonces, otro que la política burguesa. La esfera de la actividad política se identifica, sin alternativa posible, con el electoralismo y el parlamentarismo, y con la incapacidad para hallar una forma de hacer política revolucionaria.



Cartel electoral del PTB

mecánica, entre economía y política, y, en segundo lugar, que se pretenden traducir las luchas económicas de la clase obrera en influencia política sobre la clase obrera con lenguaje burgués, con los medios que proporciona la burguesía y con las reglas del juego que impone el parlamentarismo burgués; de este modo, el corto alcance de la estrategia del PTB consiste en que sólo puede instrumentalizar la conciencia burguesa del proletariado (la conciencia *en sí* que le empuja a la lucha de resistencia) como apoyo para su participación en el sistema político burgués, jamás como puntal para la transformación de este sistema. Éste es y será -si no cambia las bases políticas e ideológicas de las que parte- el límite de la línea que sigue actualmente este partido, línea que se dirige a toda velocidad, a través del reformismo oportunista, hacia el cretinismo parlamentario.

Como veremos más adelante, para el economicismo no existen diferencias cualitativas en las tareas de la Revolución Proletaria, o, al menos, no existen diferencias para el contexto político donde todas esas tareas deben ser realizadas: siempre en el seno del amplio movimiento práctico de masas. Esto impide al comunismo forjarse como movimiento político revolucionario independiente. Por eso, cuando el economicismo busca una “conexión política” para toda su labor de dirección de luchas parciales de la clase

El punto de vista empirista-economicista, que ve a la Clase separada del Partido, por un lado, y, por otro, como “suma de masas”, permitirá, por ejemplo, a Stalin (y el lector podrá comprobarlo mejor si es lo bastante paciente como para familiarizarse después con nuestra proposición al SCI) dividir a la Clase -dentro ya de la sociedad socialista- entre masas “con partido” (vanguardia) y masas “sin partido”. Como el punto de vista empirista-economicista, al ceñirse exclusivamente a la “materialidad pura”, enajena de la descripción de la Clase su faceta ideológica, separando de este modo materia y conciencia, puede permitirse presentárnosla como “suma de cosas” (como suma de luchas reivindicativas o, también, como un agregado de masas “con partido” y masas “sin partido”), ocultando su verdadera naturaleza dialéctica, desde la que se nos mostraría debidamente como una “unidad de contrarios”. Gran parte de la tradición de la III Internacional y, actualmente, quienes representan esa tradición en sus elementos más esclerotizados, no han podido o no han querido extraer las conclusiones lógicas de una correcta visión dialéctica del proletariado como clase social. No han querido ver que la clase obrera es una unidad de conciencia y materia (por tanto, una unidad cualitativa y no un agregado cuantitativo) que se expresa a través de la contradicción entre la vanguardia y las masas, contradicción que también puede ser interpretada como la unidad en el seno de la clase obrera entre revolución y contrarrevolución, entre comunismo y capitalismo. En otras palabras, que una percepción no empirista del proletariado, sino verdaderamente materialista, nos indica que se trata de una entidad política -más que económica- que, además, contiene en su interior la potencia tanto para su desarrollo como movimiento revolucionario, como para su desarrollo conservador y funcional para el capitalismo, contrarrevolucionario. Que una de estas dos posibilidades prevalezca sobre la otra depende única y exclusivamente del papel que juegue la vanguardia en esa relación, o sea, del papel de la conciencia. Entonces, si la conciencia es lo principal, el sector de la clase que la porta, su vanguardia, será su legítima representante, y

allí donde esta vanguardia consciente actúe, debería ser considerado su campo de actividad "natural". De este modo, obtenemos que la lucha económica y la actividad sindical no tienen porqué ser estimadas como las formas "naturales", ni siquiera "espontáneas", de la lucha de clase del proletariado. Puesto que la conciencia es el factor decisivo de la Clase, un proletariado consciente (con conciencia revolucionaria, con conciencia de clase *para sí*, se entiende) dirigirá "espontáneamente" su actividad hacia el plano político y a través de los instrumentos que le capaciten para ejercer una influencia en ese plano. De este modo, si quien detenta la hegemonía del movimiento proletario es la reacción -como ocurre actualmente, a través de la obra de la socialdemocracia, el revisionismo y el sindicalismo oficial-, la política que esta clase practicará tendrá contenido burgués y empleará los medios que para su realización le preste el Estado capitalista. Pero si la vanguardia revolucionaria no permanece inerte, laborará por la capacitación política del proletariado a través de la constitución de su principal instrumento, el Partido Comunista. Tanto la burguesía y sus acólitos en el movimiento obrero como los verdaderos marxistas-leninistas saben que la batalla decisiva se plantea en estos términos: capacidad política independiente (revolucionaria) del proletariado o subordinación de éste a la política burguesa. Tanto unos como otros comprenden que todo depende del carácter de clase y del contenido ideológico que conforme la conciencia dirigente de las masas proletarias. Sólo los miopes, los oportunistas recalcitrantes o los ineptos pueden insistir en que, en los actuales momentos, lo decisivo son las masas de la clase, su aspecto material, y no su faceta consciente. En un contexto de hegemonía de la reacción y de dominio de la ideología conservadora entre las masas de la clase obrera y de liquidación política del comunismo, de la ideología revolucionaria, poner el acento en el movimiento de masas sin haber resuelto antes el problema de "quién dirige", el problema de qué ideología hegemoniza ese movimiento, el problema de la reconquista por parte del marxismo-leninismo de esa hegemonía, como plantean de hecho los "empiristas revolucionarios" del estilo del PTB, significa ceder a la burguesía, sin lucha y de la manera más vergonzosa, la posición estratégica más importan-

te para abordar con garantías de triunfo la larga guerra de clases que protagoniza el proletariado contra el capital.

Espon-taneísmo

Si debemos centrarnos en los problemas que rodean a la conciencia de la Clase, resulta del todo obligado rechazar la consigna de *ir a las masas* que propone el SCI. La réplica mecánica de esta consigna de la Komintern, convertida en ley o en principio inexcusable a partir de su II Congreso (1920), sin un análisis crítico de las circunstancias que rodearon su formulación y de su validez actual, conduce a caricaturizaciones políticas absolutamente recusables. Los economicistas se valen del prestigio histórico de la Internacional Comunista para utilizar sus consignas de la manera más oportunista y ocultar, así, las verdaderas tareas de los revolucionarios. Hoy en día, el análisis de las premisas necesarias para abordar la conquista de las masas *larges*, de las masas amplias, nos indica que no han sido cubiertas y que nos falta aún la principal de ellas, la conquista de la vanguardia para el comunismo. Y esto implica un tipo de trabajo de masas diferente al tradicionalmente practicado por los



1° de Mayo de 1920

partidos comunistas desde 1920. Para el sector consciente de la Clase, para su sector marxista-leninista, el conjunto de tareas a realizar podría ser recogido bajo la consigna de *ir a la vanguardia*, que nos indica el carácter del trabajo de masas que debe llevar a cabo el comunismo: una línea de lucha ideológica por resti-

tuir al marxismo-leninismo como máxima referencia teórica para las masas y sus dirigentes prácticos.

Además, el modo como se entiende aquella consigna de conquista de las grandes masas resulta, igualmente, estéril. *Ir a las masas* significa únicamente, en la práctica, “estar con” ellas, “estar junto a” ellas; no significa, en absoluto, “fusionarse” con las masas. *Ir a las masas* para “acompañarlas” en sus luchas trae como correlato la rebaja ideológica, el seguidismo de su espontaneidad y la concepción de la lucha de clases como mera lucha de resistencia. La fusión con el movimiento de masas significa la unión de ambos elementos (vanguardia y masas) para producir algo nuevo y superior a cada uno de ellos (el Partido Comunista). Pero el PTB y las organizaciones que continúan su línea en el SCI hablan sólo de “*liaison*”, de “*ligazón*”, de “*unión*” de la vanguardia con las masas, sin que esta “*ligazón*” suponga una transformación cualitativa de sus elementos constitutivos (su elevación, a través de la conciencia proletaria, hasta un estatuto revolucionario). El PTB se acerca a los movimientos de resistencia para dirigirlos en función de “sus justas reivindicaciones”, es decir, en tanto que tales movimientos de resistencia, reproduciendo sus premisas políticas (lucha espontánea de resistencia por reivindicaciones económicas), y, por

Filipinas, PC de Cuba, el mismo PTB), hasta otras incipientes que aún no han resuelto siquiera problemas relacionados con su propia identidad política (por ejemplo, allí estuvo la Mesa para la Refundación Comunista, organización catalana que se unió al coro de los seguidores de los consejos políticos del PTB). Pues bien, a todos ellos, sin distinción, se les recomienda la táctica de *ir a las masas* para cualesquiera que sean sus objetivos políticos más inmediatos. De este modo, “refundar” el comunismo (novísima fórmula para designar realmente el sempiterno problema de la Reconstitución comunista) y conquistar el poder pueden y deben realizarse en un mismo contexto sociopolítico, en la lucha de resistencia de las masas, en el plano económico de la lucha de clases del proletariado. Más todavía, no sólo en el mismo entorno sociopolítico, sino también de manera simultánea, como recomienda la Resolución del XII Seminario de Bruselas: unir a los comunistas (Partido) y unir a las masas (Frente) al mismo tiempo. Esta visión, naturalmente, traduce la idea de que no existen diferencias cualitativas entre las distintas tareas del comunismo, y, por lo tanto, que no hay proceso ni desarrollo, o sea, saltos cualitativos, tanto en lo que se refiere a la construcción del Partido, en particular, como en el proceso revolucionario, en general (al menos, antes de la toma del poder).. Esta perspectiva, espontaneísta en definitiva, no admite la posibilidad de distinguir entre el movimiento comunista como movimiento revolucionario de la vanguardia (Reconstitución partidaria) del movimiento comunista como movimiento revolucionario de las masas (Construcción partidaria), ni tampoco permite comprender que la transición del uno al otro sólo es realizable a través del Partido Comunista, desde la Reconstitución culminada del partido de nuevo tipo proletario.

La concepción holista (realización de todas las tareas simultáneamente) del proceso revolucionario previo a la conquista del poder indica la inexistencia de un plan y, por lo tanto, la aplicación, como no podía ser de otra manera, de la bernsteiniana “táctica-proceso” que Lenin censuraba ya en los *economistas* rusos. Y el proceso tomado en sí mismo al modo economicista oculta las distintas etapas de las que se compone y, por consiguiente, el análisis y la previsión de las diferentes posiciones que en cada una de ellas ocupará la vanguardia, de los distintos materiales políticos con los que podrá trabajar y de los distintos objetivos tácticos que deberá alcanzar.



Campaña de la lista Resist. La política resistencialista del PTB se hace cada vez más explícita

consiguiente, rebajando el carácter y los objetivos de la “*ligazón*”. Más aún, ésta, al parecer, debe servir de base para el cumplimiento de todas las tareas de la Revolución. En el Seminario de Bruselas desfila todo tipo de organizaciones, desde las que pueden ser consideradas plenamente constituidas, con una larga experiencia y que se enfrentan ya ante tareas tan avanzadas como la cuestión del poder (PC de Nepal, PC de

Filipinas, PC de Cuba, el mismo PTB), hasta otras incipientes que aún no han resuelto siquiera problemas relacionados con su propia identidad política (por ejemplo, allí estuvo la Mesa para la Refundación Comunista, organización catalana que se unió al coro de los seguidores de los consejos políticos del PTB). Pues bien, a todos ellos, sin distinción, se les recomienda la táctica de *ir a las masas* para cualesquiera que sean sus objetivos políticos más inmediatos. De este modo, “refundar” el comunismo (novísima fórmula para designar realmente el sempiterno problema de la Reconstitución comunista) y conquistar el poder pueden y deben realizarse en un mismo contexto sociopolítico, en la lucha de resistencia de las masas, en el plano económico de la lucha de clases del proletariado. Más todavía, no sólo en el mismo entorno sociopolítico, sino también de manera simultánea, como recomienda la Resolución del XII Seminario de Bruselas: unir a los comunistas (Partido) y unir a las masas (Frente) al mismo tiempo. Esta visión, naturalmente, traduce la idea de que no existen diferencias cualitativas entre las distintas tareas del comunismo, y, por lo tanto, que no hay proceso ni desarrollo, o sea, saltos cualitativos, tanto en lo que se refiere a la construcción del Partido, en particular, como en el proceso revolucionario, en general (al menos, antes de la toma del poder).. Esta perspectiva, espontaneísta en definitiva, no admite la posibilidad de distinguir entre el movimiento comunista como movimiento revolucionario de la vanguardia (Reconstitución partidaria) del movimiento comunista como movimiento revolucionario de las masas (Construcción partidaria), ni tampoco permite comprender que la transición del uno al otro sólo es realizable a través del Partido Comunista, desde la Reconstitución culminada del partido de nuevo tipo proletario.



El PTB en una manifestación

Sin mucho recato, el texto de la Resolución de Bruselas termina declarando:

“Es etapa por etapa como los comunistas de todo el mundo harán avanzar la obra comenzada en 1848 por Karl Marx, y así hasta la victoria del socialismo en el mundo entero”.

Naturalmente, se refieren a su propuesta de ir neutralizando -que no eliminando-, uno por uno, cada foco imperialista como método de acumulación de fuerzas; aunque para ello haya que aliarse con los otros tiburones del capital, como propone actualmente el PTB: unirse con los monopolios nacionales y europeos para contrarrestar “el peligro principal que amenaza el mundo”, el imperialismo yanqui. Pero en ningún momento se nos ilustra sobre cómo terminar definitivamente con esa “amenaza”, ni cómo invertir la correlación de fuerzas en el seno de la alianza para que sea el proletariado revolucionario quien la dirija. Hasta estos derroteros sin norte nos encamina el empirismo-economicismo, miope por naturaleza e incapaz de ver más allá de la situación política inmediata, y, en el fondo, desconfiado con respecto a la potencialidad revolucionaria del proletariado, que, con estos padrinos, siempre se verá sometido a la hegemonía ideológica y política de la burguesía y jamás se encontrará en condiciones de encabezar un movimiento revolucionario propio.

Pero, al margen del contenido concreto de esta proposición de línea política, comprobamos que las “etapas” de que hablan el PTB y el SCI no pueden ser consideradas como tales etapas, que se trata simplemente de maniobras tácticas dentro de una misma fase del proceso revolucionario (una vez más, la famosa “eta-

pa antimonopolista y antiimperialista”, tan común entre los partidos revisionistas “ortodoxos” que plagian su política directamente de los documentos del VII Congreso de la Komintern). En esta fase, cambiará un día el aliado y otro el enemigo, pero el objetivo fundamental -independientemente de que sea erróneo- seguirá siendo el mismo. Las maniobras tácticas no pueden ser confundidas con las etapas políticas de una revolución, a no ser que adolezcamos de una comprensión tacticista, sin perspectiva estratégica de la misma, como ocurre en los salones de Bruselas. Por el contrario, una visión correcta de la marcha de la Revolución debe dejar claramente establecida la necesidad de diferenciar etapas en la misma, etapas que vienen definidas por el contenido político de carácter estratégico que las distingue entre ellas: en primer lugar, conquistar la posición de dirección ideológica para la teoría revolucionaria, atrayendo hacia el marxismo-leninismo a los elementos conscientes de la vanguardia y neutralizando la influencia del oportunismo y del revisionismo, con el fin de reconstituirlo políticamente; en segundo lugar, conquistar la posición de dirección política para el partido marxista-leninista, encabezando la lucha de clases del proletariado contra la burguesía y atrayendo bajo su influencia a crecientes sectores de las masas con el fin de destruir el sistema político de dominación capitalista, como premisa para la demolición de su sistema de dominación económica y cultural, hasta la completa construcción de una nueva sociedad sin ninguna de sus lacras.

Para finalizar este pequeño examen de la línea política y de la línea de masas que emanan del SCI, y después de todo lo dicho, siuviésemos que ubicar este encuentro internacional como corriente dentro del movimiento comunista internacional, tanto por su visión del desarrollo de la Revolución, como por su percepción de la clase obrera y de las masas proletarias, así como del Partido Comunista, diríamos que forma parte del ala derecha de ese movimiento. Y, más en particular, que forma parte, desde el punto de vista de la Reconstitución del Partido, de ese sector de la *vanguardia teórica* que, por su influencia en un amplio espectro de la *vanguardia práctica* y de las masas, es preciso combatir desde la lucha de dos líneas, para denunciar su falso marxismo-leninismo, demostrar su posición objetivamente contrarrevolucionaria y neutralizar las ilusiones reformistas y las ideas erróneas que difunde entre ellas.

Antonio Blanco

El partido revolucionario del proletariado y las tareas actuales de los comunistas

El 11 de Septiembre ha servido de excusa para que los sectores más reaccionarios del capitalismo norteamericano, representados por la Administración Bush, inicien una ofensiva política y militar para terminar de incorporar bajo su dominio aquellas zonas geoestratégicas del mundo que aún no controlaban del todo. Con ello, han abierto un nuevo capítulo en la historia de este periodo de "hegemonía unipolar" yanqui. Sin embargo, esta "novedad" no encierra ninguna sorpresa, pues no hacía falta ser en exceso avisado para adivinar que llegaríamos a este punto cuando se inauguró ese periodo particular -también llamado "nuevo orden mundial" o "globalización"- de la historia de la fase imperialista del capitalismo tras la caída del Muro de Berlín, cuando se rompió el sistema mundial de equilibrios entre grandes potencias que caracterizó a la etapa de posguerra, y después de salir Estados Unidos de él como único vencedor y como única potencia militar. Pero este militarismo desbordado tampoco constituye ninguna novedad para nadie, pues podemos recordar sin esfuerzo que el imperialismo ha provocado ya dos guerras mundiales con decenas de millones de muertos.

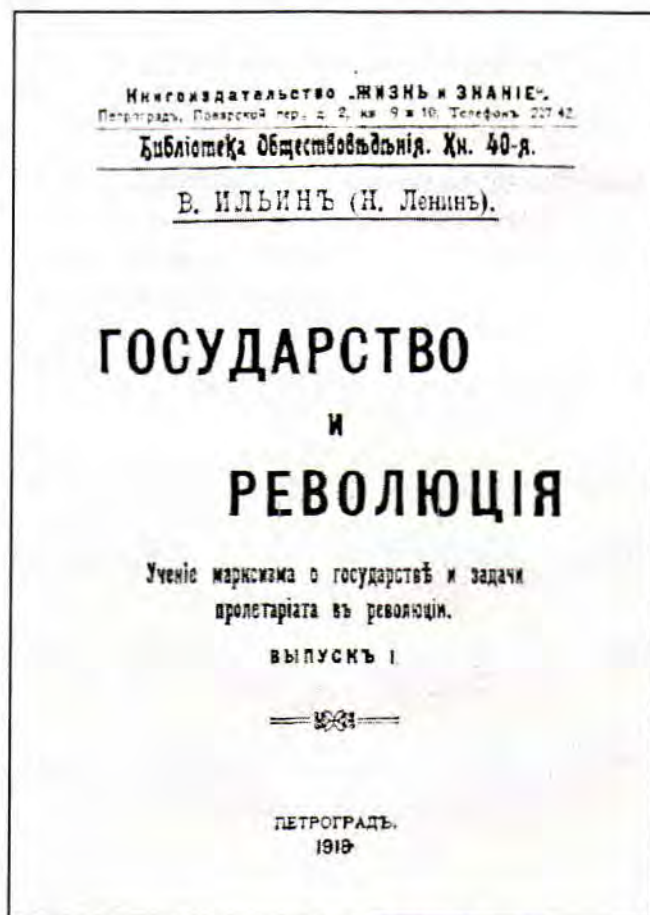
No estamos, en consecuencia, ante una cuestión coyuntural, sino ante un problema con un gran trasfondo histórico. No se trata del militarismo de hoy, ni de las guerras actuales, sino del militarismo y del belicismo consustanciales e innatos a la naturaleza del actual sistema económico. Lenin nos enseñó que el imperialismo es el capitalismo maduro y que sólo destruyendo el capitalismo podemos hablar seriamente de acabar con las guerras: sólo la Revolución Proletaria puede acabar con la guerra imperialista. Hablemos de parar la guerra, sí; hablemos, pues, de la Revolución Proletaria y de las tareas que comporta hoy en día.

La primera tarea: el balance de la Revolución

En el verano de 1917, con la revolución rusa en plena efervescencia -y en plena guerra imperialista-, Lenin, escondido en un recóndito lugar de la frontera con Finlandia, realizaba el balance general de la lucha de clase del proletariado internacional y de su experiencia política, con el fin de definir las bases teóricas

desde las que acometer las tareas de la próxima revolución socialista que se cernía ya sobre Rusia.

Apartado del contacto directo con los avatares del día a día en Petrogrado por necesidades de seguridad personal ante la represión política desatada por el gobierno burgués tras los sucesos de julio, Lenin



Portada de la 2ª edición de
"El Estado y la Revolución" (1918)

aprovecha esta situación para tomar cierta distancia respecto de los acontecimientos diarios relacionados con la revolución en curso y reflexionar acerca del necesario **punto de partida ideológico** que debía asumir la vanguardia del proletariado si quería encabezar con éxito la magna empresa emancipadora que debe realizar la clase obrera. Como se sabe, el fruto de esa reflexión fue su obra *El Estado y la Revolución*, una síntesis genial basada en las formulaciones y fundamentaciones de Marx y Engels del desarrollo ideológico y político alcanzado por el proletariado en su experiencia a lo largo del siglo XIX, por un lado, y, por

otro, algo importantísimo que debe ser revelador e inspirador para los comunistas de principios del siglo XXI, una reconsideración de la posición de partida de la política proletaria y de sus principios orientadores, que son **elevados a un nivel cualitativamente superior** respecto al lugar en que hasta ese momento los había situado la socialdemocracia internacional.

En *El Estado y la Revolución*, Lenin resume las conquistas ideológicas del proletariado -de las que Marx y Engels ejercen de privilegiados notarios- que se van dando fundamentalmente en torno a los dos episodios más señalados de la historia de la lucha proletaria durante el siglo XIX: la revolución de 1848 y la Comuna de París. El balance que realiza Lenin del desarrollo ideológico de la clase obrera tiene como eje la teoría proletaria del Estado, desde cuya perspectiva el jefe bolchevique va articulando y sintetizando los progresos de la doctrina proletaria a través de los elementos nuevos que van siendo incorporados paulatinamente desde las valoraciones que Marx y Engels van emitiendo de la experiencia práctica del proletariado.

En la rica trayectoria de Lenin como dirigente revolucionario han dominado -si se nos permite ser reduccionistas por una vez- dos tipos de problemáticas principales, problemáticas que podríamos decir que aglutinan por sí mismas, de una manera u otra, toda la variedad de cuestiones políticas y teóricas que Lenin abordó y el trasfondo de todos los debates en los que participó. Ambas problemáticas son las que están relacionadas con la teoría del Partido de vanguardia proletario y las que lo están con la teoría proletaria del Estado. Pues bien, en el momento del balance general previo al asalto revolucionario, Lenin escoge la teoría marxista del Estado como eje discursivo desde el que “poner al día” la teoría revolucionaria. En *El Estado y la Revolución*, el jefe bolchevique analiza la relación entre la Revolución Proletaria y el Estado, y hasta tal punto hace abstracción de cualquier otra institución política que incluso el Partido desaparece de su análisis. En *El Estado y la Revolución* están tan definidos hasta el detalle y tan pormenorizados todos los aspectos relacionados con el problema del Estado desde el punto de vista marxista, que el otro aspecto, la revolución, el movimiento revolucionario, acaba por ser sobreentendido, termina gravitando a lo largo de la obra en abstracto, como algo presupuesto y dado. Y la revolución en abstracto no necesita Partido. Este dato -hacer abstracción del Partido- resulta tan curioso viniendo del gran batallador por la construcción del partido de vanguardia proletario y de quien es, también,

su gran teorizador, que algunos malintencionados han llegado a afirmar que *El Estado y la Revolución* es la obra “anarquista” de Lenin. Pero si Lenin no menciona expresamente al Partido en este libro capital, sí habla del proletariado como clase revolucionaria en activo. Y una cabal comprensión de la concepción leninista del Partido debe permitirnos pensar que, aunque *in abstracto*, Lenin presupone igualmente la presencia del Partido a través de ese proletariado revolucionario, como proletariado revolucionario precisamente, ante el que se detiene en su análisis, dejándolo como “factor independiente”, porque lo que pretende es centrarse para diseccionar a fondo la cuestión del Estado.

En cualquier caso, este silencio traerá consigo, al fin y a la postre, que la teoría leninista del Partido nunca sea expuesta de manera sistematizada por su autor; y esto acarreará, a su vez, consecuencias de corte ideológico y político importantes. Sin embargo, todos los elementos fundamentales de esa teoría estaban ya formulados antes de 1917. El hecho de que no fueran nunca presentados de una manera organizada, sino sólo como resultado de sucesivas polémicas originadas por motivaciones dispares, perjudicó la comprensión de su coherencia interna como teoría y, con ello, su finalidad orientadora en la construcción del partido bolchevique y, más aún, en la de los partidos comunistas que fueron surgiendo posteriormente bajo su inspiración. De esta manera, mientras la teoría del Estado marxista adquiría carta de naturaleza y patente universal, la teoría marxista del partido obrero revolucionario -mejor dicho, la teoría del Partido que habían elaborado los marxistas rusos, la teoría bolchevique del Partido- parecía tener un radio de aplicación limitado -o así podía ser interpretada- ceñido a las particularidades de la historia, la política y la sociedad de Rusia.

Del partido de vanguardia al partido de masas

Quien primero trató de sintetizar y sistematizar la teoría leninista del Partido para otorgarle valor universal fue Stalin, en sus famosos *Fundamentos del leninismo*, elaborados pocos meses después del fallecimiento de Lenin. Cuando Stalin resume la concepción leninista del Partido, sin embargo, el partido bolchevique ya había avanzado mucho en la dirección de transformarse en un partido de masas. Con toda probabilidad, esto coadyuvó a que las tesis estalinianas sobre el Partido tiendan a otorgar el mayor peso al aspecto organizativo del mismo; fundamentalmente porque lo político y lo ideológico, aunque no se subor-

dinan explícitamente, sí se dan por supuestos, con lo que, en cierto sentido, aparecen como desvinculados de la organización, de manera que ésta ve resaltada su importancia, hasta el punto de que “hablar del partido” propiamente dicho significará, en la práctica -y Stalin ya empieza aquí a realizar esta práctica-, hablar de su organización.

En sus *Fundamentos*, Stalin describe al partido leninista a través de media docena de “particularidades” que, en gran parte, recogen bastantes de las caracterizaciones que Lenin dio de su idea de partido revolucionario; pero que, por resultar insuficientes en su conjunto y por tergiversar en casos particulares el verdadero sentido leninista de algunos conceptos, terminan por perfilar una representación deformada de la teoría del Partido. Esta deformación, además, irá acompañando al progresivo proceso real de masificación del partido soviético, sirviéndole de marco teórico en el que cada vez irán acentuándose más los rasgos más alejados del espíritu leninista.

Stalin define al Partido como “destacamento

de vanguardia” y “destacamento organizado de la clase obrera”, como la forma superior de organización del proletariado” y como “instrumento de la dictadura del proletariado”. Éstas son las características esenciales de la visión estaliniana del partido leninista que vamos a destacar.

Como se ve, lo “organizativo” predomina ya en las propias formulaciones que tratan de fijar las ideas esenciales. Pero lo organizativo no es, en absoluto, lo principal a tener en cuenta en la configuración del partido de nuevo tipo proletario. La definición organicista de Stalin impide ver lo que le da su verdadero significado histórico y político: que el Partido es, en palabras de Lenin, el producto de la **fusión del socialismo científico con el movimiento obrero**, o, si se quiere, la fusión de la vanguardia revolucionaria con las masas. La cuestión de la forma o las formas que adopte esta fusión en el terreno organizativo es secundaria; lo principal es la “fusión” como tal, que pone por delante los aspectos ideológicos y políticos de las relaciones de la vanguardia con el resto de la clase. Para empezar, pues, Stalin invierte la verdadera relación ideología-organización sobre la que debe sostenerse el Partido, al poner lo organizativo por delante.

En segundo lugar, resulta por lo menos inexacto decir que el Partido es el “destacamento de vanguardia de la clase obrera”. En las polémicas que entabló Lenin con los *economistas* y los mencheviques, se trataba de dilucidar si el partido obrero que se estaba construyendo en Rusia debía ser de masas, como deseaban los mencheviques, o de **vanguardia**, como quería Lenin. **No se trata, entonces, de que el Partido sea el “destacamento de vanguardia” de la clase obrera, sino de que ésta pueda disponer de su partido de vanguardia.** La diferencia consiste en que hablar de “destacamento de vanguardia” supone referirse únicamente **a la organización** de la vanguardia de la clase, identificándola con el Partido, como si bastase ese requisito organizativo para construir el Partido. Pero hemos dicho que la vanguardia, por muy organizada que esté, no podrá constituirse en Partido de cuño leninista si no se funde con el movimiento de masas, si no lleva la ideología revolucionaria a las masas para que forme parte de su movimiento y lo transforme **en un movimiento revolucionario.** No basta con



que la vanguardia se organice desde la ideología revolucionaria o de vanguardia, como insinúa Stalin, debe también ser capaz “de vincular el trabajo revolucionario con el movimiento obrero para formar un todo”, según la fórmula que plasmó Lenin en su *¿Qué hacer?*¹ Y ese “todo”, que es “algo” superior a sus elementos constitutivos -la organización de vanguardia y el movimiento de masas-, no es otra cosa que el partido de nuevo tipo leninista. Hablar de este Partido, por consiguiente, significa referirse a los medios y los instrumentos necesarios para procurar la fusión del “destacamento de vanguardia” con el movimiento espontáneo de las masas; hablar exclusivamente del Partido como “destacamento de vanguardia” supone separar esos elementos constitutivos del Partido y entreabrir la puerta para el predominio, a la larga, de la visión organicista y dogmática, no dialéctica, del mismo.

En tercer lugar y como corolario de lo anterior, si, tras partir de una formulación genérica que ya de por sí puede alimentar la desviación organicista en la concepción del Partido, añadimos la siguiente definición según la cual el Partido es el “destacamento organizado de la clase”, se abre ya completamente la puerta a ese tipo de desviación. Y no es que esta formulación sea errónea en sí misma; al contrario, es cierto que el Partido es “la suma de sus organizaciones” y, además, el “sistema único de esas organizaciones”, como añade Stalin retomando ideas de Lenin. El error consiste en que, al insistir en la vía de lo organizativo, se da a entender que se defiende la tesis de que el tipo de vínculos y de relaciones que principalmente describen al Partido es de carácter orgánico y, además, interno, dados en el seno del “destacamento de vanguardia”, cuando, en realidad, se trata del **conjunto de vínculos y relaciones ideológicas y políticas** (es decir,

¹ Muy al contrario de lo que se cree a veces, la obra de Lenin *¿Qué hacer?* no expresa completamente su concepción del Partido. En esta obra, su autor aborda fundamentalmente las cuestiones relacionadas con la teoría y la práctica de la organización de vanguardia, del "destacamento de vanguardia", desde la consideración de su naturaleza política, hasta el diseño de un plan organizativo para su puesta en marcha. Pero todas estas consideraciones presuponen la tesis de fondo sobre la que se sostiene la idea leninista del Partido. De hecho, sólo en una ocasión en ese libro -la que aquí hemos citado- Lenin expresa, y sólo de manera insinuante, la posibilidad de algo, de "un todo", superior políticamente a la organización de la vanguardia. Es el conjunto de la obra del líder bolchevique la que arroja luz sobre este problema y donde queda claro que la idea leninista de Partido está por encima del nivel que pueda alcanzar la organización del destacamento de avanzada del proletariado.

Что делать?

Наболѣвшіе вопросы нашего движенія

Н. ЛЕНИНА.

...Партийная борьба приводит партию к единству, к ликвидации ее слабостей, к ликвидации ее разногласностей и в результате расширяет ее границы, партия увеличивается так, что становится сильнее... (Платонский Ласло, 1. Мартуш, 24 июня 1952 г.)

Цѣна 1 руб.

1 Reich 2 Mark = 250 Francs.

STUTTGART

Verlag von J. H. W. Dietz Nachf. (G. m. b. H.)
1909

1904

Portada de la 1ª edición del ¿Qué hacer?

vínculos y relaciones que se generan desde la conciencia: no olvidemos que las relaciones fundadas en lo organizativo casi siempre son producto de la espontaneidad) **entre la vanguardia y las masas**, vínculos y relaciones que cristalizan orgánicamente de múltiples formas; lo cual supone concebir la construcción del Partido -por así decirlo- de manera “externa” a la vanguardia, “hacia fuera” de la vanguardia; es decir, transformando al movimiento de masas **en organización revolucionaria** desde la actividad política consciente del “destacamento de vanguardia”.

En este sentido, es preciso confrontar la idea de Partido como organización revolucionaria, que se deriva del planteamiento de Stalin, con la idea de **Partido como movimiento revolucionario** que refleja su verdadero espíritu leninista. En este punto juega un papel crucial la tesis leninista sobre la escisión histórica del movimiento obrero en dos alas, una reformista y contrarrevolucionaria y otra revolucionaria. Esta peculiaridad del movimiento obrero moderno, que cobra carácter general con la Primera Guerra Mundial, pero que en Rusia -pionera en la lucha de secesión del marxismo revolucionario contra el oportunismo- se había estado fraguando entre 1905 y 1912, determina por

completo la cuestión del Partido en un sentido cualitativo. Cuando Stalin explica lo que para él es la tercera “particularidad” del partido leninista, “la forma superior de organización del proletariado”, se refiere fundamentalmente al ejercicio de la dirección política de la clase obrera por parte de ese partido. Es decir, “la forma superior de organización del proletariado” viene determinada por **la posición** política que ocupa el Partido -la “organización central”, la denomina Stalin- en relación con el resto de las organizaciones obreras, que Stalin define como “sin-partido”. La “forma superior”, entonces, es la que posee la capacidad de centralizar “en una misma dirección” las luchas del proletariado. Se trata, pues, de una decisión funcional, “cuantitativa”, y **no ideológica**, “cualitativa”, lo que en Stalin decide la naturaleza más elevada del partido de tipo leninista. No se trata de su naturaleza revolucionaria, sino de la posibilidad de dirigir, nos dice Stalin; para lo cual, además, basta con “tener la experiencia necesaria” y “el prestigio necesario”. El problema ideológico, por tanto, no existe; el problema del carácter revolucionario o contrarrevolucionario de esa dirección política es secundario.

Stalin obvia hasta tal punto la ideología², el problema de “quién dirige”, que retrotraerá la teoría del Partido a la época de la II Internacional. Esta premisa le permite describir un escenario idílico de lucha de clases donde el Partido se enfrenta a masas “sin-partido” y a organizaciones obreras “sin-partido”. Habría que aplicar aquí la crítica que en 1907 Lenin dirigía contra los mencheviques, quienes diferenciaban entre conciencia socialdemócrata (marxista) y conciencia de clase “independiente”, “sin partido”, cuando les decía que sólo eran “independientes” las organizaciones obreras impregnadas de espíritu socialdemócrata (revolucionario) y las que están vinculadas políticamente u orgánicamente al partido revolucionario. No hay, entonces, organizaciones obreras “sin-partido”: o están



vinculadas a la revolución, o son organizaciones obreras burguesas vinculadas a la dirección política del capital. En consecuencia, es absurdo afirmar que “todas y cada una de las organizaciones sin-partido de la clase obrera [sobre las que influye el Partido son] organismos auxiliares y correas de transmisión que unen al Partido con la clase”. Las organizaciones “auxiliares” y las “correas de transmisión”, **si son revolucionarias**, están vinculadas a la vanguardia y, por lo tanto, **forman parte del Partido**, de ese “sistema único” de organizaciones que conforman el Partido. No es posible hablar, simultáneamente y por separado, de una “suma de organizaciones” que constituyen el Partido, por un lado, y, por otro, de un grupo de organismos que realizan el trabajo de masas del Partido, pero que no son parte del mismo. La muralla china que el planteamiento organicista obliga a interponer a Stalin entre unas organizaciones revolucionarias y otras desvirtúa la correcta comprensión de la naturaleza del partido revolucionario del proletariado. Lenin insistió mucho en diferenciar y en establecer murallas chinas entre el movimiento obrero revolucionario y el movimiento obrero burgués, de ahí sus continuas polémicas con el oportunismo (representado, sobre todo, por los mencheviques); pero nunca quiso construir ni que nadie construyera murallas chinas dentro del movimiento obrero revolucionario. Para él, de lo que se trataba era

² Que Stalin dé por supuesta la ideología en la cuestión del Partido no significa que se olvide de ella o que no la tenga en cuenta. Ocurre aquí lo que posteriormente será regla en la percepción de ciertas conquistas estratégicas en el proceso de construcción del socialismo por parte de la dirección bolchevique, que se considerarán “irreversibles”. Al obviar el problema de la ideología que dirige el Partido, se da a entender que se sobreentiende que se trata del marxismo-leninismo, con lo cual se considera la dirección ideológica revolucionaria como algo permanente y “definitivo”. Algo que es absolutamente falso. Sin embargo, desentenderse de la cuestión ideológica facilita mucho a Stalin maniobrar para poner en el centro de la teoría del Partido la cuestión de la organización.

de organizarlo bajo la dirección de la vanguardia revolucionaria. Y esta labor no es otra cosa que la **construcción del Partido**.

El Partido, por tanto, es el **movimiento obrero revolucionario** organizado, constituido por la vanguardia (organizada en torno a la ideología proletaria, el marxismo-leninismo) y todo un sistema de conexiones y vínculos entre ésta y las masas (organizadas en torno a la política de la vanguardia) que los unen (funden) en “un todo” único y superior. El Partido, de esta manera, es la “forma superior de organización de la clase obrera”, no porque ocupe la posición de vanguardia respecto de otras organizaciones obreras, sino porque **es su forma de organización revolucionaria**³. En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels definían al Partido como una organización obrera más, que sólo se diferenciaba por ser la más resuelta y la que poseía una visión de conjunto más clara de la marcha y de los resultados del movimiento proletario. En esto, exclusivamente, consistía su carácter de vanguardia. Por lo demás, los comunistas formaban parte del movimiento obrero en su conjunto, aunque las circunstancias políticas les situasen a su cabeza. La II Internacional adoptó este modelo en su versión de partido de masas, y Stalin retorna a él, si bien poniendo el acento en los rasgos que lo diferencian como destacamento de avanzada. La gran aportación de Lenin consiste, precisamente, en comprender la transformación necesaria del partido obrero de masas de la época de desarrollo pacífico del capitalismo en una forma superior del partido obrero, el partido obrero revolucionario, el

partido de vanguardia imprescindible para el proletariado en la época imperialista, en la época en que se ponen en el orden del día la revolución socialista y la dictadura del proletariado. O, expresado en otros términos, Lenin comprende la transformación de calado histórico que ha tenido lugar en las formas y en el modo de desarrollo del movimiento obrero. Si en la era del capitalismo concurrencial se trataba de un desarrollo -por decirlo así- “homogéneo” de elevación consciente de la clase desde la acumulación de sus luchas dirigidas contra la burguesía, en la actualidad, en la era del imperialismo, la escisión interna del movimiento obrero impide que de la acumulación cuantitativa de las luchas espontáneas de la clase surja la conciencia revolucionaria: es precisa una ruptura con la forma anterior del movimiento que permita organizarlo desde la conciencia. La conciencia de clase, entonces, sólo se reconoce como conciencia revolucionaria, porque la conciencia de clase económica, espontánea, permanece dentro del campo de la burguesía (al igual que el viejo modo de organización del movimiento obrero) y sirve a sus intereses. El movimiento proletario propiamente dicho, por lo tanto, es un movimiento revolucionario que se organiza como Partido Comunista. En esta “forma superior de organización de clase del proletariado” la conciencia revolucionaria se adquiere en la confrontación con el ala oportunista del movimiento (lucha de dos líneas) dentro del marco general de la lucha de clases contra la burguesía. Es, pues, en este **sentido cualitativo** que debe entenderse el Partido como “forma superior de organización de la clase obrera”, como **su organización revolucionaria** (o, si se quiere, como

³ Para representar de manera más gráfica la diferencia entre estas dos concepciones del Partido, podríamos describir el modelo estaliniano como formado por un grupo cerrado (sistema cerrado) de organismos que van desde el Comité Central hasta los comités y células inferiores en los que todos sus miembros pertenecen de una manera “oficial” al Partido. Éste sería el “destacamento de vanguardia”. El trabajo de masas de este Partido se realizaría desde el traslado de sus miembros hacia “afuera”, hacia las organizaciones de masas “independientes”, con el fin de atraerlas y convertirlas en “organismos auxiliares” y en “correas de transmisión” entre el Partido y la clase; pero que, como tales organismos, permanecerían fuera del Partido. El modelo leninista, en cambio, es un sistema abierto de organismos que incluye tanto organizaciones del tipo del Comité Central como las fracciones revolucionarias que trabajan en los organismos de masas y los propios organismos de masas generados por la vanguardia. El Partido, entonces, comprende también a las “correas de transmisión” que sirven de vínculo entre el “destacamento de vanguardia” y las masas. Se trataría del sistema único de organismos ordenados de mayor a menor grado de conciencia y de capacidad política

revolucionaria, desde los más elevados (Comité Central, Órgano Central...) hasta las últimas conexiones entre éstos y las formas más elementales de lucha de las masas. Se trataría de todo el sistema de conexiones ideológicas, políticas y organizativas que unirían en un movimiento político al “destacamento de vanguardia” con las masas. Este modelo es dinámico -frente al estatismo que refleja el modelo estaliniano, que separa al “destacamento de vanguardia” del movimiento de masas- porque incluye tanto la dirección revolucionaria (vanguardia) como las formas del movimiento de elevación de las masas en esa misma dirección. Desde el punto de vista “filosófico”, podríamos decir que la diferencia esencial estriba en que, mientras el modelo de Partido expuesto en los *Fundamentos* comprende la unidad vanguardia-masas desde fuera, como unión de dos elementos en principio externos entre sí (“dos hacen uno”; o sea, materialismo mecanicista), el modelo leninista ve aquella unidad como unidad interna de los dos aspectos de una misma cosa, la clase proletaria (“uno se divide en dos”, que es el verdadero punto de vista del materialismo dialéctico).

la organización del proletariado revolucionario), frente a las viejas formas que adoptaba y adopta en su lucha de resistencia contra el capital.

Del Partido al Estado

Finalmente, Stalin termina de perfilar en lo esencial su dibujo del Partido afirmando que es "instrumento de la dictadura del proletariado". El cometido principal que Stalin asigna al Partido, entonces, consiste en conquistar la dictadura del proletariado y consolidar esta conquista; es decir, un cometido directo y estrechamente relacionado con el problema del poder. Hasta tal punto esto es así que, para Stalin, el Partido "es un instrumento de la dictadura del proletariado". En otras palabras, el Partido queda subordinado al Estado de la dictadura del proletariado. La contradicción es flagrante y clara: en la práctica, desde la visión estaliniana, el Partido termina por ser desplazado como la "forma superior de organización de clase del proletariado", y su lugar pasa a ocuparlo el Estado de la dictadura del proletariado. De esta manera, la forma superior de organización del proletariado es su organización **como clase dominante**, no, sobre todo, su organización **como clase revolucionaria**. Claro está que ambas calidades -clase dominante y clase revolucionaria- pueden y deben coincidir para el caso de la clase obrera. Pero esta no es la cuestión. Se trata, más bien, del orden jerárquico entre los instrumentos de los que va dotándose el proletariado para cumplir su misión histórica: conciencia revolucionaria, partido de nuevo tipo y dictadura del proletariado. En este último caso, poner por encima del Partido al Estado significa establecer el problema del poder como la cota política más elevada de la lucha de clases proletaria, poner el poder político como el objetivo máximo de esta lucha sin otro horizonte más elevado, cuando, en realidad, desde el punto de vista marxista-leninista, ocurre a la inversa: el poder político, la dictadura de la clase, no se considera más que un medio, un instrumento necesario para crear las condiciones sociales (económicas, políticas y culturales) precisas para que el Partido pueda elevar a sectores cada vez más amplios de las masas hacia sus posiciones políticas, que son las de la lucha por la emancipación proletaria. En otros términos, el cometido principal del Partido no es el poder, ni es en este lugar donde vienen a desembocar todos los problemas teóricos y prácticos del movimiento proletario, como insi-

núa Stalin -sin duda inspirándose en las líneas maestras que ya había establecido Lenin-, sino en el que ocupa la cuestión de la **emancipación social** (la emancipación de la humanidad de la sociedad de clases y de sus lacras a través de la emancipación de la clase obrera como clase, asunto, éste, de tal calado que no pueden reducirse sus términos a los que pueda abarcar la teoría del Estado). El poder y el Estado son únicamente instrumentos para que el Partido pueda realizar este objetivo. Así, la **finalidad política** (el poder del Estado de la dictadura del proletariado) estará invariablemente subordinada a la **finalidad histórica** (la emancipación de la clase obrera) en el orden de cosas del proletariado, quien siempre someterá su condición de clase dominante a su condición de clase revolucionaria. Una escasa o nula comprensión en la delimitación conceptual de estos términos y de sus relaciones mutuas pudo contribuir a crear las bases ideológicas para la incorrecta visión posterior de las tareas a largo plazo del proletariado socialista.

A modo de resumen, hemos visto que la visión del Partido de Stalin invierte completamente el orden



de las relaciones internas existente entre los distintos instrumentos que el proletariado va dándose a sí mismo para realizar sus tareas revolucionarias. Por una parte, como se ha indicado, el dominio del punto de vista organizativo en las cuestiones referidas al Partido relega a la ideología a un segundo plano, mientras que, por otra, aquél pasa a ser un mero instrumento del Estado. El verdadero orden marxista-leninista de esos instrumentos, *Conciencia-Partido-Estado*, fue alterado y puesto sobre su cabeza por la práctica política no sólo de Stalin, sino de todas las sensibilidades que convivían en la dirección del partido bolchevique: *Estado-Partido-Conciencia*; el sistema político soviético se construyó según este orden de cosas, y, a la larga, se enfrentaría a los innumerables problemas irresolubles que encierra si el objetivo que nos hemos trazado -el Comunismo- no puede ser reducido sencillamente a la problemática que rodea la conquista y la consolidación del poder político.

El verdadero orden marxista-leninista muestra, en cambio, que la conciencia, la ideología, es lo principal y siempre debe conservar su posición preeminente de guía en la construcción del resto de los instrumentos (el Partido y el Estado); y que el Partido, como no es otra cosa que **el proletariado revolucionario organizado en su movimiento hacia el Comunismo**, guía también y ordena el aparato político encargado de crear las condiciones para que ese movimiento histórico ascendente de la clase sea cada vez más masivo, hasta que toda la humanidad pueda cruzar el umbral de una nueva era de libertad, igualdad y fraternidad. La ideología guía al Partido y el Partido guía al Estado: éste es el verdadero orden de cosas proletario, desde el punto de vista marxista leninista. Su temprana subversión durante el ciclo revolucionario iniciado en Octubre impidió la adopción de las miras políticas adecuadas al significado histórico de la obra que se había iniciado; y también impidió la justa orientación en la búsqueda de la solución de las contradicciones que el proceso de ejecución de esa obra iba interponiendo al proletariado revolucionario.

También es preciso añadir, a modo de conclusión, que, después de todo, al exponer su modo de ver el tipo de relaciones entre el Partido y el Estado proletarios -que era el predominante en el partido bolchevique-, Stalin, en realidad, está cerrando el círculo que había abierto Lenin en 1917, cuando realizó el balance de más de medio siglo de lucha de clase proletaria, y cuando ciñó ese balance al estrecho marco de la lógica de los interrogantes y las respuestas a esos interrogantes

que necesariamente se desprenden de la teoría marxista-leninista del Estado, pero que no siempre son suficientes -ni, de hecho, lo fueron- para resolver todos los interrogantes que se presentarán en el futuro y que, en el pasado, ya se presentaron ante el proceso revolucionario.

Finalizado el ciclo revolucionario de Octubre (1917-1991), hoy, la principal tarea de los comunistas consiste en realizar el balance general de esta primera gran experiencia revolucionaria de largo alcance protagonizada por el proletariado internacional. Al igual que Lenin en 1917, debemos retomar nuestra experiencia pasada y sintetizarla comprendiendo que esa práctica revolucionaria anterior supone un desarrollo teórico de la doctrina proletaria que debe servir de base político-ideológica para el futuro, y de punto de partida para el próximo ciclo revolucionario. Eso sí, debemos, igualmente, adoptar, al enfrentarnos a ese balance, la perspectiva más elevada posible, de modo que los resultados que nos ofrezca impliquen al conjunto de la teoría marxista-leninista en su globalidad, para que todos y cada uno de los aspectos de esta doctrina experimenten por igual un salto cualitativo en sus contenidos y puedan hallar una mayor coherencia en un nivel superior de unidad.

Esa perspectiva más elevada que debe servir de eje al balance del Ciclo de Octubre es la teoría marxista-leninista del Partido Comunista.

Nuestra experiencia

La lucha por la correcta interpretación de la naturaleza del Partido Comunista -punto de partida imprescindible para poder abordar cualquier plan para su recuperación- se inició en el Estado español a mediados de la década de los 90, con el primer intento de formulación sistemática de la visión marxista-leninista a través de lo que denominamos *Tesis de Reconstitución del Partido Comunista*. La idea de "Reconstitución del Partido Comunista" surge como contraposición a todas las infructuosas experiencias anteriores de lucha por la recuperación del PCE, que se habían iniciado en los años 60, pero que en todos los casos reproducían las premisas teóricas del modelo tradicional de Partido que se había impuesto en el movimiento comunista internacional -a través de la Komintern- desde los años 20; con el añadido de que, terminando el siglo, esos postulados teóricos habían encontrado ya su forma de expresión más degenerada. Y es que el punto de vista que entiende el Partido como conjunto de re-

publicación de propaganda

La Forja

Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario Año III, Abril 1996, n° 10 20pgs.

SUMARIO:

- Editorial 2
- Ante las elecciones del 3 de Marzo 18
- Anunciaciones sobre el 3-M 20
- Breve respuesta al "comunismo" de Argueta 22
- Anunciaciones sobre la invasión imperialista en el este europeo y la URSS (1ª parte) 24
- Foro 8 de Marzo proletario 36

Comité Central de Formación Política:
El "¿Qué hacer?" de Lenin y la Reconstitución del Partido Comunista (1ª parte)



¡Estudiar, defender y aplicar la Tesis de Reconstitución del Partido Comunista!

¡Utilizadores, estudia y utiliza La Forja!

En abril de 1996, en su número 10, "La Forja" publicaba la "Tesis de Reconstitución del Partido Comunista"

laciones organizativas dentro del "destacamento de vanguardia", y no como sistema de vínculos ideológico-políticos entre éste y las masas, conduce, en primer lugar, a que ese conjunto de relaciones orgánicas que dan cuerpo al "destacamento de vanguardia" sea homogeneizado y normalizado, pasando sus componentes a ser considerados jurídicamente como partes integrantes de un todo, de una **única** organización, lo cual conducirá a la reducción de aquellas relaciones orgánicas internas en simples relaciones entre individuos, y, en segundo lugar, a que, en virtud de esta simplificación, la cuestión del militante individual pase a

ocupar el centro del problema; es decir, que lo que está debajo del verdadero concepto de Partido Comunista sea la respuesta correcta al viejo interrogante de "¿quién puede considerarse miembro...?" Desde aquí, sólo queda un paso para que se abra camino la tesis individualista del Partido como **suma de militantes** (ya no como agregado de organizaciones). Además, en este punto, la estimación del individuo que podía "considerarse miembro" había sufrido paralelamente también una rebaja intolerable en sus requisitos. Así, el elevado sentido leninista de la noción "destacamento de vanguardia", que Stalin resume como "jefe político de la clase obrera" y como "Estado Mayor del proletariado", había sido depreciada hasta la consideración del Partido como una institución constituida, en lo más elevado, por un conjunto de cuadros formados en las luchas inmediatas de las masas y en confrontaciones parciales de la clase, de organizadores de huelgas y de enfrentamientos callejeros contra el capital - de "cuadros tácticos", en definitiva-, sin capacidad alguna para alcanzar el **nivel estratégico de dirección de la lucha de clase del proletariado**; mientras que sus bases estarían formadas por cualquiera que aceptase formalmente el Programa y los Estatutos del partido. El partido fundado sobre el individuo encuentra, de esta manera, su contrapunto, su otra cara, como **partido de masas**⁴. Y la "robinsonada" en forma de concepción individualista del Partido en que finaliza la concepción organicista del mismo cierra su ciclo donde ésta lo comenzó: con la ideología. Así, si el organicismo estaliniano daba por supuesta la ideología que guiaba al Partido, confiándose ingenuamente en los resultados políticos de décadas de hercúlea forja ideológica a través de la continua lucha de dos líneas protagonizada por el bolchevismo (resultados que el propio Stalin trató de fijar "de una vez para siempre" bajo el epígrafe de "leninismo"⁵), el individualismo par-

⁴ Es muy probable que un proceso degenerativo similar tuviera lugar en el interior del partido bolchevique ya desde principios de los años 20, y que comenzara en el momento que van ganando espacio los elementos fundamentales del concepto de Partido que formula Stalin. También es muy probable que este proceso comenzase antes de la propia formulación (incluso con Lenin aún vivo). Lo cierto es que ésta ya aparece completamente perfilada en la resolución aprobada al respecto por el V Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en la primavera de 1924, sólo pocas semanas después de la publicación de los *Fundamentos* -demasiado poco tiempo para poder creer que la visión organicista pasó a ser hegemónica sólo por el trabajo de Stalin-, lo cual nos inclina a pensar que la concepción de Stalin sobre el Partido no es más que la expresión de la que era comúnmente aceptada en el partido bolchevique, y que después asumiría todo el movimiento comunista interna-

cional. En cualquier caso, la respuesta y su investigación deben enmarcarse dentro de la tarea urgente de extraer el balance general de la experiencia del Ciclo de Octubre.

⁵ Indudablemente, la solución del problema ideológico, del aspecto teórico, desligado de la práctica, de las labores de organización del movimiento comunista, es el terreno abonado ideal para la tesis organicista del Partido. Resolver la teoría como teoría y la práctica dentro de los estrechos límites de la labor organizativa, de manera separada, sin la necesaria interrelación dialéctica entre ambas esferas, permite a Stalin "independizar" la tarea de construcción orgánica del Partido de la ideología que guía su política y reducir, así, la concepción leninista del Partido a lo que puede contener de sólido "aparato" político.

tidario da por supuesta la conciencia revolucionaria del miembro del Partido, lo cual implica presuponer el absurdo de que, aunque el Partido haya sido liquidado políticamente por el revisionismo, no ha habido liquidación ideológica, ni liquidación de la conciencia revolucionaria, ya que supuestamente ambas se encuentran salvaguardadas en el cerebro de los “comunistas” o de los “marxistas-leninistas” tomados individualmente.

Con estos antecedentes, las experiencias de recuperación del PCE hallaron adecuada expresión bajo la consigna de “unidad de los comunistas” (o “unidad de los marxistas-leninistas”, etc.⁶). La moda por la “unificación comunista” hizo época, pero fue de fracaso en fracaso (incluyendo su mejor conquista: la fundación, en 1984, del Partido Comunista de los Pueblos de



España). La experiencia más reciente del movimiento comunista en el Estado español, en definitiva, nos muestra lo erróneo e inconveniente -tanto por los postulados de los que parte, como por sus resultados- de fundar cualquier proyecto político de Reconstitución política del comunismo sobre la base de la “unidad” o de cualquier otra que no conlleve la permanente lucha por el deslindamiento ideológico con el revisionismo y por la independencia política de la clase obrera.

Para mayor contraste, añadiremos que, de las distintas concepciones sobre el Partido, derivan **diferencias tácticas**, desde luego mucho menos sutiles que lo que puedan parecer las que surgen como resultado de la reflexión teórica o del puro análisis comparativo.

Efectivamente, entre los grupos escindidos políticamente del revisionismo del PCE dominaba, sin

embargo, la teoría revisionista del Partido. Todos ellos compartían la ecuación según la cual *partido leninista es igual a destacamento de vanguardia*; y en varias ocasiones se creyó haber resuelto la ecuación asignando unas determinadas siglas a sus factores, siglas que daban por “resuelto” el problema de la Reconstitución del Partido. Ciertamente, éste se creyó “reconstituido” en más de una ocasión, pero en ningún caso se estuvo a la altura de las necesidades del proletariado organizado como movimiento revolucionario. Y es que una determinada visión del Partido implica necesariamente una determinada visión de ese movimiento y, en consecuencia, una determinada línea táctica.

En este sentido, existe lo que podríamos denominar un principio proletario relacionado con la revolución, del que ni siquiera pueden sustraerse los revisionistas, según el cual, una vez reconstituido el Partido, la tarea inmediata que se pone en el orden del día es la conquista de las masas y del poder. Así, de manera inevitable, todos los experimentos de “unidad” o de “reconstrucción” que han considerado, a partir de cierto momento, que eran la expresión genuina del “destacamento de vanguardia” del proletariado, han tenido que enfrentarse ante este dilema. Y su fracaso ha sido, naturalmente, estrepitoso, ya que la obligación de “ir a las masas” con partidos constituidos de manera separada de su movimiento les ha terminado conduciendo hacia el terrorismo, es decir, hacia su aislamiento total de ellas, o hacia el economicismo (sindicalismo, electoralismo, cretinismo parlamentario), es decir, a situarse en la retaguardia del movimiento de masas. Como ejemplos concretos de nuestra experiencia, tenemos, para el primer caso, al PCE(r)-GRAPO, y, para el segundo, al propio PCPE.

Ambas líneas tácticas obedecen, como hemos visto, a una concepción del Partido y, en definitiva -pues se trata de lo mismo-, a una determinada **visión del movimiento revolucionario**. En efecto, la constitución del Partido separado del movimiento de masas como “destacamento de vanguardia”⁷ presupone el movimiento revolucionario; es decir, la falsa teoría de que el movimiento revolucionario de masas es un fenó-

⁶ En la actualidad, ha ganado adeptos la fórmula “reconstrucción del Partido Comunista”, sin que ofrezca nada original ni diferente del plan que persigue reconstituir el Partido desde la “unidad de los comunistas”. Igual que ésta, la “tesis de reconstrucción” ve al Partido como suma de individuos formalmente comprometidos con el marxismo-leninismo y con la Revolución Proletaria.

⁷ “Sólo un Partido firme ideológicamente, fuerte orgánicamente y con una política clara, puede cumplir el papel de dirección del movimiento popular”. Esta cita, extraída de la prensa de uno de los grupos que pretenden hoy “reconstruir” el Partido en el Estado español, muestra, de manera paradigmática, la forma como se concibe la constitución política del Partido Comunista y el modo de su relación con las masas.

meno espontáneo que surge “aparte” del Partido, debido principalmente a coyunturas de crisis económica y política (o sea, debido, casi por entero, al “factor objetivo”). El movimiento revolucionario, entonces, adopta una existencia externa al “destacamento de vanguardia”, y la tarea consiste en “estar preparados” para ponerse a su cabeza cuando se desencadene⁸. Esta “teoría del derrumbe” del capitalismo dominó la percepción del proceso revolucionario que tuvieron la mayor parte de los partidos comunistas durante el pasado ciclo⁹, y aún hoy es hegemónica en nuestro movimiento. Combatirla significa luchar por la recuperación de la verdadera relación leninista entre vanguardia y masas, relación que consiste, fundamentalmente, en considerar que el “factor subjetivo” y el “factor objetivo” de la revolución no son independientes entre sí, sino que, en general, se influyen mutuamente, y, en particular, que el “factor subjetivo” (el proletariado consciente, el Partido) transforma desde su actividad política las condiciones del desarrollo social, revolucionándolas, con lo que va generando, de menor a mayor escala, el movimiento y el orden revolucionarios, primeramente como movimiento político y, a largo plazo, como sistema social.

La actividad de la vanguardia consciente sobre el ser social provoca un movimiento de elevación de las masas hacia las posiciones de esa vanguardia, y este movimiento es un movimiento revolucionario. No es preciso “esperar” a la recesión económica, a la quiebra del gobierno o a la “crisis general”; ésta, la llamada “crisis general del capitalismo”, está ya presente desde que este sistema sobrepasó el umbral de su etapa imperialista. Las “condiciones objetivas” de la revolución,

por tanto, se dan ya y, en general, forman el contexto social ordinario en el que nos movemos. Esto forma parte del abecé del marxismo-leninismo. Precisamente, por esta razón la teoría del partido de nuevo tipo proletario, la teoría del partido revolucionario, fue formulada ya en los mismísimos albores de esa nueva etapa del capitalismo, porque en ella se presentan las condiciones materiales objetivas para su actividad política efectiva. Hablar, por consiguiente, de que hay que esperar para que “se den las condiciones objetivas” de la revolución es simple y llanamente puro liquidacionismo revolucionario. “Hacer la revolución” significa construir, desde ahora mismo, el “factor subjetivo” (el Partido Comunista); lo cual implica, al mismo tiempo, generar “factor objetivo”, movimiento revolucionario, y, con ambos, preparar las condiciones políticas generales para la conquista del poder (insurrección armada), cuando se provoque y se produzca la “crisis revolucionaria”¹⁰.

Nuestra táctica

La construcción de los necesarios vínculos revolucionarios entre la vanguardia y las masas presupone el reconocimiento explícito de que éstos no existen; es decir, que la situación política actual se caracteriza por la **escisión entre la vanguardia y el movimiento de masas** como el resultado más patente y de mayor repercusión de la obra liquidadora del revisionismo. Sin embargo, esta verdad tan sencilla y evidente no es reconocida en la práctica por la inmensa mayoría de las organizaciones de vanguardia y grupos marxistas-leninistas, al menos, en los países imperialistas. Esto trae consigo varias consecuencias graves.

En primer lugar, el completo desenfoque en el análisis de las contradicciones de nuestra época. Como, por un lado, la apabullante hegemonía militar yanqui ha empujado a un segundo plano las contradicciones interimperialistas tras la desaparición de la URSS, des-

⁸ Esta visión oportunista del papel de la vanguardia es común para izquierdistas y derechistas. Los primeros pretenden que las masas se levanten, como cuando “la chispa incendia la pradera”, motivadas por acciones audaces y aisladas de la vanguardia (terrorismo); los segundos pretenden que, estando a la cabeza de las luchas espontáneas y de resistencia de las masas, la vanguardia ocupará la posición política idónea, estará “en el lugar oportuno en el momento adecuado”, cuando esas luchas adquieran con su propio desarrollo -vana esperanza- carácter revolucionario (sindicalismo y parlamentarismo).

⁹ Por ejemplo, en 1928, con la descripción del llamado “tercer periodo” de desarrollo del capitalismo por parte del VI Congreso de la Internacional Comunista. En realidad, esta tesis no supuso otra cosa, después de todo, que la continuidad con la visión oportunista del movimiento revolucionario que profesaba la II Internacional.

¹⁰ Es decir, ese momento que Lenin describe como aquel en el que ni “los de arriba” ni “los de abajo” pueden ni quieren vivir “a la antigua”. Éste es el momento de la revolución en sentido estrecho; pero jamás llegará por sí solo -sobre todo por lo que atañe a “los de abajo”- si la revolución no se ha iniciado ya en el sentido más amplio del término, bajo la forma de movimiento político con influencia creciente entre las masas. De hecho, la “crisis revolucionaria” será, en gran parte, producto de este movimiento; en gran parte, estará “provocada” por él. La revolución, de esta manera, sólo puede comprenderse y sólo puede ser una realidad desde la unidad dialéctica del “factor objetivo” y del “factor subjetivo” de la revolución.

atándose, al mismo tiempo, una desafortada ofensiva por el control imperialista del mundo, pasando a primer plano la contradicción entre el imperialismo y las naciones oprimidas; y, como, por otro lado, la escisión entre la vanguardia revolucionaria y el movimiento obrero ha reducido en la actualidad la contradicción entre trabajo y capital a su más elemental y estrecha manifestación económica, debido a que la dirección del movimiento obrero se encuentra en las manos de la aristocracia obrera, interesada en mitigar esta contra-

mera instancia, la lucha por la concepción correcta de la naturaleza de esa contradicción, que incluye -como ya hemos dicho- la lucha por la concepción correcta de la propia naturaleza del Partido Comunista.

Los errores que acompañan a la incompreensión de la escisión histórica que domina toda relación entre la vanguardia revolucionaria y el movimiento de masas en sus distintos frentes y a la incompreensión de las consecuencias políticas que lleva consigo, son propios -como hemos visto- de las organizaciones políticas "constituidas" o "reconstituidas" sobre el patrón de partido entendido como vanguardia organizada exclusivamente. La puesta en práctica de una línea de masas con la finalidad de dirigir el movimiento obrero en su conjunto, una vez autoproclamados como el "destacamento de vanguardia" del proletariado, no puede ni podrá, en ningún caso, salvar el salto en el abismo que se abre entre el conjunto de



dicción (al mismo tiempo que, en alianza con el capital monopolista, promueve la explotación de los países oprimidos), parece, entonces, que la contradicción entre el imperialismo y los países oprimidos es la principal, y que es en este marco donde debe desenvolverse la política de los comunistas y hallarse el camino hacia la Revolución Proletaria.

Este falso reflejo produce una ceguera política que impide ver y comprender la verdadera naturaleza de las tareas actuales del proletariado consciente, al mismo tiempo que subordina la lucha de clase del proletariado a las luchas de liberación nacional y, tras ello, acarrea la quiebra de la independencia política de la clase obrera. Pero, sobre todo, impide comprender la **imposible continuidad entre la labor política de la vanguardia en el seno del movimiento práctico de masas y toda labor revolucionaria** en el actual estado de escisión entre la vanguardia y las masas. Con lo cual, no se entiende que lo principal, ahora, es reconstruir ese vínculo en forma de verdadero Partido Comunista, y que, sin éste, resultará infructuosa, desde el punto de vista de la revolución, toda actividad política dentro del movimiento de masas. En definitiva, **la contradicción entre la vanguardia y las masas de la clase obrera, que se resuelve como Reconstitución del Partido Comunista, es la principal contradicción que debe desarrollar en la actualidad el proletariado consciente.** Esto comporta, en pri-

meros problemas que interesan esencialmente a la vanguardia y el conjunto de problemas que interesan principalmente a las masas sin sufrir un descabro. Los problemas de la vanguardia están directamente relacionados con los principios revolucionarios, la estrategia y la táctica de la revolución, la construcción de sus instrumentos, etc.; los de las masas lo están, inmediatamente, con sus condiciones de existencia. Planteada la situación en estos términos, como ya hemos insinuado anteriormente, al "destacamento de vanguardia" no le queda otra salida que renunciar a resolver sus problemas como tal vanguardia y dedicarse a tratar de "solucionar" los de las masas, con lo que renuncia a la posición de vanguardia revolucionaria y adopta la de "vanguardia" reformista, deslizándose inevitablemente hacia el sindicalismo y el parlamentarismo (como es el caso de la gran mayoría de grupos y partidos "reconstituidos"); o bien, puede optar por tratar de "resolver" los problemas teóricos y políticos de la vanguardia para, a continuación, llevar esas soluciones a las masas como un recetario e intentar que éstas las consideren también como "sus" respuestas, lo cual es una quimera idealista que conduce sin remedio a la incompreensión y hacia un tipo de actividad política aislada de las masas (y, en ocasiones, al terrorismo, como único modo de autojustificación posible).

En segundo lugar, este tipo de errores se reproduce de manera aún más grotesca cuando, como

ocurre actualmente, se reconoce de palabra la inexistencia del Partido y, por lo tanto, la necesidad de su recuperación, pero, en los hechos, tampoco se alcanza a comprender que esta circunstancia es el resultado de aquella escisión entre la vanguardia y el movimiento obrero. En este caso, se elaboran y aplican planes de "reconstrucción" -siempre sobre la base de la "unidad comunista", por supuesto- que persiguen "reconstruir" el Partido desde el movimiento práctico de masas, desde la participación de la vanguardia en las luchas de resistencia de las masas. A diferencia de los años 70 y 80, cuando dominó el modelo de reconstrucción basado en la unificación de varios destacamentos organizados, independientemente del movimiento de masas -modelo que, en la actualidad, también tiene sus representantes-, en los 90 y en el cambio de siglo, ha pasado a dominar el modelo que considera imprescindible realizar las tareas políticas de recuperación del Partido en el seno del movimiento de masas. La degeneración alcanza, en este punto, su máxima cota. La rebaja del modelo leninista de Partido fundado en la calidad de un conjunto de relaciones político-ideológicas, en otro de tipo organizativo, trajo consigo el predominio de lo cuantitativo, con la equiparación entre la idea de "partido fuerte" y la idea de "partido grande", de masas. Este desarrollo dejó expedito el campo para la incursión de la tesis, hoy mayoritariamente asfixiante, que defiende que el Partido sólo puede surgir desde una labor política arraigada en el movimiento práctico de masas.

En resumen, la lógica interna a que nos aboca el viejo modelo heredado de la tradición de la Tercera Internacional nos conduce, de una manera o de otra, a tomar siempre como referencia suprema e inmediata el movimiento práctico de masas; lo cual resulta políticamente suicida en un contexto de liquidación del Partido y de divorcio entre la teoría revolucionaria y las necesidades de las masas¹¹.

¹¹ No debemos perder de vista que el "viejo modelo" de Partido "funcionó" en una época caracterizada por la ofensiva de la Revolución Proletaria Mundial, en cuya vanguardia se encontraban una prestigiosa Internacional Comunista y una exitosa edificación socialista en la Unión Soviética. Esto fue suficiente, durante cierto tiempo, para recavar el apoyo o la simpatía de amplios sectores del proletariado internacional para las secciones nacionales de la Komintern. Nada de esto existe ahora; lo cual implica hablar necesariamente de diferentes premisas históricas, de distintas condiciones ideológicas y de incomparables requisitos políticos que cumplir de cara a la Reconstitución de verdaderos partidos comunistas.

En estas circunstancias, el proletariado consciente debe asumir su actual inaptitud para incidir, en la dirección de una transformación revolucionaria, sobre el desarrollo de las contradicciones que hoy rigen el mundo. Toda participación activa en los frentes de lucha que son expresión de esas contradicciones, o está subordinada y dirigida al cumplimiento de las tareas relacionadas con la Reconstitución del Partido o, sencillamente, supondrá ponerse a la cola de esas luchas y al servicio de otras clases. Es preciso reconocer que, desde el momento en que el proletariado no tiene conciencia de clase ("para sí") ni ha sido organizado en torno a esa conciencia (grado de madurez que sólo se expresa como Partido Comunista), no puede actuar políticamente como clase independiente, y, en consecuencia, no puede enfrentarse a la burguesía como clase antagónica. Se le cierra, de esta manera, la puerta para participar en el sistema de contradicciones que preside nuestra época (capital-trabajo; imperialismo-naciones oprimidas; contradicciones interimperialistas) en los términos que exige su condición histórica de clase revolucionaria. La cuestión que se le presenta, entonces, a la vanguardia es la de afrontar la empresa que consiste en restituir al proletariado su condición de clase políticamente independiente, de clase revolucionaria. Y esta cuestión implica que la vanguardia debe sumergir su actividad política en un "sistema de contradicciones" distinto a ese otro ahora inaccesible que gobierna el mundo: el "sistema de contradicciones" que ordena internamente el proceso de Reconstitución del Partido Comunista con el fin de resolverlas.

Las tareas de hoy: el Plan de Reconstitución del Partido Comunista

Partimos de que el proletariado como clase políticamente independiente es el proletariado revolucionario, y que éste se organiza como Partido Comunista desde la construcción de una red de vínculos de todo tipo entre la vanguardia y las masas de la clase. Pero, para que pueda ser cumplida esta obra, la vanguardia (que conforma el aspecto principal de la contradicción "vanguardia-masas" que, como decimos, está en la base de la construcción del Partido) debe haberse constituido como tal vanguardia, debe haber cumplido con los requisitos que Stalin exigía al "destacamento de vanguardia" del proletariado. Esto significa que **los sectores más conscientes del proletariado, armados con la ideología de vanguardia, el marxismo-leninismo, han sido capaces de ganarse para el comunismo y para el programa de la Revolución Proletaria a los sectores de la clase que**

dirigen sus luchas de resistencia contra el capital.

Cuando la vanguardia portadora de la teoría de vanguardia (a la que llamamos “vanguardia teórica”) consigue transformar la conciencia “en sí” en conciencia “para sí”, en conciencia revolucionaria, del sector más activo en la lucha espontánea de los trabajadores (a la que denominamos “vanguardia práctica”) por sus derechos y la mejora de sus condiciones de existencia, atrayendo a ese sector a las posiciones del comunismo, organizándolo a la manera revolucionaria y adquiriendo, con él y a través de él, la posibilidad de influir



seriamente en el movimiento obrero de masas, es cuando tiene lugar la Reconstitución del Partido Comunista y éste puede pasar a abordar subsiguientemente el problema de la conquista de ese movimiento de masas para dirigirlo contra el poder del capital.

La expresión concreta de la escisión entre la vanguardia revolucionaria y las masas es, precisamente, el divorcio entre la “vanguardia teórica” y la “vanguardia práctica” del movimiento obrero, o sea, el hecho de que la vanguardia proletaria se presente escindida en una vanguardia ideológica y revolucionaria, por un lado, y en una vanguardia reformista que detenta la dirección de las luchas de resistencia, por otro. Y es también en este punto donde recalamos ante las insuficiencias tácticas de que adolecen, como hemos visto, quienes no comprenden la verdadera naturaleza del partido de nuevo tipo proletario. Porque si, como ya hemos señalado, el “destacamento de vanguardia” no puede ganarse a las masas desde políticas elaboradas fuera de su movimiento, se debe a que, en los hechos, resulta del todo imposible conquistar la conciencia de clase espontánea desde los principios puros del comunismo. En otras palabras, la “vanguar-

dia teórica” no puede atraerse a la “vanguardia práctica” desde la ideología solamente, sin cierta práctica que demuestre la capacidad del marxismo-leninismo para dar respuestas a los problemas candentes de las masas. Se precisa, en consonancia con ello, una “traducción” que transforme los principios de la ideología revolucionaria, de manera paulatina, primero, en **Línea política** (respuesta desde la ideología a las necesidades estratégicas y tácticas de una determinada revolución) y, después, en **Programa** (respuesta desde la Línea a las necesidades de las masas). El Programa

es la síntesis final donde la vanguardia marxista-leninista es capaz de traducir las reivindicaciones de las masas en reivindicaciones revolucionarias gracias a su contacto con la “vanguardia práctica”, es la demostración política de que los problemas de las masas sólo pueden ser resueltos a través de la revolución socialista y la implantación de la dictadura del proletariado. Desde el punto de vista político y organizativo, esto se traduce en la afinidad o en la incorporación de sectores importantes de la “vanguardia práctica” a las posiciones del comunismo como resultado de la actividad política de la “vanguardia teórica” en los frentes de masas. Sólo de esta manera y a través de estos pasos sucesivos pueden tenderse puentes entre el comunismo como ideología y el movimiento de masas, puentes que permitan superar el actual vacío existente

entre ellos y favorecer de nuevo su fusión y, con ello, la Reconstitución del proletariado como clase políticamente activa que vuelva a hacer de su enfrentamiento con el capital otra vez el centro del desarrollo social.

Sin embargo, para que la “vanguardia teórica” esté en disposición para conquistar a los sectores más avanzados en la lucha de resistencia contra el capital, debe haberse constituido previamente en la portadora de la verdadera ideología de vanguardia. La obra liquidadora del revisionismo ha sido tan profunda que no se ha limitado sólo a destruir el comunismo como movimiento político o como organización revolucionaria -su programa y su organización-, sino que ha alcanzado también a sus fundamentos ideológicos y su discurso teórico. Esto significa que antes que cualquier otra acción política, la vanguardia consciente del proletariado debe emprender la lucha por la restitución de la teoría de vanguardia. En otras palabras, **antes que la Reconstitución política del comunismo (Partido Comunista), debemos perseguir su Reconstitución ideológica.** Y es en este contexto donde cobra su significado pleno y su verdadera importancia el balance

crítico de la experiencia revolucionaria del Ciclo de Octubre, como desarrollo teórico del comunismo desde la síntesis de una praxis revolucionaria inaudita e innovadora.

En el escenario político de los países imperialistas, principalmente, conviven multitud de grupos autodenominados “comunistas” o “revolucionarios”. Esto habla de la fragmentación política del proletariado y pone de manifiesto la necesidad de plantear la cuestión de la Reconstitución del Partido. Pero no se trata, solamente, de que esa proliferación de grupos exprese el desacuerdo general en el seno del comunismo o del “marxismo revolucionario” sobre la línea política correcta que es preciso aplicar; se trata, en primer lugar, de que esa fragmentación política es producto, en realidad, de la **fragmentación ideológica** que subyace actualmente en todo proyecto político de corte comunista ligado, de una manera o de otra, con la tradición de la Revolución de Octubre.

La Reconstitución ideológica del comunismo es la lucha del marxismo-leninismo por **reconquistar la posición de hegemonía** en el seno de la vanguardia; es el periodo preliminar y necesario en el que el sector marxista-leninista de la “vanguardia teórica” deslinda y fija los límites del campo revolucionario en el plano teórico a través de la extensión de la lucha de dos líneas al resto de las fracciones ideológicas que tienen influencia entre los sectores de vanguardia del proletariado. Esta pugna por que el marxismo-leninismo vuelva a ser la ideología de referencia entre los sectores más combativos de la clase obrera presenta dos facetas complementarias: por un lado, la estructuración del marxismo-leninismo como discurso ideológico internamente coherente y su reconfiguración como cosmovisión, como representación totalizadora de la realidad en todas sus esferas, como concepción del mundo. Por otro lado, la formación de los cuadros comunistas en este terreno de lucha de dos líneas ideológica permitirá la construcción de un colectivo de vanguardia educado en la escuela superior de la ciencia revolucionaria (rompiendo, así, con la tradición que ha educado a nuestros dirigentes en la escuela de la espontaneidad y de las luchas de resistencia de las masas), con la perspectiva lo suficientemente elevada como para no perder nunca de vista el objetivo final y con un concepto de la lucha de clases que garantice siempre la orientación estratégica de las luchas proletarias. Recuperación del marxismo-leninismo como concepción del mundo, como teoría de vanguardia íntegra que pueda volver a servir de guía de la revolu-

ción, y construcción del “destacamento de vanguardia” que le valga de soporte político, y que, desde estos presupuestos -la Conciencia revolucionaria como guía- inicie la obra de construcción de los instrumentos necesarios para llevar a buen fin la Revolución Proletaria (Partido Comunista y Estado de dictadura del proletariado).

En la primera parte de este documento indicábamos que, durante el Ciclo de Octubre, dominó el punto de vista “estatalista” de los procesos políticos; es decir, que todas las cuestiones tendían a ser articuladas en torno a problemáticas vinculadas con el Estado, con el problema de la conquista y consolidación del poder, o con la relación *Partido-Estado*. Esto se debía, en gran parte, a que, ya desde la II Internacional -y fue algo que no corrigieron ni Lenin ni la Komintern-, dominaba en el movimiento revolucionario una concepción del marxismo que lo veía más como “filosofía política” que como concepción del mundo, lo cual condujo en numerosas ocasiones al pragmatismo político y a la elaboración de políticas de cortas miras. También decíamos que, de cara al próximo ciclo revolucionario, es preciso construir bases situándonos en un nivel de partida más elevado. Señalábamos que, frente al punto de vista del Estado, debíamos adoptar ahora el punto de vista del Partido. Esto significa que tampoco podemos iniciar los preparativos de la próxima ola revolucionaria desde el “escalón” de la *política* (como ocurrió en el pasado), sino que debemos situarnos en el de la *ideología*, el de la teoría marxista-leninista entendida como concepción del mundo, como el motor generador de todos los procesos transformadores posteriores necesarios para construir el comunismo. No debemos, entonces, ubicar nuestro punto de partida en la relación *Partido-Estado*, sino en la superior a ésta, la establecida como *Conciencia-Partido*, que es la perspectiva más elevada que puede adoptar la vanguardia proletaria, porque es la que permite cumplir con todos los requisitos que, paso a paso, exige el adecuado orden con que progresa el proceso revolucionario.

*El Comité Central
1° de Mayo de 2003*



El sindicalismo durante el proceso de reconstitución del Partido

La revista Octubre, en su número 61 del mes de Febrero de 2003, publicó un artículo con el título "Acerca del trabajo en los sindicatos", en el que se defiende la necesidad de trabajar en el seno de los sindicatos, concretamente con el sector crítico de CCOO. Pensamos que esta es una orientación errónea para el carácter que las tareas de los comunistas deben tener en la actualidad, limitándose a propugnar una política de frente único para agarrarse desesperadamente a las masas, confiando en que el movimiento espontáneo de estas dé solución a sus problemas.

Octubre llega a esta conclusión cayendo en el error de no hacer la más mínima referencia a la necesaria reconstitución del PC y los requisitos que debemos cumplir para conseguirla. Esta equivocación es fruto, sin duda, de una visión estrecha y simplificada del movimiento obrero que

se centra únicamente en su aspecto económico y olvida por completo el resto de sus manifestaciones. Otra de las causas que inducen a Octubre a obviar la importancia del proceso de reconstitución en el que nos encontramos es el uso parcial que se hace de la obra de Lenin, citándolo caprichosamente – en este caso, para criticar a lo que ellos denominan "izquierdismo" – sin aclarar ni el momento histórico ni el contexto político en el que tiene lugar ese debate. Desde estas claves queremos dar nuestra opinión sobre el citado artículo y advertir sobre el peligro de las tendencias sindicalistas durante el proceso reconstitución del Partido Comunista.

Lucha económica ideológica y política

Los camaradas de Octubre contemplan a la clase obrera esencialmente como un movimiento económico cuando afirman: *"De todas las organizaciones de masas es en los sindicatos donde, lógicamente, se vive mas directamente la lucha de los trabajadores por sus derechos y donde se dan (o deberían darse) con mayor virulencia las contradicciones entre las diversas fracciones de clase; es ahí donde debiera ser más aguda (y en cierta forma lo es) la confrontación entre los oportunistas y entre éstos y los elementos más conscientes de la clase."*

¿Porqué es esto así? No lo dicen. Las contradicciones entre las diversas fracciones de clase no tienen porqué desarrollarse de un modo más virulento en el seno de los sindicatos, ya que estas contradicciones se dan en todas las manifestaciones de la sociedad¹. En los sindicatos los trabajadores luchan, fundamentalmente, por sus intereses económicos, que no son los únicos ni los determinantes en el desarrollo de la lucha de clases, ya que ésta también se desarrolla en el terreno ideológico y político. Y es precisamente en este último, en el nivel



¡Proletarios de todos los países, uníos!
ctubre

Órgano de Expresión de la Organización Comunista Octubre

Cacecera del órgano de expresión de la O. C. Octubre

político, donde se relacionan todas las clases sociales a todos los niveles, en el que únicamente el proletariado puede plantear y llevar a cabo su proyecto revolucionario.

Es en este sentido en el que a los comunistas nos merecen tanta o más atención que los sindicatos aquellos sectores del proletariado que no se encuadran en la lucha sindical, y que sin embargo abren otros frentes de lucha espontánea (asociaciones de vecinos, estudiantes, movimiento antiglobalización...), o aquellos movimientos de vanguardia que se organizan y plantean luchas aparte del movimiento obrero (organizaciones de apoyo a la revolución peruana, a presos políticos, plataforma por la república...). El movimiento obrero, por tanto, debe ser entendido como la suma del movimiento sindical y estos movimientos parciales.

Octubre sobrevalora la influencia de los sindicatos en el conjunto de la clase. Sostienen que *"... únicamente estos sindicatos (y muy en particular CCOO) tienen la capacidad de convocar a nuestra*

¹ Los ataques a la libertad de expresión, de prensa, de asociaciones políticas, la criminalización de los diversos movimientos de lucha de resistencia por parte del Estado, son seguramente el ejemplo más claro de agudización de la lucha de clases al que actualmente estamos asistiendo en el Estado español.

TASA DE AFILIACIÓN EN ESPAÑA. ENCUESTA DE CALIDAD DE VIDA EN EL TRABAJO. 1999-2001

	Tasa de afiliación*
TOTAL	17,3
Año	
1999	16,9
2000	16,9
2001	18,1
SEXO	
Mujer	13,9
Varón	19,3
LUGAR DE NACIMIENTO	
Fuera de España	9,3
Nacido en España	17,7
EDAD	
16-29	8,5
30-44	19,7
45 o más	22,2
OCUPACIÓN	
Peones	13,8
Trabajadores de producción cualificados	17,5
Empleados administrativos	18,4
Técnicos	15,5
Titulados y diplomados universitarios	21,6
Gerentes y personal directivo	15,2
SECTOR DE ACTIVIDAD	
Agricultura, selvicultura y pesca	9,0
Industrias extractivas	53,3
Industria manufacturera	19,9
Electricidad, gas y agua	34,5
Construcción	10,2
Comercio	10,9
Hostelería	8,7
Transporte y comunicaciones	25,5
Actividades financieras	22,5
Otros servicios empresariales	9,7
Administración pública	24,7
Educación	25,5
Servicio doméstico	4,2
Otros servicios	21,9

TIPO DE RELACION LABORAL	
Asalariado del sector privado	13,8
Asalariado del sector público	29,4
TIPO DE JORNADA	
Tiempo completo	18,3
Tiempo parcial	8,5
TIPO DE CONTRATO	
Indefinido	20,8
Duración determinada	9,9
TAMAÑO DEL ESTABLECIMIENTO	
1-9 trabajadores	8,0
10-49 trabajadores	13,8
50-249 trabajadores	20,2
250-999 trabajadores	28,2
> 1000 trabajadores	35,9
ANTIGÜEDAD EN LA EMPRESA	
< 2 años	8,1
2-10 años	14,5
> 10 años	27,6
COMUNIDAD AUTÓNOMA	
Andalucía	19,2
Aragón	21,1
Asturias	32,0
Baleares	13,3
Canarias	17,5
Cantabria	23,7
Castilla y León	17,1
Castilla-la Mancha	15,4
Cataluña	11,5
Comunidad Valenciana	16,7
Extremadura	15,5
Galicia	17,9
Madrid	14,2
Murcia	11,0
Navarra	22,0
País Vasco	22,5
La Rioja	14,8

* Porcentaje de trabajadores que declaran estar afiliados a un sindicato.

* Fuente: Encuesta de Calidad de Vida en el trabajo, elaborada por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

clase...” y así justifican la necesidad de “*librar batalla contra los oportunistas allí donde está la masa*”. Pero, teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, es fácil constatar que la gran mayoría de la clase obrera no está sindicada y que los sindicatos se nutren fundamentalmente de los sectores mejor situados de la clase², especialmente UGT y CCOO. Además, éstos sólo

se dirigen al conjunto de la clase en contadísimas ocasiones, y no siempre en defensa de los intereses de ésta, precisamente. Por tanto no nos equivocamos si afirmamos que estos sindicatos representan a la aristocracia obrera. No nos engañemos confundiendo el descontento de las masas ante la ofensiva capitalista y su necesidad de darle un cauce organizativo con la supuesta capacidad de dirección de los sindicatos reaccionarios.

Pero Octubre no sólo es incapaz de ver esto sino que además propone llevar a cabo su particular batalla contra el oportunismo trabajando en el Sector Crítico de CCOO, poniendo a éste como ejemplo de trabajo sindical de clase. Idealizan las luchas internas en el seno de este sindicato, que en realidad no son mas que luchas por los puestos de mando entre los sectores más oportunistas y abiertamente burgueses de la aristocracia obrera y el reformismo pequeñoburgués del PCE-IU, representado por el “sector crítico”, que

² Según la Encuesta de Calidad de Vida en el Trabajo 1999-2001 del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. La tasa de afiliación en España se sitúa en torno al 17%, distribuida de manera muy desigual. Si atendemos al sector de actividad los mayores índices de afiliación se dan en las industrias extractivas, transporte, educación o trabajadores del sector público. Así mismo existen grandes diferencias si atendemos al tipo de contrato, la antigüedad del trabajador el tamaño de la empresa. Se observa el mayor número de afiliados entre los trabajadores con contrato indefinido; a tiempo completo; con mayor antigüedad relativa en la empresa; en las empresas de mayor tamaño.

en ningún caso está dispuesto a desencadenar un movimiento de masas que le rebase. Podemos ver, por ejemplo, la actitud del sector crítico frente a la guerra imperialista, negando el apoyo a la convocatoria de huelga general que propugnaban otros sindicatos, simplemente por no jugarse unas expulsiones, o la posición mantenida ante la ley de partidos, el ataque a las libertades más grave en la historia de la "democracia", donde apenas se han pronunciado.

Octubre plantea que *"...el sindicato es un instrumento que disciplina a la clase trabajadora, entrenándolas para tareas más importantes"*. ¿Es que el capital y el Estado no disciplinan suficientemente a la clase? ¿O lo que se quiere decir es que los sindicatos educan a la clase elevando su conciencia política? Esto es fetichismo obrerista, porque los trabajadores sólo pueden adquirir conciencia política en la medida en que sean capaces de ir más allá del simple economicismo, trascendiendo la contradicción capital - trabajo e incorporándose a la lucha política en todos sus aspectos. En este sentido los comunistas no podemos limitarnos, en ningún caso, a las tareas sindicales, los militantes comunistas deben formarse como dirigentes revolucionarios, no como dirigentes sindicales. Esto significa formarse en la ciencia del proletariado, asumiendo el marxismo-leninismo como concepción del mundo, preparándose en el mayor número de posible de campos del conocimiento para poder asumir la po-

sición del estratega en la dirección política de la lucha de clases. El sindicalismo, lejos de permitirnos alcanzar esta posición, se limita a formar dirigentes prácticos para atender las luchas inmediatas de las masas.

Nosotros no proponemos ignorar los sindicatos, puesto que, en su seno, además de las corrientes oportunistas mayoritarias, existe una vanguardia práctica, elementos conscientes que, desde su visión sindicalista, trabajan honestamente por los intereses de la clase. Sin embargo, la tarea de los comunistas no es organizar esta vanguardia práctica para construir sindicatos más combativos; en todo caso (y tampoco es nuestra labor principal actualmente) consiste en elevar a estos elementos hacia las posiciones ideológicas del comunismo. En definitiva no se trata de construir sindicatos sino de reconstituir el Partido Comunista. Por tanto, para definir con más precisión las tareas que los comunistas debemos atender en este momento, debemos reflexionar sobre las características de la etapa actual de este proceso de reconstitución.

El carácter del momento actual

El artículo señala correctamente el creciente apoyo que la burguesía presta a sus agentes en el movimiento obrero, al mismo tiempo que éstos tienen cada vez mayor interés en legitimar su papel ante la clase obrera. Sin embargo no se extraen las debidas conclusiones. Si la burguesía necesita cada vez más del concurso de la aristocracia obrera es sencillamente porque cada vez le resulta más difícil gestionar el sistema con sus propias fuerzas. Esto demuestra que el proceso de descomposición del capitalismo y de la clase burguesa continúa, mientras que, contrariamente a lo que puede parecer, el ascenso del proletariado como clase revolucionaria se fortalece. Las condiciones objetivas para la revolución, pues, se dan cada vez con más fuerza, por lo que las condiciones que se deben desarrollar principalmente son las subjetivas. Aquí es donde aparece la necesidad de la organización política del proletariado, es decir, donde cobra especial relevancia el grado de desarrollo de la conciencia de clase y cómo se organiza ésta políticamente.

Y es en este punto donde Octubre demuestra no comprender el carácter del momento actual. El error que atribuyen a los izquierdistas de *"... subvalorar el papel de la organización política de clase, el papel del partido..."*, es el que precisamente comete Octubre al afirmar, para defender sus posiciones, que *"en un marco de debilidad de las organizaciones políticas de la clase obrera como nunca se ha conocido... muchos cuadros y dirigentes que ante la la-*



mentable situación de sus organizaciones de militancia se ha refugiado en el trabajo sindical". No es que las organizaciones políticas de la clase obrera atraviesen un momento de debilidad, es que la clase esta huérfana de una verdadera referencia política. Precisamente esa falta de referencia es una de causas de la deriva oportunista de los sindicatos. No se trata por tanto de utilizar éstos como último baluarte dándoles un carácter más combativo, sino de poner en el primer plano la necesidad reconstituir el Partido.

El PC no debe entenderse sólo como vanguardia o como conciencia externa al movimiento social. El PC es la unión del movimiento obrero con su vanguardia, la fusión entre la teoría y la práctica, el proletariado organizado en su forma superior de movimiento, que se configura como la forma superior del movimiento social. Fuera del Partido no existe movimiento revolucionario.

Insistimos, por tanto, en la idea de que la reconstitución del Partido es el problema fundamental al que nos enfrentamos hoy los comunistas, y los requisitos necesarios para conseguirla son los que determinan el carácter actual de nuestras tareas. Octubre, sin embargo, lejos de comprender esto se lanza a tarea sindical, cayendo de este modo en el error anarcosindicalista, que ellos mismos critican, de situar a los sindicatos al frente de la lucha de nuestra clase. De ahí, sin duda, que en realidad todo el artículo que estamos discutiendo gira en torno a la crítica al "izquierdismo", que niega la conveniencia de trabajar en el seno de los sindicatos mayoritarios reaccionarios - no reformistas, como los califica Octubre, porque reformistas son todos actualmente -. Esta crítica es incompleta y superficial; aluden a la obra de Lenin sin situarla históricamente (año 1920, en pleno auge del Primer Ciclo Revolucionario). No es cierto que los izquierdistas a los que criticaba Lenin no tuviesen en cuenta el papel del Partido. Al contrario, los izquierdistas alemanes (corriente mayoritaria en el seno de la IC, a la que Lenin se refiere) pretendían crear organismos de masas puros desde el partido, sin contaminación oportunista de otros ámbitos.

Desde la perspectiva de este Primer Ciclo Revolucionario, iniciado en Rusia en 1917, se puede caer en el error de confundir el momento actual con un momento contrarrevolucionario de acumulación de fuerzas para toda la clase, un momento en el que la vanguardia existente lucha por conservar los principios ideológicos del partido frente a los oportunistas y donde la prioridad es afianzar el vínculo entre la vanguardia y las masas. Este es el punto de vista de Octubre (y de la mayoría de los destacamentos comunistas en la actua-

lidad), que se adjudica el papel de vanguardia, estableciendo como objetivo principal ganar a las grandes masas. Sin embargo, la posición de vanguardia no es una cualidad inherente del marxismo-leninismo, sino que debe ser conquistada demostrando en la práctica la capacidad de ponerse a la cabeza del movimiento revolucionario. En ese sentido, con el Ciclo de Octubre concluido y los principios ideológicos del proletariado traicionados por el oportunismo y el revisionismo, tenemos que reconocer que, hoy por hoy, los sectores más avanzados del proletariado, desgraciadamente, están muy lejos de constituir esa vanguardia efectiva. Nos encontramos, en definitiva, ante un momento de acumulación de fuerzas de vanguardia, donde las cuestiones principales que se deben resolver son los problemas ideológicos y teóricos que plantea la reconstitución del partido.

En estas circunstancias, el sindicalismo, y los movimientos de resistencia en general, reducen la práctica social exclusivamente al movimiento práctico, separando la necesaria unión entre teoría y práctica. La práctica social, los modos de vida de una sociedad y su desarrollo, no es fruto del movimiento espontáneo; se rige por unas determinadas leyes que tienen unas determinadas manifestaciones. No se trata de atacar esas manifestaciones, sino de cambiar las propias leyes, y para poder transformarlas es necesario comprenderlas primero, lo que sólo se puede conseguir con una concepción científica del mundo y su consiguiente desarrollo teórico e ideológico. El movimiento práctico no puede despojarse de la ideología dominante (burguesa), porque a través únicamente de la práctica, sin la comprensión científica de las relaciones sociales y las leyes sobre las que se sustentan, sólo será capaz de reproducir las bases materiales existentes. Actúa, por tanto, como falsa conciencia, incapaz de desarrollar una práctica social transformadora. La comprensión de la práctica social, de su naturaleza objetiva, es un problema esencialmente teórico que es necesario resolver para llevar a cabo una práctica revolucionaria.

Durante el proceso de reconstitución del Partido Comunista es imposible el sindicalismo revolucionario. El existente se encuentra dividido entre el oportunismo conciliador de clases, que es el mayoritario, y el voluntarismo de los sectores más combativos. Estos últimos llevan a cabo un sindicalismo de clase más o menos fiel, en líneas generales, a las reivindicaciones de los trabajadores, pero que, al igual que el resto de movimientos de resistencia, están todavía muy lejos de las posiciones ideológicas del comunismo. Por su parte, las masas en su conjunto no pueden asumir directamente la ideología comunista; ni siquiera el miembro



del sindicato con conciencia de clase en sí es capaz de superar de manera espontánea el resistencialismo en el que se ha educado políticamente y donde ha depositado sus anhelos.

Será necesaria, por tanto, una transformación de la realidad, o de determinados factores de la misma, para que pueda tener lugar esa transformación subjetiva. En consecuencia, nuestro trabajo en el momento actual no debe estar orientado a ganar a las masas directamente a través del practicismo, sino indirectamente a través de la lucha ideológica.

Las tareas inmediatas

Queda claro que la primera tarea necesaria es la reconstitución del comunismo como teoría revolucionaria y la construcción de su vanguardia ideológica. Sólo cuando el Marxismo-Leninismo consiga hegemonizar la ideología y la política de la vanguardia teórica del proletariado ésta podrá dirigirse a la conquista de la vanguardia práctica, para reconstituir el Partido Comunista e impulsar el proceso revolucionario. La cuestión está en resolver los problemas teóricos y prácticos que plantea la contradicción entre la vanguardia marxista-leninista y las demás corrientes teóricas que influyen en el proletariado. Los destacados comunistas deben establecer los vínculos necesarios con el resto de vanguardia ideológica (es decir, con aquellos elementos dispuestos al debate ideológico y teórico) para resolver dialécticamente esta contradicción. Frente a las tendencias espontaneístas, como el sindicalismo, nosotros pensamos que ésa es la línea de masas que aquéllos deben aplicar para la reconquista de su posición de vanguardia ideológica del proletariado. Mediante la lucha de dos líneas del mar-

xismo-leninismo con el resto de corrientes teóricas, las contradicciones irán resolviéndose como síntesis en la que éste se enriquecerá elevándose, al mismo tiempo que suprime al resto de corrientes, derrotándolas políticamente y conservando de ellas lo que de correcto han podido aportar a la reconstitución del comunismo.

¿Cómo se puede desarrollar en la práctica esta lucha de dos líneas? Debido al nivel de desorientación que existe hoy en el seno de clase obrera, suele confundirse la diferencia entre el plano ideológico y el político, por lo que buena parte de la vanguardia teórica a la que nos dirigimos se encuentra junto a la vanguardia práctica, en el seno del movimiento espontáneo. Por eso, la vanguardia marxista-leninista no debe excluir ninguno de los ámbitos de la clase (sindicato, movimiento obrero o movimiento de vanguardia), dirigiéndose prioritariamente a la vanguardia ideológica, elevando también cada vez a más elementos de la vanguardia práctica hacia posiciones ideológicas. Para poder aplicar correctamente esta línea de masas debemos permanecer alerta y evitar la tendencia casi natural de caer en el economicismo y el sindicalismo, como le ocurre a Octubre. Debemos colocar la ideología al mando del proceso y luchar para que la vanguardia teórica no desvíe la atención de sus tareas inmediatas intentando atender las necesidades del movimiento práctico; éstas no podrán ser satisfechas adecuadamente hasta que hayamos cubierto, al menos en lo esencial, sus necesidades teóricas. Sólo así podremos contribuir de forma decisiva al comienzo de un nuevo ciclo revolucionario.

*C. Tierra Roja
C. Iraultza*

El culto a la espontaneidad de la O. C. Octubre

...todo lo que sea prosternarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, todo lo que sea rebajar el papel del "elemento consciente", el papel de la socialdemocracia, equivale -en absoluto independientemente de la voluntad de quien lo hace- a fortalecer la influencia de la ideología burguesa sobre los obreros.

V. I. Lenin. *¿Que Hacer?* (1902)

A pesar de la derrota histórica sufrida por el movimiento comunista como saldo del anterior ciclo revolucionario, el Ciclo de Octubre, restos de organizaciones y partidos auto denominados "comunistas" perviven con diferentes grados de implantación en la clase obrera, pero sin superar los clichés y errores del pasado, conformándose con un espontaneísmo obrerista, con la excusa de llevar a cabo una práctica de masas. Uno de ellos es la Organización Comunista Octubre.

El culto a la espontaneidad es uno de los errores más graves que sufre el movimiento obrero no sólo ahora sino hace ya bastantes décadas. El movimiento por el movimiento, que recuerda la máxima de Bernstein: el movimiento lo es todo, el objetivo no es nada. Pretendiendo realizar una práctica de masas, estas organizaciones desarrollan una política revisionista pequeñoburguesa encubierta por una fraseología revolucionaria.

En el n° 61 del Órgano Central de la O.C. Octubre, fechado en febrero del 2003, esta organización expone su línea de masas en un artículo titulado "Acerca del trabajo en los sindicatos".

Los sindicatos: correa de transmisión burguesa en el movimiento obrero

Comienza exponiendo que "De todas las organizaciones de masas es en los sindicatos donde, lógicamente, se vive más directamente la lucha de los trabajadores por sus derechos y donde se dan (o debieran darse) con mayor virulencia las contradicciones entre las diversas fracciones de la clase; es ahí donde debiera ser más aguda (y en cierta forma lo es) la confrontación entre los oportunistas y los elementos más conscientes de nuestra clase".

En Octubre no deben ser conscientes de que los sindicatos actuales no son más que una correa de transmisión de la dictadura burguesa sobre las masas del proletariado y que han sido convertidos en ello por los dirigentes sindicales que, aliados con el gran capi-



Manifestación contra el decretazo

tal, han traicionado a los intereses de las capas más explotadas del proletariado, alzándose en portavoces de una aristocracia obrera aliada con el imperialismo.

Este movimiento sindical netamente burgués y portador de una ideología burguesa que, en palabras de Lenin, es mucho más antigua por su origen que la ideología proletaria, con una elaboración más comple-

ta, que posee medios de difusión incomparablemente más poderosos, no puede ser transformado por los comunistas a través de una práctica de masas sin cumplir previamente tareas de carácter ideológico que les dote de una ideología comunista capaz de ganarse, por este orden, a la vanguardia teórica que, a su vez, les posibilitará ganar a la vanguardia práctica para la teoría comunista y, a través de ésta última, a esas masas a las que Octubre tiene tanta prisa por ganarse que le será imposible hacerlo, pues no ha cumplido las premisas necesarias.

Y esto no es una elucubración nuestra, sino que el artículo de Octubre lo reconoce abiertamente cuando dice que *"basta un somero vistazo a lo acontecido a lo largo de los últimos años para percibir (...) que en el seno de los sindicatos de masas, CC.OO. y UGT, si bien existe una cierta lucha interna (en el caso particular de CC. OO. hace varios años que trabaja organizadamente una corriente crítica con un peso evidente), ésta no ha impedido el control del aparato por parte de elementos oportunistas que no han dudado en apoyar al Gobierno en la aplicación de sus más duros programas de ajuste"*.

Sin embargo, a pesar de la evidencia, nuestros amigos de Octubre, cual un Paco Martínez Soria del oportunismo, siguen, erre que erre, emprendiendo la imposible tarea de ganar a las masas en el seno de los sindicatos con una ideología que no es asimilable para ellas y, poco a poco, con el objetivo de acercarlas, rebajando el contenido revolucionaria de ésta.

Alternativas al trabajo sindical reformista

En un fútil intento de confundir al lector, Octubre plantea que la única alternativa al trabajo sindical reformista que ellos mantienen es la creación de nuevos sindicatos y, astutamente, utilizan una cita de Lenin para dotarse de alguna autoridad.

Vemos, pues, que su deformación economicista es tal que son incapaces de comprender que el trabajo revolucionario supera la esfera de la lucha económica y, actualmente, se centra en la lucha ideológica. Para ellos la tarea prioritaria de los comunistas es ser paladín y ejemplo en el sindicato con el objetivo de captar gente para la O.C. Octubre. Cuando Octubre afirma

que son los sindicatos la primera organización a la que se dirigen los obreros, está reconociendo que en ellos se organizan sectores no muy avanzados de la clase, al ser éstos organizaciones de masas. Si partimos del he-



Trabajadores de Sintel el 1º de Mayo

cho de que en la actualidad de lo que se trata es de construir vanguardia revolucionaria, no hay duda de que el trabajo sindical no es prioritario para la lucha revolucionaria.

El papel del Partido

¿Es que en Octubre no ven la realidad? ¿Es que creen realmente que es posible lo que plantean? A nuestro modo de ver, Octubre sólo aspira a cazar militantes en el Sector Crítico de CC.OO. Está claro como el agua cuando dicen que:

"En un marco de debilidad de las organizaciones políticas de la clase obrera como nunca se ha conocido, la misma falta de referencias políticas ha hecho que los sindicatos (aún controlados por elementos oportunistas y aun a su pesar) sean percibidos por amplios sectores de nuestra clase como el último baluarte frente a la prepotencia absoluta de la burguesía. Y no ha ocurrido esto sólo con la masa obrera, sino también con muchos cuadros y dirigentes que ante la lamentable situación de sus organizaciones de militancia, se han refugiado en el trabajo sindical".

Y ¿por qué? Por que para Octubre el proceso de reconstitución del Partido es únicamente un proceso de "Unidad de los Comunistas" (no en vano el slo-

gan permanente de su Órgano Central es *"por la Unidad de los Comunistas"*).

Ese concepto, el de Unidad de los Comunistas, ha sido criticado en *La Forja* en multitud de ocasiones, por lo que no es necesario extenderse demasiado a la hora de criticarlo. Diremos simplemente que su visión de la reconstitución del Partido plantea la unidad de "todos los marxistas-leninistas" (la O.C. Octubre, ni eso) en un acto constituyente único, un Congreso Constituyente. El Partido, así reconstituido, se plantea ya la conquista de las grandes masas. Es por ello que para Octubre es de vital importancia el hecho de que *"con muchos cuadros y dirigentes que ante la lamentable situación de sus organizaciones de militancia, se han refugiado en el trabajo sindical"*. Es importante porque ésa es su estrategia para la recuperación del Partido, para cumplir la primera de las tareas de la Revolución. Más aún: para ellos, el Partido se "construye" "recuperando" a esos "cuadros y dirigentes" para la O.C. Octubre.

Si el Partido Comunista es el movimiento revolucionario de la Clase hacia el Comunismo, damos por hecho que hasta que la Clase alcance ese objetivo sólo una parte de ella será portadora de la ideología comunista. Es por ello que *"el PC surge como unidad entre la vanguardia organizada y las masas, como ligazón de la vanguardia con las masas, como la vanguardia y sus correas de transmisión entre ellas, en resumen, como la vanguardia más su línea de masas"* (Tesis de Reconstitución del Partido Comunista).

La realidad es que no sólo existe una auténtica vanguardia revolucionaria, sino que, además, los obreros avanzados están divididos en dos partes: unos son los dirigentes efectivos de los movimientos espontáneos de las masas, pero no conocen ni les preocupa la teoría revolucionaria (son lo que hemos dado en llamar vanguardia práctica); los otros, mientras tanto, sí están interesados en la ideología revolucionaria, pero casi no tienen vínculos con las masas y, además, no aceptan ni asumen el marxismo-leninismo.

Por esto es necesario reconstituir la ideología

marxista-leninista, la ideología científica y revolucionaria del proletariado, resolviendo los problemas teóricos de la revolución en una continua lucha de dos líneas, ganando así a cada vez más miembros de la vanguardia teórica para las ideas del comunismo. No debemos volcarlos en los movimientos de resistencia, como plantea la O.C. Octubre. Debemos cumplir con las tareas necesarias para poder pasar a la siguiente etapa de la Reconstitución del PC Y esas tareas son, ahora, fundamentalmente, intelectuales.

Economicismo del Siglo XXI

Después de toda su profesión de fe oportunista, que a nadie con un poco de conocimientos del marxismo-leninismo puede pasársele por alto, Octubre busca una justificación en "realidades objetivas", porque para ellos:

"La tendencia general de fragmentación de la clase obrera, producto de la política práctica de la burguesía, es especialmente evidente en nuestro país, donde más del 30% de los trabajadores tienen



contratos precarios y la inmensa mayoría de las empresas tienen menos de 50 trabajadores. La dispersión de la clase obrera es un serio obstáculo para el desarrollo del trabajo político".

Es cierto que existe una precarización cada vez mayor en las relaciones laborales (gracias a la política sindical existente hasta estos momentos y no sólo a la

política práctica de la burguesía) y que eso dificulta la lucha de resistencia. Pero los comunistas no debemos esperar a que la situación objetiva nos sea favorable para empezar a preparar el camino de la revolución, sino que debemos desarrollar el factor consciente de ésta, desarrollar y difundir la concepción del mundo marxista-leninista, cuestión de importancia fundamental. Ya en 1902 decía Lenin que:

"Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Nunca se insistirá lo bastante sobre esta idea en un tiempo en que a la prédica en boga del oportunismo va unido un apasionamiento por las formas más estrechas de la actividad práctica".

Es por ello que el PCR afirma que la labor teórica debe ocupar, en los momentos actuales de preparación de la Revolución, el lugar prioritario, ya que para realizar una práctica revolucionaria y no el habitual practicismo oportunista debemos antes reformular una teoría revolucionaria superada por la experiencia de más de un siglo y medio de práctica revolucionaria. Éste es el *deus ex machina* del movimiento obrero revolucionario: la ideología. Sólo a través de ella es posible involucrar a masas crecientes de obreros en las tareas históricas de su clase.

La línea de masas

Como decíamos, Octubre valora mucho la línea de masas porque para ellos es ésta la que dotará a la clase de un partido. Esto es producto de la incompreensión del papel del Partido y de sus funciones, así como de sus premisas. En definitiva: no saben realmente lo que es el Partido.

Las masas son lo importante para Octubre, en una especie de reedición del culto a la espontaneidad que Lenin criticaba en el *¿Qué Hacer?* hace más de un siglo. El problema no es sólo realizar una labor entre las masas, sino también realizarla de una forma revolucionaria. Y eso es lo que octubre no se plantea en ningún momento, porque a lo más que aspira es a constituirse como fracción izquierdista de los Críticos de CC.OO. y a plantear propuestas reformistas "más de Izquierdas".

Lenin cita a Kautsky en el *¿Qué Hacer?* para reivindicar una de sus ideas:

"La conciencia socialista moderna puede sur-

gir únicamente sobre la base de un profundo conocimiento científico. (...) la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (von Aussen Hineingetragen) en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (urwüchsig) de ella. (...) es tarea de la socialdemocracia el infundir al proletariado la conciencia de su situación (literalmente: llenar al proletariado de ella) y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases». (Citado del artículo de K. Kautsky en Neue Zeit (Tiempos nuevos), 1901-1902, xx, 1, núm 3, pág 79).

Para convertir en revolucionario al movimiento obrero debe acometerse, pues, una tarea previa cuyos requisitos son, no sólo abordar con firmeza el estudio y la elaboración teórica, sino que, además, debe ineludiblemente confrontarse la ideología en desarrollo en el campo de batalla que representa la lucha de dos líneas en el seno de la vanguardia teórica. Es así como esta doble tarea combinada permitirá desarrollar y asumir el marxismo-leninismo como concepción del mundo favoreciendo la conquista de la vanguardia teórica al deslindar campos en su seno entre el revolucionario y el revisionista. Cualquier soslayamiento de esta tarea significa retrasar y entorpecer el paso a la siguiente etapa de la revolución proletaria, se encubra con las frases que se encubra, sean de una terminología marxista-leninista o no.

Es por ello que, para Engels:

"Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le trate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del Partido así como la de los sindicatos..." (F. Engels. La guerra campesina en Alemania).

C. Guardia Roja.

C. Lázaro.

El pasado 25 de mayo, los capitalistas del Estado Español convocaban de nuevo a las masas a la farsa de la participación electoral "democrática", con el fin de continuar legitimando el miserable montaje de explotación y corrupción que su dictadura trata de ocultar. Ésta es la hoja que el PCR difundió entonces, llamando a los trabajadores a negar su apoyo a esta tragicomedia de la burguesía e impulsar el proceso de reconstitución comunista.

Elecciones Municipales y Autonómicas 2003

¡No colabores con el engaño!

Una vez más, los poderosos nos piden que, depositando una papeleta en una urna, participemos en su democracia, que no es la nuestra, como demuestran los hechos que procuran ocultar con engaños y promesas.

Con el pretexto del terrorismo —¡quién fue a hablar!—, han arrasado e invadido Afganistán e Irak (después de haber destruido Yugoslavia). La verdad es que los vencedores de la Guerra Fría están recogiendo su botín, procediendo de este modo a recolonizar los países anteriormente vinculados a la URSS o que asentaban su precaria independencia en el equilibrio entre los bloques. Además, al priorizar regiones estratégicas en cuanto a la producción y transporte de petróleo, no sólo evidencian su afán de dominación, sino que, empujados por las crisis económicas, se aprestan a luchar entre sí por el reparto del mundo. La creciente rivalidad entre Estados Unidos y el eje franco-alemán es ya patente y, sea cual sea la configuración definitiva de alianzas, lo cierto es que las potencias se preparan para una tercera guerra mundial. Eso sí, para los que no nos dejamos engañar por sus sermones justicieros o pacifistas, los imperialistas proponen que cambiemos nuestra conciencia y nuestra dignidad por gasolina barata. **Presumen pues de democracia, pero sólo son capaces de ofrecer guerras de rapiña, opresión, expolio, miseria para la mayoría y corrupción generalizada.**

Con motivo de la última aventura militar, la burguesía del Estado español se escindió en dos bandos: el PP (Aznar, ante todo) representó la posición pro-yanqui, la más rancia y cobarde, mientras que los demás partidos mantenían la ambición de un imperialismo europeo que dispute la hegemonía mundial a los EE.UU. Estos últimos utilizaron la legítima protesta de las masas como ariete contra el Gobierno, pero, de hecho, habían apoyado las agresiones bélicas anteriores y **sólo pretenden sustituir un imperialismo por otro.**

Por eso mismo, tampoco podían aportar más que demagogia frente al Plan Hidrológico Nacional o a la catástrofe del *Prestige*, los cuales ponían en evidencia la naturaleza rapaz del capitalismo, como reino del beneficio privado de unos pocos que, despedazándose en mutua competencia por abaratar costes, llegan incluso a poner en riesgo nuestra existencia.

El deterioro de los derechos y condiciones económicas de los trabajadores ha proseguido con todos los gobiernos de la "democracia", por culpa del **colaboracionismo de clases practicado por la aristocracia obrera** (PCE, CC.OO. y UGT) a cambio de privilegios exclusivos para ella.

La subordinación de la enseñanza y de la universidad al capital; la ola represiva contra los inmigrantes, contra los pobres que delinquen, contra los movimientos de resistencia, ...; la propagación de la ideología reaccionaria, del oportunismo y del revisionismo; la tendencia al fascistización del Estado que se vislumbra con la expulsión de la burguesía vasca del bloque hegemónico y la supresión de derechos políticos para su sector independentista; etc. Todo eso es corolario lógico del régimen de explotación capitalista y nada puede oponerle la falsa izquierda pequeñoburguesa (IU y otros) que **lamenta las consecuencias sin cuestionar las causas.**

Juzgando al régimen político actual no por lo que dice de sí mismo, sino por sus hechos, no cabe duda de que constituye una **dictadura de la burguesía contra los trabajadores**. Para liberarnos de ella, tenemos que erradicar el capitalismo, emprendiendo el largo y arduo camino hacia una humanidad sin clases, autoconsciente, que organice la producción y toda su vida de modo enteramente colectivo: el Comunismo.

Tal revolución exigirá que los obreros asalariados —los desposeídos, el producto final de la civilización— luchemos hasta emanciparnos de nuestra condición de clase, destruyendo para ello el aparato del Estado burgués e instaurando **nuestra democracia**, un poder con el que vencer todo lo viejo: la **dictadura del proletariado**. Su conquista (y su necesaria defensa hasta que cambie el mundo entero) exigirá que nos organicemos en Frente Único y formemos un Ejército Rojo para librar la guerra popular.

A despecho de lo que sostienen los sindicalistas, anarquistas y otros seguidistas del movimiento espontáneo de las masas, nada de eso podrá lograrse si la clase obrera no se constituye en Partido Comunista, entendido éste como fusión de su vanguardia marxista-leninista con las masas. Tras la destrucción del PC por obra del revisionismo, el movimiento obrero ha perdido su independencia y se ha convertido en carne de cañón de una u otra fracción de la clase explotadora.

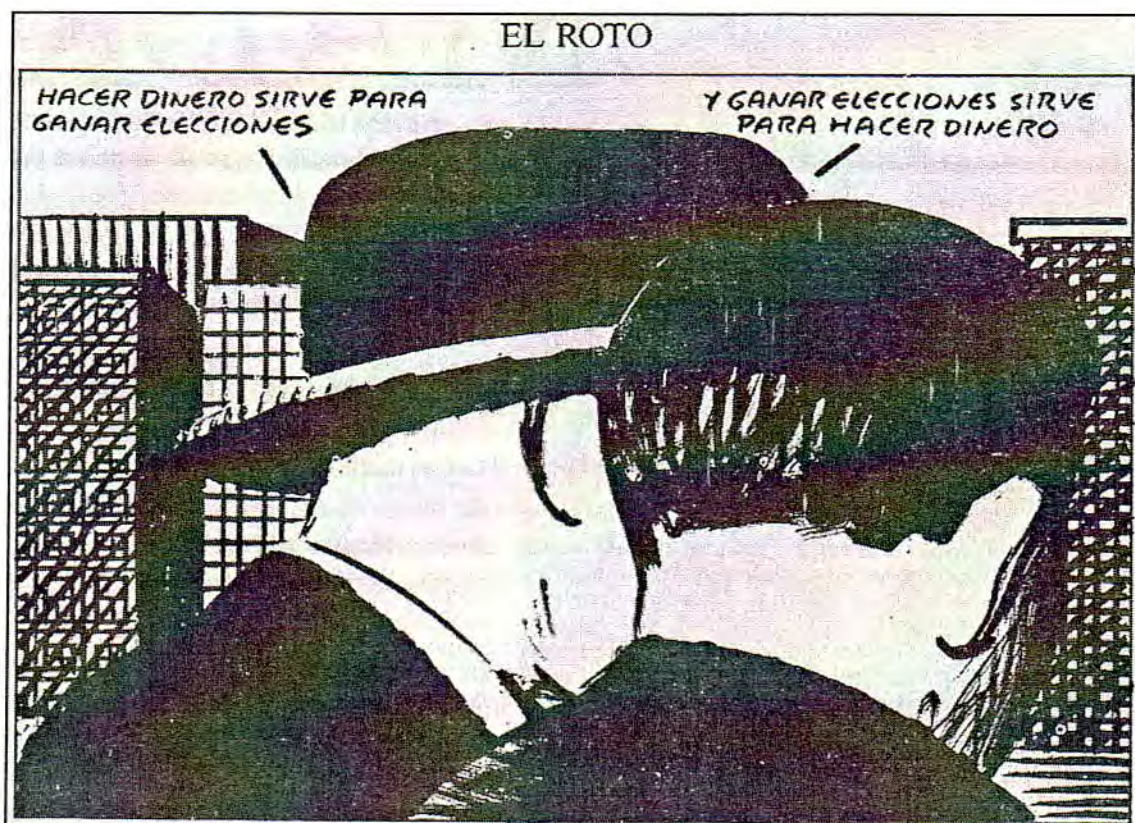
¿Qué podemos hacer ahora para contribuir a la Reconstitución del Partido Comunista? Desde luego que no legitimar con nuestra participación las farsas electorales de nuestro enemigo de clase, sino potenciar las luchas de resistencia. No obstante, esto está lejos de ser suficiente. Es preciso, sobre todo, ganar a la vanguardia práctica del proletariado para el marxismo-leninismo. Esto es lo que condujo a las victorias revolucionarias del pasado siglo y un objetivo compartido por todos los comunistas de hoy.

Sin embargo, la mayoría lo pretende como algo inmediato, y acaba así obligada a sacrificar sus perspectivas políticas para mantener sus vínculos de masas (otros pocos creen posible conseguirlo mediante la simple propaganda de los principios o el terrorismo, fracasando también). No comprenden que el marxismo-leninismo que sirvió hasta ahora de guía ha entrado en crisis, deformado por décadas de dogmatismo y de revisionismo, y esto determinó la derrota del Primer Ciclo de la Revolución Proletaria Mundial; abrir uno nuevo exigirá recuperar la concepción del mundo proletaria original e integrar en ella, de forma coherente, las enseñanzas de la práctica revolucionaria y los progresos científicos y culturales: esta **Reconstitución Ideológica del Comunismo**, en lucha de dos líneas contra las teorías erróneas que hoy desorientan y encorsetan a los activistas sociales, devolverá hegemonía al marxismo-leninismo, lo que hará factible el paso de la vanguardia a las posiciones del comunismo y la sucesiva construcción de los instrumentos de la revolución. La participación en la lucha de clases así entendida —principalmente en la esfera de las relaciones ideológicas y políticas de todas las clases sociales, y no en su manifestación más empírica, económica, como movimientos de resistencia parciales— es la posición y la escuela desde la que podremos forjar la vanguardia necesaria. Esta *Nueva Orientación* es el eslabón que le faltaba al comunismo revolucionario para reanudar la marcha hacia la libertad.

¡No votes!

¡Únete a la lucha del PCR por la Reconstitución del Partido Comunista!

(Mayo 2003)



I CENTENARIO DEL BOLCHEVISMO

Un aniversario para la inspiración revolucionaria

El 30 de julio de 1903, hace ahora cien años, se inauguraba en un salón de Bruselas la primera sesión del II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. La importancia de este acontecimiento tendrá trascendencia mundial y, sobre todo, histórica, porque en él nacerá el *bolchevismo* "como corriente del pensamiento político y como partido político" (Lenin) en el seno del marxismo europeo.

La actualidad del bolchevismo merece un juicio ambivalente. Por una parte, podemos considerar que es la entidad política que más se identifica con el significado y con el papel jugado en nuestra historia contemporánea por el Ciclo de Octubre, primera gran experiencia de larga duración de la Revolución Prole-

taria Mundial, que se inició con la Revolución de Octubre, obra magistral del bolchevismo y de su principal jefe, V. I. Lenin. Efectivamente, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el vuelco que experimentó la revolución rusa el 7 de noviembre de 1917 sólo fue posible en virtud de la actividad particular que estaba llevando a cabo el partido bolchevique en la dirección de hacer avanzar un paso más la revolución en Rusia. Muy al contrario de lo que insinúan los trotskistas, Octubre no fue fruto de un proceso espontáneo, no fue sólo resultado del empuje revolucionario del movimiento obrero ruso: hubiera sido imposible sin la constante y perseverante búsqueda de la convergencia entre las condiciones objetivas y subjetivas de la revolución por parte de Lenin y la mayoría del partido bolchevique y sin el acto de voluntad que supuso la minuciosa organización política y militar de la insurrección obrera contra el poder burgués. La revolución rusa, dejada a su libre desarrollo espontáneo, jamás hubiera desbordado los cauces de la revolución burguesa en curso.

Sin embargo, en la medida que el bolchevismo se identifica con los resultados de Octubre, su influencia actual sólo puede ser de alcance limitado. Pero también es cierto que, al calor del Ciclo de Octubre y en las entrañas del bolchevismo se gestó y se incubó el Leninismo, actualmente pieza fundamental e imprescindible para la teoría y la práctica revolucionarias del proletariado. Aun con todo, el Leninismo no puede ser identificado con el bolchevismo. El Leninismo es el conjunto de novedosos aportes que la praxis revolucionaria del proletariado soviético ha añadido a la doctrina de Marx y Engels con el fin de elevarla hasta la altura de las necesidades de una nueva época, la época del imperialismo. No todo el bolchevismo es Leninismo, efectivamente. En él se incluyen también las respuestas *nacionales* que los marxistas rusos dieron a problemas específicos de su revolución -y que, por ello, carecen de valor universal-, teniendo en consideración circuns-





Discutiendo "Iskra", periódico que jugó un papel fundamental en la conformación de la línea política desarrollada por Lenin de cara al II Congreso del POSDR, embrión de la corriente bolchevique. Posteriormente cayó en manos de los mencheviques.

tancias socioeconómicas particulares y tradiciones culturales y políticas propias, y, por otro lado, las concepciones heredadas del tronco común del que procede, al igual que otras muchas corrientes políticas de la socialdemocracia internacional, tronco común que sostuvo el frondoso y prestigioso árbol político que se denominó II Internacional Socialista, tutelado por el aún más prestigioso partido socialista alemán. El *alma mater* de este partido fue el dirigente alemán, inspirador de toda la socialdemocracia europea y de su Internacional, Karl Kautsky. Kautsky ganó su liderazgo y prestigio dentro del movimiento socialista internacional a pulso, destacándose en su papel de defensor del marxismo en la lucha contra los revisionistas encabezados por Bernstein. Gracias a esta pugna, el marxismo pudo sobrevivir y glorificar aún más su victoria temporal ampliando las fronteras de su influencia. Pero hubo de pagar un precio, precio que, a la larga, se hará tan oneroso que pesará como una losa sobre las espaldas de las futuras generaciones de revolucionarios. El precio fue la simplificación del marxismo como discurso teórico. Engels había iniciado ya la tarea de *explicar* la doctrina de Marx con el fin de hacerla familiar para las masas obreras que se acercaban en creciente número a la política socialdemócrata. Pero sus continuadores en este cometido, incluyendo a Kautsky, no fueron tan escrupulosos como aquél en respetar tanto la letra como el espíritu de la doctrina, y apostaron más por la primera, sacrificando a veces al segundo. El resultado comenzó a ser la difusión cada vez más amplia de un marxismo más dogmático que dialéctico, fi-

losóficamente mecanicista y políticamente economicista. A la larga, la victoria de Kautsky sobre Bernstein terminó siendo una victoria pírrica. Para 1900, el marxismo que se difundía por Europa estaba más cerca de la versión revisada por Bernstein, aderezada, si no rompía su coherencia -y muchas veces no la rompía debido a su incompleta asimilación del marxismo-, con aportaciones y desarrollos temáticos del kautskismo.

La bernsteiniada llegó a Rusia como *marxismo legal* y como *economismo*. El Leninismo comienza a forjarse, de hecho, en la lucha contra estas versiones rusas del revisionismo marxista; pero, también, gran parte del arsenal que empleó el marxismo revolucionario ruso para este combate fue sacado de la factoría teórica de Kautsky. Más por parte de los mencheviques que de los bolcheviques, ciertamente, pero por la de éstos también. Un importante conjunto de las ideas que configuraron el bolchevismo no puede asociarse al Leninismo no sólo porque representen respuestas *nacionales* a problemas *nacionales* de la revolución, sino también porque encierran pretendidas respuestas de carácter general, *universal*, que parten de presupuestos teóricos pseudomarxistas debido a aquel influjo del kautskismo. El mismo Lenin es partícipe, a veces, de estas posiciones políticas erróneas en su misma raíz ideológica. Puede resultar paradójico, pero no por ello menos cierto, que Lenin actúa en algunas ocasiones más como bolchevique -o, en el mismo sentido y con las mismas consecuencias, como socialista europeo- que como leninista. Es falsa, por esto mismo, la tesis

prevaleciente entre los propagandistas anticomunistas del capital según la cual el bolchevismo es un fenómeno ajeno al socialismo europeo, una especie de intruso *asiático* que inoculara todo el atraso y las limitaciones político-culturales propias de su región de origen en el *civilizado* marxismo occidental. Muy al contrario, si algo limitará el alcance del bolchevismo será su profundo arraigo en la tradición cultural del marxismo europeo.

Para dar una idea de la estrecha vinculación existente entre el bolchevismo y el marxismo europeo diremos que Lenin y sus seguidores no rompieron con la II Internacional hasta muy tarde, hasta que se consumó la traición de los grupos parlamentarios socialdemócratas cuando, apoyados por sus partidos respectivos, votaron en agosto de 1914 a favor de los presupuestos de guerra de sus gobiernos burgueses. Y eso después de una década de apoyo sistemático del Buró Socialista Internacional a favor de los mencheviques en todas y cada una de las encendidas polémicas y en todas y cada una de las divergencias políticas u organizativas que separaban cada vez más a bolcheviques y mencheviques.

Igualmente, para poner un par de ejemplos



ilustrativos del peso que aún tenían en la conciencia del bolchevismo los parámetros ideológicos por los que se guiaban los socialistas europeos de la época, recordaremos los puntos de vista prevalecientes sobre el modo de desarrollo de la revolución proletaria, en primer lugar, y, después, sobre cómo se percibía el proceso de transición del capitalismo al comunismo.

Respecto a lo primero, de todos son conocidos los resultados del análisis de Lenin en la polémica de 1915 sobre la posibilidad de unos Estados Unidos de Europa. De esta polémica, Lenin extrajo la conclusión científica sobre el modo de desenvolverse la revolución proletaria a escala internacional: a través de los eslabones débiles de la cadena imperialista, de manera que la construcción del socialismo debía comenzarse primeramente en estos países aislados o grupos de países. Pero, en 1917, en el contexto de la guerra imperialista, Lenin y los bolcheviques se dejaron cegar por la posibilidad de un estallido simultáneo de la revolución, al menos en Europa, olvidando las necesarias consecuencias que se debían extraer de una sensata aplicación de la ley del desarrollo desigual del capitalismo y de la revolución y de la teoría del eslabón más débil de la cadena imperialista mundial. Fueron precisos una amarga experiencia y profundos y traumáticos debates en el seno del partido bolchevique para que, de la mano de Stalin, se recuperara de nuevo la verdadera visión científica del desenvolvimiento de la revolución proletaria y pudiera ser desarrollada -aunque con serias limitaciones- en la teoría del *Socialismo en un solo país*, abandonando definitivamente la mítica e ingenua percepción de la revolución mundial simultánea que siempre profesó la II Internacional.

En relación con la sociedad de transición, desde que Lenin formuló, en la primavera de 1918, su teoría de la *transición al socialismo*, basada en un criterio economicista acerca de las premisas necesarias para considerar conquistado el socialismo, se inició la tendencia que abrió paso al dominio, en los planes de construcción del socialismo -tanto en la *Nep* como en el periodo que abrió el Primer Plan Quinquenal-, del imperativo de las necesidades económicas sobre el de la lucha de clases proletaria, y cada vez más se fue apropiando de los dirigentes del partido bolchevique la misma visión gradualista, centrada en los cambios jurídicos como motor para la transformación de las relaciones sociales, que tenían los partidos ya por entonces declaradamente reformistas de la socialdemocracia europea. Y en esta ocasión, ni Stalin ni ningún otro dirigente bolchevique supo rectificar este

camino en la URSS (para esto será preciso esperar a la China de Mao). Algunas de las bases del revisionismo moderno podemos encontrarlas ya en este aspecto del bolchevismo.

Como potencia revolucionaria, el bolchevismo vivió su época dorada entre 1903 y 1933. A partir de aquí, van agudizándose sus contradicciones internas como corriente de pensamiento político; a partir de aquí, van adquiriendo cada vez más relevancia los rasgos más dogmáticos de su discurso y cada vez más va perdiendo influencia el verdadero espíritu leninista que durante décadas le condujo sabiamente por los vericuetos y las tormentas de la revolución proletaria.

Sin embargo, como potencia histórica, el bolchevismo aún mantiene incandescentes sus rescoldos. Como protagonista casi épico de algunos de los capítulos más gloriosos protagonizados por el proletariado revolucionario, ha pasado a formar parte del imaginario de las nuevas generaciones de comunistas, que siempre han querido inspirarse en la obra de Octubre y de su gran depositario, el partido bolchevique. Incluso hoy, amplios sectores de la juventud comunista -y esto lo podemos comprobar actualmente en el Estado español- toman para sí el adjetivo *bolchevique* para calificar la intención más profunda de sus convicciones revolucionarias, convirtiendo, así, al bolchevismo nuevamente en una referencia viva. Esto demuestra y pone de manifiesto, si no su vigencia plena como corriente política específica (realmente, y nuestra experiencia lo ha comprobado, lo que estos jóvenes reivindican más o menos conscientemente, es el Leninismo, que no es lo mismo que el bolchevismo, aunque Stalin insistiera



en ello), si el prestigio y la vigencia de una obra revolucionaria que permanece latente en el subconsciente colectivo de la clase obrera, por mucho que hayan intentado desterrarla para siempre de la memoria histórica los corifeos de la burguesía.

Aun con todo, el bolchevismo todavía guarda para nosotros un legado que lo mantiene en plena actualidad y que nos obliga, como comunistas, a reconocernos como sus legítimos herederos. En primer lugar, el bolchevismo, en tanto que reflejo ideológico y político del primer gran ciclo de la revolución proletaria, nos obliga a realizar el balance de su obra como necesario punto de partida inexcusable

para el inicio de un nuevo ciclo de la Revolución Proletaria Mundial. Y, en segundo lugar, es preciso recordar que el bolchevismo nace como corriente independiente y original precisamente en el debate sobre el carácter y la naturaleza del principal instrumento político necesario para la revolución moderna, el partido de nuevo tipo proletario. Éste es, igualmente, el debate fundamental que hoy abordamos los comunistas y el primer y principal elemento de deslindamiento que permite separar a los verdaderos revolucionarios de los fariseos y traidores al proletariado.

Todavía hoy el bolchevismo nos sirve de guía. Nos muestra con su ejemplo cuál es el primer paso de la revolución; nos enseña cuál es la piedra clave para la transformación del mundo. Y nosotros seguimos su ejemplo. Por esta razón, merece la pena recordarlo y festejar este centenario de luminosa inspiración revolucionaria. Por esta razón, merece la pena gritar bien alto que nosotros también somos bolcheviques.

Hace 70 años:

El Primer Plan Quinquenal de la U.R.S.S. (1928-1932)

Hoy en día necesitamos ser implacables en la crítica de la experiencia histórica de los comunistas, para que la Revolución Proletaria Mundial vuelva a ponerse en marcha y nos conduzca definitivamente hasta el Comunismo. Esta exigencia puede llegar a favorecer, al menos por un tiempo, la machacona propaganda burguesa sobre el fracaso del proletariado como clase revolucionaria, si dejamos de reivindicar los logros de ésta y de explicar sus sucesivas luchas como un proceso de aprendizaje mediante el cual se está capacitando para cambiar el mundo y emancipar al ser humano.

Por eso, tenemos el deber y el orgullo de celebrar el 70° Aniversario del cumplimiento del Primer Plan Quinquenal de construcción del socialismo en la Unión Soviética como uno de los hitos más importantes en la historia de nuestra clase: después de probar, desde 1917, que podíamos conquistar el Poder político y mantenerlo frente a las incesantes agresiones contrarrevolucionarias, demostrábamos prácticamente que la lucha de la dictadura proletaria por suprimir el capital (aun con todos los errores y desviaciones del marxismo-leninismo que cometimos y que acabarían causando nuestra derrota actual) liberaba en los obreros una energía, una voluntad y un entusiasmo tales que imprimían a la construcción de la nueva sociedad un ritmo nunca visto antes e impensable para cualquier régimen basado en la explotación del hombre por el hombre.



Balance del Primer Plan Quinquenal, Informe de J. V. Stalin del 7 de enero de 1933

“No teníamos siderurgia, base de la industrialización del país. Ahora la tenemos.

No teníamos industria de tractores. Ahora la tenemos.

No teníamos industria automovilística. Ahora la tenemos.

No teníamos industria de construcción de máquinas-herramientas. Ahora la tenemos.

No teníamos una seria industria química moderna. Ahora la tenemos.

No teníamos una verdadera y seria industria de maquinaria agrícola moderna. Ahora la tenemos.

No teníamos industria aeronáutica. Ahora la tenemos.

En la producción de energía eléctrica ocupábamos el último puesto. Actualmente ocupamos uno de los primeros.

En la obtención de petróleo y sus derivados y de hulla ocupábamos el último puesto. Actualmente ocupamos uno de los primeros.

(...)

Y no solamente hemos creado de nueva planta estas grandiosas industrias, sino que lo hemos hecho a escala y en proporciones tales que las escalas y las proporciones de la industria europea palidecen en comparación con las nuestras.”

Confesión del capitalista inglés Gibson Jarvie, presidente del Banco “The United Dominion”, expuesta en octubre de 1932

“Quizá lo más importante es que todos los jóvenes y los obreros de Rusia poseen algo que falta ahora, desgraciadamente en los países capitalistas: esperanza” (citado por J. V. Stalin, *ibidem*).